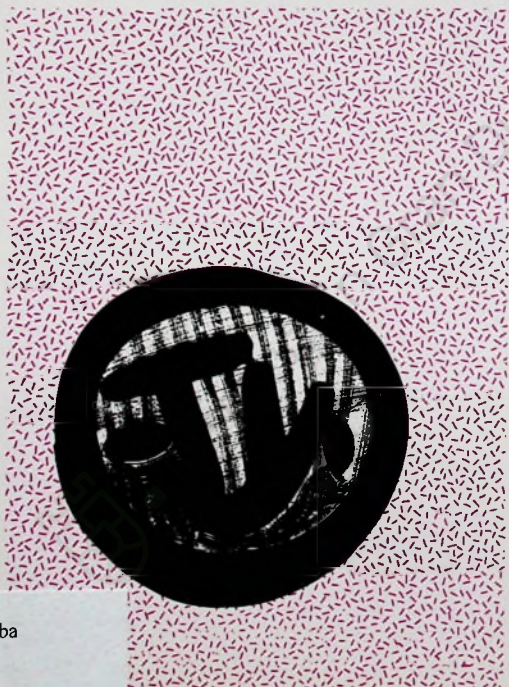


CARLOS SANCHEZ-PINTO

# «EL TIEMPO DE LOS ECOS»

*(cuentos vivos)*



de Alba  
32

COLECCION TELAR DE YEPES

## CARLOS SÁNCHEZ PINTO

Si narración corta equivale a cuento o no, queda para la crítica literaria con, hasta hoy, muy diversas opiniones. Pero lo que no nos cabe la menor duda es que la obra del abulense Carlos Sánchez Pinto: «El tiempo de los ecos», entra de lleno en el concepto de «Narraciones» de la Colección Telar de Yepes de la Institución Gran Duque de Alba.

Creo que cada una de sus veinticinco partes, cuentos o narraciones, como el lector quiera interpretarlos, merecerían un comentario aparte, pero por la clara concepción global de la obra, pertenecen a ese gran apartado de «El tiempo de los ecos».

Lo variopinto, la excelente muestra literaria, el nudo, la trama y ese suspense propio de la narrativa y más quizá del cuento está logrado en esta obra.

Carlos Sánchez Pinto, es un abulense que por circunstancias profesionales reside actualmente en Valencia. Es un enamorado de Ávila y sus gentes, como lo ha demostrado en sus escritos y, sobre todo, en sus vivencias.

Entre sus variados escritos, merecen resaltarse las novelas:

—«Nonato Música de Rabel» (Premio Ateneo Ciudad de Valladolid).

—«Un sombrero lleno de sol» (Premio Editorial Armengot).

—«Tiempo de ausencia» (Premio Ateneo Marítimo de Valencia).

La crítica le ha premiado, merecidamente, estas obras.

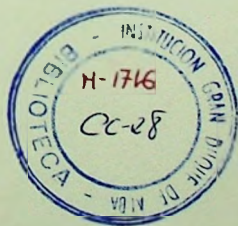
En la actualidad, compagina su labor creadora con la colaboración en prensa y revistas especializadas como articulista y crítico literario. Talla en madera, encuaderna, modela y restaura antigüedades.

Estamos ante una obra, «El tiempo de los ecos», densa y amena. Su aire gracioso, su dominio lingüístico y su quehacer literario, gustarán sin duda al lector.

Luis Garcinuño González



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



**CARLOS SANCHEZ-PINTO**

# **«EL TIEMPO DE LOS ECOS»**

***(cuentos vivos)***

CARLOS MANUEL PÉREZ

«EL TIEMPO DE LOS ECOS»

(Cuentos para niños)

Depósito Legal: AV. 32 - 1992  
I.S.B.N.: 84-86030-51-0



EL VINO DE LA COLONIA

*A mis padres  
In memoriam.*

1954



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA  
CALLE 14 N. 100-100

## «EL NIDO DE LA GOLONDRINA»

*Accesit Premio Jauja, 1979*





## EL NIDO DE LA GOLONDRINA

*«Surgió de un nicho cercano la fle-  
cha de la golondrina, recortándose  
trazadora de su estela azul y blanca  
en el oro de la tarde transida de sol».*

(Pedro de LORENZO)

ESTABA Fulgencio sacando a solear sus ramos de tabaco cuando vinieron a avisarle que había muerto Sindo el Moro, que fuera a hacer señal. Vuelta otra vez con los ramos para adentro, y el Macedonio, que esperaba ya en la solanilla con el paño puesto para raparse, se quedó dormido bajo el sombrero y perdió la mañana.

Fulgencio se fue hacia el pueblo con la mochila del correo, para aprovechar, arreando el borrico con su tranca de fresno. Recogió los recados al paso: una levadura, dos velas, un cuadernillo de hule para la maestra, que mirase si estaba apañado el reloj del Afrodisio, sal gorda, medio metro de cinta negra, qué sé yo... Leer y escribir no sabía, pero de todo se acordaba y daba razón. Llevaba y traía las cartas, que firmar si firmaba y era un dibujo de primor su nombre y apellido, que nadie lo diría:

«Firma mejor que el cura, ya lo creo. A la vuelta, Lucila le canta una vez el correo y ya es bastante».

—Hay que capar ese verraco. Fulge. A ver si echas un rato cualquier día.

—Estás tú bueno. Ahora con el calor, precisamente. Y después a darle a la gusanera con el zotal un día sí y otro también.

—Pues tú díras.

La casa de Sindo el Moro estaba de bote en bote. No se podía parar allí de calor a esa hora de la mañana. Fulgencio se aseguró de la muerte de Sindo y, ya en la torre, se lió un par de vueltas de sogá en cada muñeca y sacudió tres clamores espaciados y rotundos, como correspondía al caso.

—Allí encima de la poyata tienes las botas, Fulge. A ver si me las apañas de tacones.

—¿Goma o suela?

—Ponle suela. Y me echas unas herraduras, que me gusta que suenen.

Fulgencio era el alma del pueblo y en cada caso tenía su parte: sacaba una muela picada, curaba los callos y los romadizos, llevaba y traía el correo y los recados, herraba los animales de labor, castraba los marranos y los gallos, era el sacristán y el zapatero, cuidaba el Camposanto, hacía de alguacil y matarife, componía un tejado, atendía su huerto, se apañaba solo y le quedaba tiempo para jugar al chamelo cada tarde. A todo le pegaba, el indino, y nunca pedía por nada más precio que aquel que buenamente quisieran pagarle.

Por el camino se cruzó con Marcelo, el hijo mayor de Sindo el Moro, que venía con el ataúd de su padre atravesado encima del macho.

—Te acompaño el sentimiento, Marcelo.

—Mira, ¿qué se va a hacer? Allí iremos, antes o después.

—¡Huy! A ver. De eso nadie se escapa.

—Que te acerques luego del entierro, digo. Por hacer las partes.

—Conmigo líos no, ya sabes.

—Pues por eso.

Mientras Fulgencio caminaba tras el burro cabalgado de alforjas, iba haciendo el reparto mentalmente: «La casa es de ley que sea de la chica. Al Marcelo la huerta y el palomar. Y la cija y los machos al más chico. El secano, el dinero y las ovejas a partes iguales, que mucho no se han de ir una de otra. Vamos, digo yo.»

Más adelante estaba el hijo de Matías el Cristiano, segando las algarrobas del rompido, que se le habían dado tardías, y Fulgencio, más que nada por ver la reacción, le soltó como un tiro:

—Se ha muerto Sindo.

—Un enemigo menos —dijo el otro sin levantar la cabeza.

—Yo no sé qué tenéis los unos contra los otros.

—Ni falta que hace.

—¿Ni al entierro vas a ir?

—¿Es que fueron ellos al de mi padre, que en paz esté?

—Hombre ...

—Pues eso. Pago yo agusto los seis reales de multa a la Cofradía. Se acabó. Se te va a pasar el correo, mira a ver.

—Pues sí señor.

Fulgencio se fue hacia el burro, que le esperaba mordisqueando unos matojos de albarjones.

«Ni con la muerte se arreglan éstos. Anda que de ayer es la enemistad de las dos familias. Lo menos de tres o cuatro generaciones. Y el caso es que cayeron por aquí de un mismo pueblo de Levante, según dicen. Cada año se hacía en aquel pueblo una lucha simbólica de moros y cristianos y en la que cada familia militaba en un bando, que de ahí les viene a cada uno el sobrenombre. Parece ser que un año se lo tomaron en serio y se zurraron el cuero de lo lindo. Desde entonces no se han vuelto a arreglar. Y eso que, siendo, como son, las dos familias pudientes del pueblo, se podían haber cruzado con alguna boda; pero, sí, sí.»

En esto el burro pegó un respingo al vuelo de una codorniz.

—¡So, burro! ¡So! ¡Anda allá, bobarrón, que te asustas de tu sombra! Será sátrapa, el jumento éste.

Como hombre bueno del pueblo, Fulgencio había tratado más de una vez de congraciarse a las dos familias: «¿Qué, Marcelo? Vaya boda hacías con la Vicentita la Cristiana. Ahí sí que hay tela, ¡eh, tunante!». Y el otro: «¡Tú estás loco! El espinazo me parte mi padre, si me arrimo».

Cada año, cuando se subastaban los banzos del Cristo Grande, pujaban las dos familias por medios celemines de trigo como si se jugasen la vida. Y así en todo. La una familia se hizo un panteón de fábrica y a poco la otra se lo mandó construir al lado, que no desmereciera. Los dos asomaban sus torrecillas rematadas en cruz por encima de las tapias del Camposanto. Allí echó Fulgencio el resto haciendo filigranas con el ladrillo y la argamasa.

También es cierto que se pegaba unas meriendas de aúpa, que en esto también se picaron unos y otros. Era seguro que éstos también harían una hornada para repartir una hogaza de pan a cada familia del pueblo, como hicieron los otros cuando, años ha, murió Matías el Cristiano.

Bueno, pues a la vuelta de Fulgencio ya estaba Sindó el Moro dentro del ataúd, recién afeitado y vestido, como una mañana de fiesta. El entierro se anunció casa por casa para las cinco de la tarde, que las cinco de la tarde es una hora muy propia en los pueblos para lo que sea. Así es que Fulgencio se fue para casa, despertó al Macedonio, que seguía dormido bajo el colgadizo con el pañizuelo todavía puesto, le cortó el pelo y después de comer bajó a troche hasta el Camposanto. Preparó la pasta y los ladrillos con que había de cerrar el nicho y aún se entretuvo limpiando unos hierbajos de la entrada.

Cuando entró en la sacristía, don Lidio ya estaba vestido para el entierro y esperándole, y los monaguillos habían dado los tres toques, así que agarró el hisopo y la cajuela del responso y dijo:

—Cuando usted guste, don Lidio.

Parece ser que con la humedad de la iglesia se le había enfriado el callo y cojitraneó calle abajo un trecho, detrás del señor cura, que barria a su paso piedrecillas y gallinaza con el borde de su capa pluvial.

—¡Chacho, no te adelantes! —cuchicheó al turiferario, que se despegaba como los perdigueros nuevos.

Encabezaba el cortejo la cruz procesional con faldoncillo negro y oro, escoltada por los faroles humeantes, apagados al volver de la esquina.

Después del responso y los gritos de despedida de las mujeres se tapó la caja y arrancó la comitiva en dos cortas hileras de hombres que bisbiseaban gorra en mano, luciendo sus calvorotas pálidas. Aulló el perro a la puerta de la cija, como una persona.

—¡Tucho! ¡Macagüenlá!

Por el caseto de los vagabundos se metió el sol tras de una nube, y la tarde se quedó de pronto serena y templada como un remanso, picoteada de latines con acento de adiós irremediable. Parecía el cortejo un reguero de hormigas arrastrando un despojo.



Terminado el último asperges don Lidio descargó una palada de tierra sobre la barriga de Sindó, cuyas manos descansaban a ambos lados del vientre, recordando el gesto tantas veces repetido de intentar subirse el pantalón. El Marcelo se agarró a las manos de su padre gimiendo convulsivamente, en tanto Fulgencio le separaba con dulzura:

—Ya, bobo, ya. ¡Marce, coño!

—¡Ay mi padre! ¡Mi padre!

Fulgencio descubrió el martillete de orejas preso al cinto y la bolsita de lona con los clavos, y el martilleo sonoro y preciso se confundió con los primeros nombres de la lista de cofrades que voceaba el listero desde la puerta, como si los estuviera dando suelta al caminillo previa identificación:

—Aureliano Torres.

—¡Presente!

—Primitivo Casas.

—¡Está!

Auparon la caja al nicho y se fueron retirando hacia la puerta mientras Fulgencio humedecía la argamasa y arrimaba la banqueta para cerrar el hueco. Se colocó a mano la artesilla y se encaramó a la altura del cuadrilátero que enmarcaba una parcela de tarde y oscuridad. Instintivamente tanteó los bordes, humedeció la base con un escobajo y echó una mirada dentro. De pronto se volvió a los que salían, visiblemente alterado.

—¡Eh, señores! Que no se vaya nadie.

Sin pretenderlo, esparció una rociada de pánico sobre los que se volvieron a mirarle subido en el banquillo en ademán expectante, con el escobajo chorreante en una mano como si pretendiera asperjarles cuando se acercasen. Corrió la voz tergiversada hasta los que ya iban de camino hacia el pueblo:

—¿Qué pasa?

—Que dicen que respira.

—¡Cagüenlá!

Se volvió don Lidio, arrastrando su capa puntilleada de hierbajos, bonete en mano, inquiridor.

- ¿Qué pasa, Fulgencio?  
—Que no se puede tapiar este nicho.  
—¿Y eso, por qué?  
—¿Por qué? Porque mire.

Y acto seguido se volvió de nuevo hacia el hueco y metiendo la cabeza dentro oxeó sacudiendo con el escobajo. Entonces, ante la paralizada expectación de todos, una golondrina salió de la oscuridad como un rayo perforando el blando plomo de la tarde.

- ¿Lo ve? Pues tiene tres crías en pelo malo. Así que, a ver qué se hace.  
—¿Pero coño!  
—Ni perocoño ni peronada. Se habla y se trata lo que sea. Lo que no se puede hacer es tapiar el nicho con los animales dentro.

Los más interesados y los más curiosos se acercaron en derredor de Fulgencio, en tanto que muchos sonreían ya tranquilizados y otra vez camino del pueblo, desperdigados, comentando:

- Mira tú, el carajo de la golondrina.  
—Cosas de Fulge.

En esto se acercó Crispulo, el mediero de la viuda:

- Bueno, pues saca el nido fuera y en paz.  
—¡Eso, y en paz! —se indispuso Fulgencio—. Y que los aborrezca la madre y mañana estén negros de hormigas. Pues si que tienes tú salidas.

Crispulo se achicó humillando la testa.

—¿Y dejar un boquete? —se aventuró Poldo el alcalde tomando cartas en el asunto.

—¡Otra igual! —rebatío Fulgencio con aplomo—. ¿Y mañana, quién respira en una legua a la redonda? Tanto da.

Comenzaba ya a cundir la impaciencia de todos.

- ¿Qué dice usted, don Lidio? —preguntó el hijo menor del difunto.  
—¿Y qué voy a decir? —contestó perplejo—. De no consultar al Obispado ...  
—Bueno, Fulge —se impacientó Marcelo—, se tapia el nicho y en paz. Sí

no lo haces tú lo hará quien sea. Mejor o peor, mi padre al aire no se va a quedar. Aparte que estás faltando a tu obligación.

—A mi obligaciones así ni aunque venga el Preste Juan de Las Indias. En cuanto a lo de taparle, podéis tapar el nicho —se resignó al fin Fulgencio bajando del banquillo y arrojando el escobajo junto al palustre— pero yo ya tardo en largarme de este pueblo sin conciencia.

—Hombre, Fulge, eso no —intervino el alcalde conciliador.

—¡Hombre Fulge eso sí! —habló seguro—. Un hombre ha de tener arreglo para todo sin perjudicar a nadie. Se hará lo que se quiera, pero no es de ley sacrificar a los animalitos sin más ni más. Si se pudiera consultar a los muertos, no digo yo que no estimen más la compañía de los animales que la de algunas personas.

Siguió un largo silencio en el que todos analizaron la situación: Si Fulgencio se iba del pueblo, y se iba tan cierto como que lo había prometido, el problema no iba a ser moco de pavo. Ahí se quedaban el correo y la fragua, la barbería y el Camposanto, las botas sin apañar y los animales sin castrar, el municipio sin alguacil y la parroquia sin sacristán, y las muelas picadas espoleando al sueño noches y noches hasta la desesperación. Y habría que sacrificar el marrano a cantazos por el corral. Menuda broma.

—Bueno, pues tú dirás —rompió el silencio Marcelo resignado.

Fulgencio se sentó a meditar, se rascó repetidamente la cabeza y por fin se levantó, encarándose resuelto con Marcelo y mirándole a los ojos, a un palmo de las narices.

—¿Tú eres conforme en que yo lo arregle a mi modo sin que tu padre, que en paz esté, tenga que quedarse a la intemperie ni se tenga que sacrificar a los animales?

—¡A mi padre en el suelo no se le da tierra, Fulge! —se anticipó Marcelo.

—No hay cuidado, no es eso. ¿Me das tu palabra o no?

—Tú sabrás lo que haces, Fulge. Si no es deshonra para nadie, te la doy.

—Bueno, señores, esto corre de mi cuenta. Poldo y don Lidio se vienen conmigo. Si la cosa sale como espero, te avisaré con lo que sea, Marce. Y si no, no quiero saber nada más de este asunto y allá vosotros. ¡Andando!

Don Lidio se recogió la capa bajo el brazo y, mientras los tres caminaban atravesando la rastrojera hacia el rompido donde segaba las algarrobas el hijo de Matías el Cristiano, Fulgencio les enteró del plan que se le había ocurrido.

El José les vio venir de lejos y le entró un inquietante remusguillo. Así que agavilló deprisa lo que tenía segado y se fue para el hato desde donde ya ladraba la perra, impacientada.

—¡Tucha, boba!

Les esperó cabizbajo, liando un pito sentado sobre el albardón, que daba sombra al barrilillo del vino.

—Buenas tardes nos dé Dios, José —saludó don Lidio.

—Buenas tengan ustedes.

—¿Cómo andan las algarrobas? —quiso entrar en materia Poldo.

—Pues mira, no bien, que digamos. Medio enterradas por el nublado, que ahora te ves negro en recogerlas. ¿Hace un trago?

Bebió Poldo, y, mientras se limpiaba una gota que se le había remansado en la barbilla, comentó:

—Es bueno este tinto. ¿Es del vuestro?

—Pues luego, no ha de ser. Conque no hemos cogido uva este año ni pa mandar rezar a un ciego. Ves que lo abrasó todo el hielo.

—Ya decía yo —concluyó el otro.

Fulgencio se adelantó. Dijo:

—Hablar contigo queríamos, José.

—Pues ustedes dirán.

—Yo te lo diré —se concentró Fulge—. Creo yo que hablando se entiende de la gente, y queríamos pedirte un favor, por la tranquilidad y el buen nombre del pueblo, más que nada.

—Si está en mí hacerlo...

—Sí. Está en tí. Lo que hace falta es comprensión y buena voluntad.

—Tú dirás.

—No se puede dar sepultura a Sindo en el panteón de la familia.

—¿Y yo qué tengo que ver?



—Mucho. Tú me dejas que hable y luego te lo piensas y nos dices lo que sea. Piensa, José, que aquí en el pueblo, querámoslo o no, todos somos una familia. Ya verás que hasta después de muertos a veces necesitamos unos de otros. El caso es que el nicho de los Moros no se puede cerrar porque dentro hay una cría de golondrina y no es cuestión de emparedar allí a los animales. Tampoco se va a quedar el ataúd al aire. La familia del difunto, como es lógico después de haberse hecho otra idea, no quiere darle tierra en el suelo, pero consiente en el arreglo que yo haga con tal de no dividir al pueblo entre los que opinan así o asao. Lo que yo te vengo a pedir aquí en presencia del señor cura y del alcalde y bajo su consentimiento, es que nos permitas meter a Sindo en el nicho de tu familia, junto a tu padre que en paz esté. Provisional, se entiende.

—¡Tú estás loco! —se escandalizó José.

—No estoy loco, José, majo. ¿O es que también después de muertos queréis seguir la enemistad porque pasó lo que pasó hace cien años?

José estaba anonadado. Tal proposición era lo que menos había imaginado de tan inesperada visita.

—Piénsalo bien, hijo —habló sosegadamente don Lidio—. No niegues el descanso a un muerto. Al fin y al cabo, ¿qué queda de aquello más que vuestro rencor?

—Si os cruzáis veinte veces por la calle al cabo del día, coño —aportó Poldo—. ¿No es triste que tengáis que bajar la cabeza unos y otros?

—Quién sabe si la Providencia, cuyos caminos son infinitos, ha querido reconciliaros valiéndose del nido de la golondrina. ¿No seréis así más felices en adelante?

—¿Y mi madre y mi hermana? —se encastilló José.

—Mira, José —habló Poldo socarrón—, a las mujeres un hombre sabe convencerlas para lo malo, con perdón de aquí don Lidio, conque para lo bueno, digo yo que mucho mejor.

—Si necesitas una mano, aquí estamos nosotros —volvió a hablar Fulgencio, que había estado callado dando tiempo al tiempo—. Lo que te digo es que será un ejemplo de hombría de bien para los Moros y para el pueblo entero.

—¿Qué diría mi padre si levantara la cabeza? —musitó casi para sus adentros José.

—Tu padre, que en Gloria esté, ya no ve desde allí las cosas como las vemos nosotros desde aquí, hijo. Tu padre ten por cierto que ya nos ha perdonado a todos lo que le hubiéramos ofendido. Es aquí donde vivimos entre la ofensa y el rencor.

—¿Pero qué dirá la gente, don Lidio?

—Mira, hijo, la gente dirá lo que quiera, como siempre. Pero en definitiva los que tenemos que responder siempre de nuestros actos buenos o malos somos nosotros mismos. No te apures —le tranquilizó don Lidio.

En esto Fulgencio se acercó hasta descansar la mano sobre el hombro de José para decirle:

—Son muchos años ya, José. Ahora tienes ocasión de demostrar a todos tu condición de hombre cabal. Tú tienes la palabra. Tú no eres malo, coño. No quieras parecerlo.

Entonces José se abrazó a Fulgencio mientras decía en un ahogo de lágrimas que no quería mostrar:

—Hagan ustedes lo que quieran.

—Dios te lo pagará, hijo —le bendecía don Lidio.

Fulgencio le apretó la mano sobre el hombro mientras le hablaba agradecido:

—No esperaba yo menos de ti, José. Lo digo en serio. Ale, ya tardamos. Poldo.

—Así son los hombres, José —se despidió Poldo palmeándole ruidosamente la espalda—. ¡Animarse, mecagüenta!

Y mientras José recogía sus bártulos y albardaba la burra, Fulgencio y Poldo llegaban ya al cementerio, y, don Lidio, que se había quedado con José, se desvistió las prendas litúrgicas y las colocó de través sobre la burra, para andar más suelto por el senderillo. Olía a cocido que daba gloria, el pucherillo vacío de José.

Unos cuantos hombres, que se habían quedado fumando a la entrada del Camposanto, se incorporaron a la llegada de los dos comisionados.

—Lo ves, Marcelo, como no hay pegas cuando se quieren hacer las cosas con buena voluntad. Todo está solucionado. José el Cristiano consiente en hacer un hueco al ataúd de tu padre en el nicho del suyo. Provisional, se entiende.

—¿Pero cómo se te ha podido ocurrir una cosa así? —se llevó el otro las manos a la cabeza.

—¿Cómo? Pues comiendo. A ver si se ha ofrecido el José con la mejor intención del mundo y vas a venir tú ahora revolviendo el asunto. Ya está bien, Marcelo, que no sois unos niños. Aquí está éste que lo puede decir —dijo Fulgencio señalando al alcalde—. El muchacho ha dicho que por su parte se acabaron las rencillas y las tonterías.

—¡Ay, qué vergüenza, qué vergüenza! —gimió Marcelo—. Nuestro padre pidiendo asilo después de muerto.

—Eso, vergüenza. Vergüenza debería daros que lo que no arregláis los vivos tengan que arreglarlo los muertos.

—¿Qué dirá mi madre? —insistía—. ¿Qué diría mi padre si pudiera verlo?

—Vuelta la burra al trigo, tú también con la misma canción —gesticulaba Fulgencio—. Lo ve. Y tanto que lo ve. No te emperres en liar el asunto, Marcelo. La razón no tiene más que un camino. ¿Estamos, o no?

—El chico se ha ofrecido de bueno a bueno y por derecho. Te lo digo yo, Marce —terció Poldo—. La culpa será tuya si no hay arreglo.

—¿Pero con qué cara va a poner flores ahí mi madre? —preguntó llorando el hijo menor, que había permanecido callado junto a su hermano.

—¿Cómo que con qué cara? Pues con la suya, coño. Que parece que disfrutáis teniendo enemigos. Se ofrecen ellos buenamente, pues borrrón y cuenta nueva y a vivir en paz unos y otros. ¿O queréis que el pueblo entero tenga que decir que por cabezonería vuestra no se pudieron arreglar las cosas? ¡Vamos!, menos hablar y acércame la piqueta, que se nos va a hacer de noche con tanta tontería.

Fulgencio se subió a la banqueta frente al nicho de Matías el Cristiano, y los primeros golpes fueron como una llamada sin respuesta. Todos ayudaron a encajar los dos ataúdes juntos, y para cuando Fulgencio terminaba de afinar la última capa de argamasa, se alzaban ya por levante los primeros luceros.

De vuelta al pueblo, alcanzaron todavía a José y a don Lidio, que esperaban sentados junto al melonar de Críspulo.

—¿Cómo ha ido todo? —se adelantó don Lidio.

Fulgencio, ante la expectación de los que le seguían, le echó a Marcelo un brazo por los hombros antes de contestar.

—¿Cómo tenía que ir, don Lidio? Como tienen que ir las cosas entre gentes de pro. Y digo más —se desparramó eufórico y triunfante—. El José y los chicos se van a dar la mano aquí delante de todos como los muertos se la habrán dado allá donde Dios los tenga. Hale, José, majo, que tú eres un hombre.

El muchacho se levantó tímidamente y tendió su mano hacia Marcelo.

—Te acompaño el sentimiento, Marcelo.

—Agradecido de todo, José.

—No hay de qué.

—Os aseguro que más gloria alcanzarán con esto vuestros padres, que por todos los rezos que podáis hacer por ellos en adelante —sentenció oportunamente don Lidio.

Sobre el silencio de los hombres corrió un viento de ternura, y la noche, que se afianzaba ya en las primeras sombras, veló confidente alguna incontenida lágrima. Podía haber sido una fiesta. Y mientras caminaban entrando ya por los primeros corrales, Fulgencio, familiar y alegre, tomó del brazo a don Lidio para decirle casi al oído:

—Hoy hemos cumplido, don Lidio. Mañana Dios dirá.

—Cada domingo, a la tarde, mientras el sol incendiaba de oros el pinar del concejo, las dos familias rezaban juntas frente al nicho tapiado, y en otro parloteaban incansables las golondrinas: «perrrrrrrrroooooosssssitodottt-tiiiiiearrrrrrreglo ssssssiiii todotienarrrrrrreglo».

Matías el Cristiano y Sindo el Moro descansaban por fin reconciliados, casi codo con codo.

## «CAMILA»

*Premio «Ciudad de San Sebastián», 1979*





Institución Gran Duque de Alba



## CAMILA

UNOS momentos más y el tren, este tren que Camila tantas veces ha visto pasar por delante de su casa y en el que nunca había pensado que viajaría un día, se pondrá en movimiento. Le cuesta trabajo a la muchacha hacerse a la idea de que ahora es ella la que está sentada al otro lado de la ventanilla. El tren, que tan familiar le resulta por fuera, se le antoja por dentro como el más nuevo de los descubrimientos. Ni siquiera el pequeño espacio del andén le era conocido.

Allí está el factor, enmarcado exactamente en el oscuro espacio de la puerta, inmóvil como un retrato. Sólo el perrillo aculado junto a él parece sonreír en tanto agita la cola. Ha sonado la campana unos secos golpes de atención, sin timbre en la mañana donde sólo se oye el siseo de la locomotora, absorbidos por la cercana fronda inmóvil de las redondas acacias. Se van. Y mientras Camila contempla deslizarse la estación, las acacias, todo se le difumina en manchas grises, rojas y verdes tras la cortina de sus lágrimas. Con las manos en el regazo y apretada contra el rincón del compartimiento, trata, en un intento de aprehender el pasado tan querido, de evocar su infancia y su primera juventud, el entorno de la casa, allá en el cruce de la carretera con la vía. Poco a poco va adormeciéndose en una atmósfera impregnada de olor a mondaduras de mandarina, apenada por el sentimiento de que, al abandonar todo lo que hasta ahora configuraba su entorno, una parte de su vida va quedando definitivamente atrás. De nuevo un llanto liberador llama a la puerta de sus párpados. Se entretiene, ahora que el tren va adquiriendo velocidad, en observar cómo la cadencia del pulso en sus dedos cerrados, se va compasando exactamente al repasar de los postes

del telégrafo al otro lado de la ventanilla. Mira el violín depositado amorosamente por ella sobre el asiento de enfrente, protegido en su funda de pana verde. Y piensa que el alma de su padre se ha quedado dentro de la caja sonora y se irá si alguien se atreve a liberar una sola nota de sus cuerdas dormidas.

A Camila se le ha quedado ya para siempre en un rincón de la memoria aquella soledad llena de silencios, de murmullos y sombras. Ha salido del pasado de su niñez, de la burbuja dentro de la cual ha transcurrido su existencia conocida y familiar, para enfrentarse ahora con una vida absolutamente nueva. Se ha deshecho en lágrimas el claro espejo en el que miraba su plácida cotidianidad y camina en este ruidoso tren hacia un futuro que desconoce. Imagina, sabe que todo será distinto en la ciudad, al lado de su tía; pero es incapaz de configurar ese tiempo que vendrá. Por eso su pensamiento se repliega al pasado tan cercano, a una clara tarde de campanas inlocalizables, de dormidas encinas bajo un azul surcado de patos salvajes que vuelven de las charcas, mientras su padre se afana inclinado sobre los planteles en el pequeño espacio de la huerta; acodada ella sobre el brocal del pozo, intentando seguir el rápido vuelo de la golondrina, descansando luego la mirada en el macizo de flores amarillas que abrazan la base del poste del telégrafo. Hay un sendero de arena blanca en el pensamiento, y por él se observa a sí misma caminando de vuelta de la escuela, llegando al puente de madera sobre el río sin agua por cuya margen se afana la cigüeña. Un mundo de pequeñas cosas que nunca volverán, que estarán siempre en un tranquilo espacio de la memoria cercado de serena tristeza.

Son las ocho y media. Camila lo ha visto en el reloj de una estación. Se da cuenta de que ella y su padre nunca utilizaban el reloj porque su tiempo estaba medido y controlado por el paso de los trenes, enmarcado en una implacable sucesión de aconteceres diarios. Y los trenes al pasar no solamente parcelaban el transcurrir del tiempo, sino que además avisaban los cambios atmosféricos e incluso anunciaban la llegada de las estaciones del año. Todo allí giraba en torno al tren.

—Llévate la toquilla, Camila —prevenía el viejo—. Según sonaba el mercancías esta noche, se va a poner el tiempo vario y casi seguro lloverá.

Y Camila volvía a la tarde saltando sobre los charcos del senderillo, protegiéndose del aguacero con la manteleta morada sobre la cabeza. El cami-

no de la escuela, que había sido de alondras por la mañana, se volvía por la tarde de campanillas de cristal.

Por San Mateo, el expreso de la tarde pasaba ya entre dos luces, y el acortamiento del camino solar anunciaba el comienzo de la otoñada. Para entonces ya los patos domésticos iban y venían solos por el camino de las charcas. Padreaba el gallo, enhiesto sobre el estercolero, mientras el mercancías de las nueve resoplaba ondulándose en la curva. Se oía el ladrido de un perro monte adentro, el vuelo de una torcaz en rápido fru-fru de pana nueva.

Y sin embargo las horas parecían remansos de tiempo amarillo. Después de la escuela, entre el correo y el rápido, Camila y su padre descascaban a mano su cosecha de garbanzos. Cruzaba blandamente el tren la reducida tarde de escarbadoras gallinas, y, poco a poco, se iba apagando el estrépito familiar a medida que se alejaba. Les llegaba una canción, inconcreta en la distancia, imprecisa en el tiempo: quizá venía hasta ellos desde otros otoños o de otras primaveras, pasando por el aire puro de la tarde, transformándose de música en color para difuminarse por poniente en leves tonos violeta.

Camila siente ahora otra vez aquel aire viajero sobre su piel, sacudiendo los últimos macizos de margaritas crecidos entre las traviesas de la vía. Un frío extraño recorre su cuerpo cuando se encienden en su memoria lejanas esquilas de rebaños que vuelven, en tanto contempla al viejo avivar el fuego bajo la campana de la chimenea. Se recuerda a sí misma caminando despacio hasta bajo la encina, perola en mano, seguida mansamente por la cabra, henchidas las ubres, deseosa y paciente, brillante el pelo y los ojos tiernos. Ordeña arrodillada y espanta cariñosamente, de vez en cuando, al cabritillo triscador de ojos infantiles.

En la vela junto al fuego, mientras llega la hora del mercancías, su padre recuerda costumbres de la madre muerta que ella apenas conoció. Y una de esas noches advertiría Camila la nostalgia que el viejo sentía por su anterior ocupación de fogonero, que tuvo que cambiar por la de guardabarrera al faltar su mujer.

—No te iba a llevar conmigo a todas partes metida en la cesta de la merienda —decía—. Eras tan chica.

Reían los dos.

Por las noches de invierno el viejo salía al mercancias con la tranca, sobre todo en años de nieve, cuando los lobos se bajaban de la montaña y la cabra, que olfateaba su presencia, se arribaba medrosa contra la puerta que daba al corral. Camila, desde la cocina, escuchaba el trajín constante de acá para allá, triquiteando el animal sus menudas pezuñas sobre las lajas del piso. Sonaba el viento sus flautas entre las desajustadas traviesas verticales de la cerca y se oía el contrapunto de gotas de lluvia sobre los cristales de la ventana.

En llegando el invierno no había más remedio que meter las conejeras en el corral, so pena de las zorras. Y Camila se pasaba las horas muertas con la nariz pegada al cristal del ventanuco, mirando a los conejillos molestar incansablemente, levantarse sobre las patas traseras para frotarse las manos contra el hocico, sacudir inesperados y graciosos palmetazos contra el piso de tablas.

A la vuelta del mixto, para cuando el viejo se acostaba, Camila dormía ya hacía un buen rato, y, a la mañana, el estrépito del primer tren resquebrajaba las agujas de hielo que pendían de las canales del tejado. Arrojava el fogonero una briqueta de carbón al pasar frente a la casilla, y el polvillo húmedo se adhería a las palmas de las manos de Camila, impregnándolas de pequeños cristalillos brillantes.

Con frecuencia le era imposible ir al pueblo para asistir a la escuela, a causa del mal tiempo. Entonces el viejo, en cualquier rato libre, le tomaba las lecciones, corregía las copias y repasaba las cuentas.

—Y si un día nieva tanto que no podemos ir a comprar el pan, ¿qué hacemos, padre?

—¿Pues qué!, si nos pasa el tren por delante de la puerta y al tren no lo detiene nada, bobita.

Por las mañanas Camila revolvía en el dornajo las patatas con salvado para el cerdo, que gruñía en su cochiquera, y, cuando llegaba el tiempo de la matanza, venía unos días su tía Felisa, que era muy dispuesta, para hacer el avío.

En esta estación solitaria donde Camila abre los ojos, acaba de cruzarles el correo. Recuerda que el paso de ese tren por delante de la casilla señalaba el momento exacto de calar la sopa y retirar el puchero de la lumbre.



Esa hora coincidía, más o menos, con la ida de los camiones del pescado, que se detenían uno tras otro frente a la barrera bajada, en espera de que su padre les diera paso franco. A la vuelta los sentiría alguna noche de insomnio, de madrugada, runrunear portillo arriba camino de la ciudad con su carga de hielo y plata; y unos momentos después identificaría los movimientos de su padre por los ruidos que llegaban desde la cocina: Ahora pone la gorra y la manivela sobre la banqueta, se quita la pelliza y la bufanda, abre la alacena y bebe un trago de aguardiente de orujo, prende su chisquero de yesca para fumar una pipa mientras le llega otra vez el sueño hasta el próximo tren.

En las primeras tardes de primavera, cuando todavía discurría un reguerrillo de agua por el arcén de la vía, Camila acercaba la artesilla de lavar junto al brocal del pozo, donde ya despuntaba la achicoria silvestre. Asomaba el gato su cara paciente por el ventanillo del desván, cantaba el viejo arreglando el huerto por dentro de la cerca. Ya trepaba la enredadera decidida por el entramado de la parra en cuyos sarmientos abultaban los primeros brotes. Descubría el fardacho su hura junto al tronco de la encina y desde los regatos llegaban de vez en cuando deliciosas vaharadas con perfume de espliego y de menta. A veces se acercaba un pastor por los alrededores y entonces el viejo departía con él interminablemente. También alguna vez hacían alto en la casilla los arrieros, chalanés, chamarileros de todo que se afanaban de un lado a otro por ferias y caminos y que se sentaban a la mesa con Camila y su padre para comer en compañía. Destapaban su fiambarrera de chanfaina o bacalao y hacían intercambio del vino de sus botas con el del barrilete que guardaba el viejo bajo la alacena.

—Anda, Camila, hija, sácanos unas aceitunas partidas.

Y Camila sacaba una almorzada de las que cada año maceraba para conservar adobadas con tomillo y otras hierbas.

—¿Hace una copeja de aguardiente? —proponía su padre al final.

El otro dejaba súbitamente de escarbarse los dientes y se volvía exclamando:

—¡Hombre! ¡Hombreeeeee! Si hace, dice. Vaya si hace. Total no soy nadie yo ahora con una copa. Pues lo que me faltaba, mira, para quedar como un reló. Y me fumo dos cigarros y pego una cabezada ahí, al amor de la lumbre, y salgo de aquí como nuevo.



Camila puede imaginar fácilmente a su padre junto a la chimenea, fumando la pipa de sobremesa. A veces ella misma se adormecía con la charla de los hombres.

—Mejor vives tú aquí que en la gloria. A ver quién te tose a tí, Leoncio. Tienes tu buena leña, cebas tu marrano, el corral lleno de bichos, tu huerto, que en cuatro ratos que le echas te da de todo: que si alubias, que si patatas, que garbanzos para el avío. Vamos, que con cuatro perras al año estáis los dos al cabo de la calle. Ya puedes cantar el zumba zumbeiro, ya.

—No me quejo, no —respondía sonriendo.

—Te podías quejar. Anda bueno el asunto por ahí. Para ganar un duro, el que lo gana, hay que dar más vueltas que un rodezno.

—Pues no te creas, que esto también tiene su aquél. Hay que estar muy pendiente y no faltar. Duérmete un día y verás la que se arma. Aquí no hay domingos ni fiestas que valgan. Pues no te digo nada, el correo de los domingos, que le tiemblo como al fuego. Va mucho liante, y, como tienes que estar a dos palmos, un día le da a uno por soltarte una botella o algo y te rompe el alma: que siempre va en ese tren algún grupo con más de cuatro copas que se pone a vociferarte por las ventanillas. Y mientras se conformen con eso, bien va la cosa.

Camila suspira, cambia de postura y mira hacia el violín, silencioso dentro de su funda. En el aire de aquellas tardes, todavía tan cercanas en el tiempo, se quedaron sus notas como invisibles pájaros trinadores.

—¿Y quién le dio a usted el violín, padre?

—Tu abuelo, me lo dio. El abuelo era comediante y algo astrólogo. Iba por ahí con una compañía de títeres, de pueblo en pueblo. El sí que le sonaba bien. El tocaba con solfa, no como yo. Algo se me pegó; pero poco.

En los atardeceres de verano, silenciosa como una barca, se presentaba de improviso la vagoneta de los obreros hasta la puerta de la casilla. Pedían el botijo de agua fresca y Camila les preparaba una fuente de ensalada que devoraban bajo el emparrado. Jugaban a las bochas junto al hastial en cuya cornisa trisaban incansables las golondrinas.

—Siento un cosquilleo por el cogote y más abajo, como si toda la fuerza se me fuera por ahí. Camila, hija, mírame a ver qué tengo.

Y no tenía nada, tan sólo unas venillas moradas y surcadoras, casi imperceptibles.

Pero aquel día estuvo intranquilo, desasosegado. Después del rápido se sentó a la puerta en su sillón de mimbre. Anochecido ya, pidió el violín. Camila se lo trajo y le preparó una infusión de manzanilla en un pocillo de porcelana. Se lo fue sorbiendo despacio y no quiso cenar. Estuvo raro. Hablaba y hablaba recordando cosas de su juventud y hasta de su niñez, de cuando vivía en el carromato con sus padres. Y esa noche Camila se quedó junto a él, sentada en una silla baja. Alguna estrella cruzaba el firmamento dejando una fugaz estela blanca.

—Qué bien se ven esta noche Las Pléyades, Camila, hija. Allí, mira, en la constelación de Tauro. Tu abuelo tenía libros donde estudiaba estas cosas de los astros, y, como casi siempre dormíamos al raso, le gustaba señalármelos y que aprendiese yo sus nombres.

Volaban mariposas nocturnas en torno al farolito de petróleo colgado del dintel de la puerta. Olía a heno y a espíiego y se oía apenas un leve zum-bido en los cables del telégrafo. A veces pasaba un automóvil y Camila contemplaba sus luces rojas hasta perderlas de vista.

A las doce se quedó dormida con la cabeza apoyada sobre las rodillas de su padre, y soñó que descendía una nube de luz azulada que les envolvía y que, de repente, el viejo se iba flotando en ella, sin dejar de tocar el violín, sonriendo.

Cuando despertó sonaba ya el expreso, todavía lejano, y, la posición de su cabeza, apoyada entonces sobre el sillón de mimbre, era propicia para distinguir a primera vista el color blanquecino de Sirio, en el Can Mayor. Su padre estaba en pie, recostado contra una jamba de la puerta, con la manivela en la mano. Camila parpadeó todavía semiinconsciente. Se oía ya el tren a la salida del monte, y, al girar la cabeza mientras se incorporaba, distinguió el fulgor seguido del rastro luminoso de las ventanillas.

Por la carretera bajaban regularmente los camiones del pescado, y, de pronto, Camila se dio cuenta de la inmovilidad de su padre, que ya debería estar en el paso, bajando las barreras. Le miró con un gesto de extrañeza y entonces él quiso sonreír en tanto se giraba en un movimiento lentísimo para alcanzar el farol. Pero algo debió fallar en su interior, y Camila le vio desplomarse sobre el empedrado, dejando escapar de su mano la manivela, que rebotó sobre las lajas arrancando un reguero de chispas.

Camila le llamó con un grito, al tiempo que se arrodillaba junto al rostro de su padre, que respiraba entonces con un ronquido ahogado.

No sabía Camila a qué estrella se había quedado él mirando tan fijamente, con los ojos muy abiertos; pero cuando quiso incorporarle se dio cuenta de que intentaba señalar hacia el tren, que ya sonaba por la curva. Y entonces ella no pensó nada más, alcanzó gateando la manivela y corrió en dirección al paso.

No estaba segura de poder bajar las barreras; nunca lo había intentado, pero algo haría. Ese fulgor que se acercaba podía confluír horriblemente con las luces que bajan por la carretera. Era ya un cercano fragor, un regular golpeteo de empalmes lo que se imponía a los latidos de su corazón; pero ella los seguía sintiendo dentro de su pecho como impeliendo su cuerpo hacia el paso, como si toda ella fuera una caja de resonancia de aquel estruendo nunca tan sentido del tren. Le parecía ya notar tras ella el aliento caliente de bestia incontenible cuando pudo por fin encajar la manivela intentando moverla con ambas manos.

No fue cuestión de fuerza. Su padre engrasaba con frecuencia y mantenía los contrapesos. El mecanismo giraba sin embargo con angustiosa lentitud y la barrera estaba a media altura cuando el balizado fluorescente se hizo visible ante las luces del primer camión, que frenó hasta dejar el morro a unos pocos palmos de distancia. El tren era ya una luz roja que se perdía en la madrugada.

—Un poco justa andas, niña —asomó la cabeza por la ventanilla el conductor, arrancando ya nuevamente.

Camila no supo, no sabrá ya nunca que su padre concentró todos sus débiles sentidos en el paso de aquel tren, que esperó aterrado el estruendo de lo que podía haber sido, que se iba quedando en paz al tiempo que se hacía el silencio; que necesitaba, a pesar del momento, las manos de su hija sobre la manivela del paso más que sobre sus ojos, que se le quedaron abiertos mirando a Sirio, en el Can Mayor...

Camila tampoco sabrá si era el violín, recostado contra el respaldo del sillón de mimbre, lo que sonaba un gemido agudo, vibrador en el parpadeo de las cercanas estrellas, o era solamente el zumbido penetrante de los cables del telégrafo, que punzaba el silencio bajo la alta, oscura comba del firmamento.

## «ESTRENAR UN CREPUSCULO»



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



## ESTRENAR UN CREPUSCULO

ESTA mañana de domingo, mientras permanecía en la Catedral con la mano de mi hijo en la mía, sintiéndola palpar como un pájaro prisionero, contemplaba yo delante de nosotros el aleteo de las doradas palmas y una espada de sol que cruzaba el espacio bajo la tracería desde un vitral del ábside. Poco a poco fui sintiendo entre mis dedos el tierno tacto de la primera palma, que en mi pueblo era un ramo de perfumado laurel, y, del confín remoto de la memoria, se me iba aproximando al corazón el recuerdo de otro domingo de fiesta: me envolvía el mismo aire delgado y tibio de aquella jubilosa mañana de mi infancia...

Yo no había podido estrenar nada aquel Domingo de Ramos, según era costumbre, y pensando que por eso los otros muchachos me iban a decir que no tenía pies ni manos, me subí al desván para desahogarme llorando en tanto sonaba el tercer toque para la misa. Zureaban los pichones al borde de las hornacinas y yo me entretenía cortando el camino de luz que se tendía desde la trónera deslumbradora hasta el ángulo atenuado por la palomina que se acumulaba sobre la tarima. Sentí el toque de campanil justo en el momento en que aparecía el espíritu santo en el luminoso círculo de la trónera: blanca paloma aureolada de fuego que tembló allí un instante con las alas en cruz. Entonces me bajé deslizándome por el poste del colgadizo, y si me hubiera roto los pantalones, pues mejor.

En la misa olía a incienso y a laurel. Yo entré ya en el asperges del ramaje que se amontonaba sobre las losas y me amagué detrás de una columna, junto al confesonario; pero el maestro me vio llegar, se sacó el reloj de plata del bolso del chaleco y, después de hacer saltar la tapa, golpeó la esfera de

porcelana con el índice tintado de nicotina y me movió la cabeza de muy mala forma, así que, a la salida, y por acogerme a sagrado más, si más podía, temiendo el papirotazo en la oreja, enganché la cruz procesional, que iba revestida de faldilla guarnecida por ser el día que era, y me coloqué en cabeza de la procesión, entre los faroles y un tanto en avanzada del turerario, que me iba a la zaga, estornudando.

Le tenían al señor cura enjaezada la borrica de Práxedes; pero como si nada, porque se negó de principio y no hubo manera. Llegó Práxedes en su irritación a morder al animal en una oreja, inclusive, pero no dio ni un paso; de manera que don Ulpiano descabalgó y entró a pie por las calles del pueblo, arrastrando su capa pluvial. Hicimos el recorrido sombreando de ramos bíblicos las paredes encaladas de las callejas restallantes de sol, y entramos a la iglesia por la cuestecilla del potro del herrador.

Volví a casa al amparo del abuelo, y una vez colgados los ramos en la viga del portal nos fuimos a la limonada del ayuntamiento. Allí nos arrimamos al barreño donde flotaban los limones troceados y metimos un par de veces el jarrillo; pero el viejo me aconsejó no repetir, si no quería salir de allí cuatroleando, y no fuera a ser que por estrenar algo estrenase una buena cogerza.

Al final del potaje me sentía yo un poco ido, pero todos creyeron que seguía mohino por lo del estreno. Después de la comida me ofreció el abuelo acompañarle hasta la casa de su amigo el hortelano, distante media legua por la parte del río, y como no me interesaba el encuentro con los otros muchachos por lo de los pies y manos y la burla, me fui con él.

Era una tarde mollar y soleada que se asentaba sobre los tesos donde trajinaban crocitando los cuervos en torno a una carroña, y yendo caminando a la vera del pinar levantamos una liebre de entre los tomillos.

Subía el hortelano pipando complacido mientras cabalgaba a mujeriegas en su penco gurrufero y traidor: el mismo que me derribó otro día que hacía yo de guadapero en tiempo de la siega. Se puso muy contento de vernos y echó pie a tierra para caminar con nosotros hasta la casa. Ellos se sentaron junto a la encina para charlar de todo, fumando y dándole al jarrillo, y yo me bajé hasta la charca y maté tres ranas a cantazos. Encontré un nido de picobarreno en el tronco de una chopo, corrí a verdascasos a los gansos por la orilla del río y me divertí de lo lindo.

Cuando subí jugaban los viejos a las bochas en el caminillo de tierra batida, y a poco nos metimos para la cocina, donde ya estaba preparada la merienda. A mí, que no había comido en condiciones por causa de la limonada, me entró gazuza a la vista de la vianda. Entraba el sol poniente a ras del ventanillo señalando el rojo de las guindillas colgadas de la alfarjía, y en el hogar ardía ya un oloroso fuego de grama. Sobre la mesa de encina había colocado la mujer del hortelano una media fuente de Talavera donde se mezclaban la costilla adobada, el lomo en aceite, el apretado salchichón, el chorizo picante y alguna loncha de jamón añejo. Al lado puso un plato de aceitunas negras y cebollinos tiernos. Subió de la bodega el hortelano con el jarro colmado y embaulamos que para qué.

Al terminar caía ya la tarde y se levantaba una neblina danzante desde el lecho del río. Quiso el hortelano jugar un tute perrero, pero el abuelo decidió que nos íbamos antes de que fuese más tarde. La mujer me puso unas cuantas ciruelas pasas en un cucurucho de papel y troté de vuelta al lado del viejo, mientras por poniente se encendían unas nubes alargadas que anunciaban frío y que se quedaron estáticas sobre el pueblo acurrucado a contraluz. Desde el teso Magüeto se veía muy bien la silueta del pueblo, que parecía irse carbonizando en una hoguera avivada por la parte de atrás. Se señalaban en la cárcava algunos aguazales como si quisieran retener la última claridad del día, y, yo no sé por qué, sentí por primera vez todas estas cosas que el señor maestro nos había descrito más de una vez para enseñarnos lo que él llamaba crepúsculo y nosotros anochecer. El caso es que yo estaba extrañamente contento y dije al abuelo:

—¿Sabe usted, abuelo, lo que he estrenado hoy?

—¿Así andamos ahora, puñetero? —me dijo.

Yo le contesté decidido:

—Sí. Así andamos. Pues he estrenado... he estrenado un crepúsculo.

El no me contestó, seguramente porque habíamos llegado a casa y se distrajo levantando la aldaba de la puerta.



Institución Gran Duque de Alba

## «BUSCANDO A CIRO»

*Premio Hucha de Plata, 1980*





## BUSCANDO A CIRO

A esta hora, *Ciro*, estabas todavía con los párpados abiertos, desvelados a la claridad tenuemente malva que encendía los vidrios de la ventana y me mirabas, sacudiendo mis ideas, con los ojos por cuyo azul yo me iba a otro mundo en el que me encontraba conmigo mismo, niño todavía. Entonces, desde aquella perspectiva, contemplaba un segundo al hombre que soy ahora mismo, para en seguida abstraerme en el lentísimo avance del caracol al que yo dirigía con luminosas riendas de oro, hilos de luz entre mis manos exactas a las tuyas. Y cuando retornaba de mi ensimismamiento a ese momento que ahora recuerdo, quedaba todavía una difusa luz de crepúsculo hacia la que se tendían los canarios desde su jaula, mientras tú tironeabas de la cinta azul que hacía sonar el cascabel colgado en la cabecera de tu cama. Recogía tu madre las ropas sucias de juego y libertad y tú la mirabas caminar hacia la puerta. Me mirabas.

En ese instante yo me acercaba a tí y te contaba cosas de cuando era pequeño. Quizá no hablaba y lo pensaba solamente, recordando que, de chico, me dormía en una cama de madera que me había hecho mi padre, olorosa siempre a resina y a bosque, a lluvia y a tomillo, a todos esos olores que juntos son el suave aroma del pino herido por la hachuela. Esperaba yo el sueño con el rostro hacia la ventana, y era la última luz lo que parecía tener sonoridades de órgano. Los chopos, hijo, se dormían también, arrulladores de hojas y pájaros ocultos. La pared de la ermita, allá lejos, descomponía su cúbica geometría en apagadas láminas de oro. Me llegaba claramente el gruir de las avutardas que cruzaban el azul quietísimo, y vaharadas de pino caliente que venían del Sur, evocadoras de otras siestas

entre los pimpollos. Surcadoras veredas entramaban el multitono cañamazo de la tarde en el campo donde ya se morían las postreras amapolas.

Ahora tengo en la memoria la imagen del viejo puente que no cruza el río, que lo abraza en amorosa curva medieval, verdecido de musgo y jaramago, bullidor de vencejos que tenían allí sus nidos. Y me alegra decirte, Ciro, que he tallado la planta de tu pie sobre la piedra desde donde te mirabas reflejado en el agua y en silencio apuntabas el índice, señalando la trucha brilladora para en seguida abstraerte otra vez, la barbilla entre las manos, en el profundo, presentido verde del fondo. Amarillecía la ribera de flores de San Juan. ¿recuerdas?, y nos llegaba su perfume sofocante.

Te tenía tan en el corazón, hijo, que nunca permití que te fueras definitivamente. Y ahora vas otra vez, infinidad de veces, chupando el dulce palito de la acacia, que pone tus labios y tus dientes amarillos, caminando junto a mí con la cestilla de mimbre, vareando el cantueso nevador de flores moradas, arañándote la piel en las zarzamoras linderas... pensando. A veces pones tu mano en la mía y yo puedo sentir tu tibia sangre latidora, como si surcara mis propias venas. Te señalaba una burbuja en el azul, vertical sobre el nido la alondra. Sonreías y yo archivaba tu sonrisa como si supiera que iba después a necesitarla.

Nos desviábamos a veces hasta la puerta de la ermita. Odón, el ermitaño, bruja sus cristalillos para ensartar, rodeado de cachivaches por todas partes. Y el papagayo imitaba el canto de la cardelina hasta que nos veía llegar y entonces —¡qué risa!— nos insultaba alborozado: «¡cochino! ¡borrrrrracho! ¡cochino! ¡cochino!». Le regalábamos semillas de girasol que descascaba primorosamente y picoteaba con blandura tus dedos, agradecido. Odón y yo parábamos la tarde para fumar, hablando de la vida, de la muerte a veces, sentados a la sombra del nogal, sobre la piedra gastada por donde correteaban, tomando el sol, las irisadas lagartijas inquietas.

De nuevo en el camino, desde la cruz del humilladero, contemplábamos una lluvia de pájaros sobre los álamos del río. Entonces tú reías, reías... Reías y tu risa se perdía revoloteando entre la alta hierba, por las casi ocultas margaritas.

Acaso tú eres, Ciro, un ala de mariposa escondida hoy bajo las hojas caedizas e ingravidas y mañana volarás como una chispa de luz sobre la encendida hoguera del crepúsculo.

Te busco por aquellas tardes nuestras, hijo, cuando el alto cielo de esmalte violeta se colmaba de un glorioso campaneó de visperas y tú y yo entrábamos una fragancia de río por las calles del pueblo donde flameaban colgaduras y cirios, cuando nos enseñábamos el uno al otro, con orgullo, las cosas que descubríamos: un nido con tres huevos, una piedra redonda, las huras del fardacho, la nube que se alzaba, como un estilizado mascarón de proa, sobre los grises cerros calcinados.

Disfrutabas acompañando un trecho a Matilde, que iba con sus polladas de patos domésticos, amarillos, diminutos y piadores, por la rastrojera, camino de las charcas.

Y así te he sentido mil veces en la brisa, hijo, en el gemido del columpio que el viento balancea, en el aroma de mirto caliente por las avenidas del jardín donde jugabas. Eres, Ciro, ese primer lucero de la tarde que se anticipa en el crepúsculo como un niño escapado de casa. O acaso ese rayo de sol que me sorprende a la mañana jugueteando entre los cobres de la estantería, o, quizá, esa mariposa inesperada que vuela un momento sobre las flores de tu sepultura y se va sin que sea posible saber a dónde.

Sé que, de alguna forma, tú estás y me recuerdas: eres un viento de ciprés casi palabra, un desnivel del cauce casi risa, un latido que no puedo retener entre las yemas de mis dedos...

Hoy te he sentido llorar al filo de la madrugada. Me llamabas desde un sueño de lobos y corderos agitando tus manos abiertas, desde una lucha desigual con el gigante de tus cuentos. Desperté a tu madre: «Eres tú el que sueña», me dijo sollozando. En tu cuarto había un silencio de juguetes abandonados, en el armario un perfume de ausencias. Entonces yo di cuerda al pato loco y le dejé un rato volteando sobre la alfombra, hasta que vino tu madre a enjugar mis lágrimas y me arrastró, sonámbulo, otra vez al silencio de nuestra alcoba.

«Se ha ido», me repite. «Si sigues así vas a acabar enloqueciendo. No podemos hacerle volver».

Pero yo quiero revivirte, Ciro, buscar una fórmula de comunicación contigo, allá donde estés, encontrar el eco de tu risa, la huella de tus pasos, el perfume de tus cabellos. No importa que para conseguirlo sea preciso enloquecer. Lo que quiero es que vuelvas, resucitarte para mí, tenerte. Y sé que cualquier día te descubriré de pronto caminando junto a mí, de vuelta

a casa entre dos luces, y tú me llevarás la cestilla de truchas brilladoras. Otro domingo de septiembre compraremos un verderón en la tienda de Hortensia. Iremos a buscarle a la hora del blanquillo, cuando los hombres hayan salido de misa y estén libando jarrillos de sol y viento, sentados sobre los fardos de sogas de atar haces, sobre los cubetos llenos hasta tiente bonete de aceitunas barranqueñas, sobre los tajuelos cojos, charlando de todo, sacando a relucir en colación sementeras antiguas, reviviendo muertos veranos y pasadas vendimias, recordando fiestas y moliendas, inundaciones, quintas, bailes y corridas de gallos, dando forma, en fin, con mañas de alfarero, a un mundo que ya no existe, que también se fue pero que es posible resucitar al amor, siempre al amor, hijo, del jarrillo y la petaca, al amor de la buena voluntad: al amor, siempre al amor de algo. Entraremos tú y yo, Ciro, saludadores y sonrientes, derechos a las jaulas. Escogeremos uno, el que a ti más te guste, aquel silbador que hacía gracias en el columpio, ¿te acuerdas? Le llevaremos en una jaulita de juncos y a la tarde, en el paseo con tu madre, los tres hasta la fuente, te dejaremos liberarle por entre los helechos.

Muchas veces grito tu nombre contra el viento, recorro los mismos sitios, los mismos senderos umbríos por entre los chopos, miro el agua buscando tu presencia en cada onda y en cada reflejo, en cada murmullo, en cada luz y en cada sombra. A veces también, camino por la vereda de los castaños hasta ese mundo de quietud al que te llevamos, me paro frente al estuche que te guarda, te llamo: ¡Ciro!

¡Qué curva de silencio mi corazón después de pronunciar tu nombre, hijo! El toque de oración me suena dentro del pecho y entonces todo dentro de mí es un revoloteo de pájaros asustados.

Mas no quiero creer que otra vez haya visto tus ojos abiertos en el fondo del agua. De aquel agua mansa y ciega que, una tarde doliente de calandrias, te llamó a sus profundidades con un lenguaje que sólo tú entendías.

¿A dónde fue tu grito si gritaste? ¿Por qué oculto sendero te perdiste sin pronunciar mi nombre? Quisiera ahora liberar un rugido que me ahoga y del que sin embargo me siento prisionero.

Vuelvo a casa, la barbilla como una cuña contra el pecho, sin querer ver nada más que las puntas de mis pies que avanzan sin apenas alzarse del suelo. Camino las calles que huelen a carburo y a sombra, a encendaja y a



mecha. Entro en la casa como un huido y me refugio en la tibieza de tu madre, al amparo de sus consejos que no acepto, de sus caricias huérfanas, de sus miradas como pájaros que no encuentran una rama donde posarse. Me siento junto a la ventana, bajo la jaula de los canarios sin dueño. Espero. La veo venir sin rumbo por la casa, ir a ninguna parte, llenarme los rincones de suspiros y de lágrimas. Oigo el desamparado traqueteo del reloj en tanto mi pensamiento avanza por dentro de mis sienes doloridas, doblando esquinas a golpes de sangre. Miro mis manos abiertas, que pretenden la forma de tu cuerpo, para buscarme en ellas la sombra de una culpa. Mas todo está vacío, vacío, vacío. Sólo un frío pájaro de luna se ha posado sobre mis rodillas inmóviles, tantas veces caballito sin caballero que las cabalgue ahora. Todo yo soy un aljibe de nostalgia.

—¿Quién llora? —pregunto.

Entonces se me acerca tu madre y abrazamos dolor con dolor, desesperanza con desesperanza, forjamos juntos un nuevo eslabón de angustia, apagamos una nueva luz, una nueva sombra, abrimos cauce a un incontenible río de pena. Siento sus manos acariciando mi nuca dolorida, hijo, y en seguida me prepara la medicina para dormir.

—Si no sufro, mujer —digo tratando de dibujar una sonrisa—. ¿No ves que estoy alegre?

Y cuando miro a la calle, todos los pájaros se han ido. Cierro los ojos y la noche es sólo un oculto martinete de cristal en el canto de los grillos.

Duerme tú, Ciro. Duerme en la paz de tu cósmico silencio impenetrable.



Institución Gran Duque de Alba

## «EL AÑO DEL NEVAZO»

*Premio Ignacio Aldecoa. 1981*



Institución Gran Duque de Alba

## EL AÑO DEL NEVAZO

SE comía las haches y los calcetines porque seguramente no tenía muchas otras cosas que comerse. —«OY NO SE FIA, MAÑANA SI»— pero salvo cuando tenía un campano de más en la andorga y se ponía cargante. la nariz aberrenjada y los ojos caidones. jamás se metió con nadie que no le brindase tabaco y tiempo que quemar en amor y compañía. como suele decirse. Era dueño. entre otras cosas. de una tez granujienta. una rala pelambre cenizosa y un cinto que se trajo de la mili con el que se oponía al choteo de los muchachos a correazos por las esquinas.

Se presentó en el pueblo tirando del carrillo de sus cachivaches. a media tarde de un día de invierno. el año del nevazo. Traía una arca de tamaño mediano donde metía todo lo que caía en sus manos. como si fuera un pozo sin fondo. y se colgaba en bandolera una esportilla de palma que le hacía las veces de despensa. Al pasar por la taberna de Gorito. apuró de un trallazo el contenido de una botella oscura y la llenó de tinto gordote y áspero: se echó a la esportilla una libra de tocino. un pan de a kilo y una lata de sardinas en escabeche y se subió hasta la cueva del palomar.

En seguida se vio un humo azulado y vertical que ascendía desde la tronera. perfilándose como una bedija en el cielo cercano y plumizo.

Hacia una noche extrañamente templada. de manera que los muchachos se atrevieron a subir al ribazo y estuvieron un buen rato intentando colar alguna piedra por la tronera. justo debajo de cuya abertura Clodomiro Triforcós trataba de avivar el fuego. abanicándolo con su desteñido sombrero de fieltro.

Aquella noche fue el nevazo.



Por la mañana, cuando Gorito abrió la puerta de la tienda a la hora del aguardiente, creyó que alguien le había gastado una broma. La primera impresión fue de sorpresa, al no encontrarse, como de costumbre, con la pared encalada de la troje de Tolique, con la calle en la que el barro, mezclado con agua sucia, estancada en los relejes, se había endurecido con la helada nocturna; de manera que dio un paso atrás y se quedó parado a un metro de la puerta, con aire incrédulo y el tranco todavía en la mano. Entre tanto, llegó la perra canela moviendo las orejas con vigorosas sacudidas, olfateó el quicio, escarbó en la nieve que cubría por entero la puerta y se aparranó para echar una exigua meada sobre las baldosas. Gorito lo comprendió y no dijo ni pío al animal: luego, empujó con el tranco el portillo del sobrado y se encaramó por la escalera de mano a mirar por la gatera: se quedó frío, nunca mejor dicho. Había caído nieve a manta. La calle era una leve vaguada deslumbradora cuyos bordes alcanzaban los dinteles de las puertas, pero ya avanzaba Tolique paleando la nieve en polvo y abriendo un desfiladero en dirección a la taberna. No se privaría tampoco ese día de sus copichuelas de orujo. Se le veía palear con brío, arrojar la nieve a uno y otro lado del estrecho desfiladero que iba abriendo, soplarle las uñas, dar un par de saltitos, oteando para fijar el rumbo.

Gorito bajó de nuevo a la taberna y prendió la estufa, que llenó a colmo de tarugos de encina; luego se cerró las perneras del pantalón con un cenójil en torno a los tobillos, agarró la pala y el escobón y salió al encuentro de Tolique, que ya debía llegar frente al buzón del correo.

—¡Coño! —exclamó Gorito cuando se encontraron— ¿Pero de dónde ha caído todo esto?

—¡Toma, pues de donde estuviera! —respondió Tolique.

Poco a poco, cada quisque abrió su camino hasta empalmar con el que ellos habían practicado por el centro de la calle.

—¡Menudo día para cazar palomas con trillo, compañero! —saludó Marianito, frotándose las manos al entrar.

—Eso mañana —repuso Tolique—, que hoy están de ayer a zurrón lleno.

—Ahora que decís de palomas —dijo Gorito—, me acuerdo que ayer tarde llegón un quincallero a la cueva del palomar. Estuvo aquí comprando algo de avío. Pues no le arriendo la ganancia.

—Leña debe tener —afirmó Tolique—, que anoche humeaba la tronera.

—¡Toma ya! —exclamó Marianito, apurando de un trago su jícara de aguardiente—, pero esto no va a durar un día, ni dos tampoco.

—Pues ya se bajará cuando le apriete el frío, o el hambre —sentenció Gorito removiendo las brasas de la estufa, cuyo rescoldo se enfureció escupiendo un leve chisporroteo.

—Pues no se lo aconsejaría yo, ya ves tú —habló Tolique—, porque conozco la cárcava como el piso de la cuadra y no la cruzaría hoy por nada del mundo.

Hacía un día de petaca y naípe. No nevaba entonces, pero se había impacientado un vientecillo que levantaba en remolinos la nieve acumulada, aullando por las callejas como un espíritu atormentado. La jornada duró menos que un suspiro, o sea, que se hizo de noche en un santiamén, como quien dice. Las mujeres no salieron de las casas y permanecieron en las cocinas del pueblo, semioculto por el nevazo, y los hombres, después de aviar a las bestias, se recogieron pronto y pasaron el tranco.

Pensó Gorito, mientras le llegaba el sueño y escuchaba el aire en la teja, que aquel hombre debía estarlo pasando mal en la cueva del palomar, y, en fin, ya veríamos mañana.

Se durmió Tolique con cuatro palos ardiéndole en el magín, sobre el suelo de tierra batida de la cueva y con la sombra de las manos del hombre extendidas frente a la llama, proyectándose trémulas contra las paredes señaladas con fechas, nombres y acontecimientos. El mismo había escrito con un tizo, hace años: «AQUI ESTUVO ANTOLIANO LOPEZ CUANDO LA TORMENTA QUE TIRO LA CAMPANA MADRE». Y seguro que también el hombre escribiría algo: «AQUI ESTUVO... AQUI ESTUVO...» ¡Coño, si no sabía ni el nombre! En fin: «AQUI ESTUVO FULANO DE TAL CUANDO EL NEVAZO QUE TAPO LAS PUERTAS DE LAS CASAS».

Marianito envolvió un ladrillo caliente en una toalla de felpa y se lo puso a la Ruper en los pies, que los tenía como un carámbano; luego se metió tiritando entre las sábanas y se ensalivó los dedos para apagar la vela. Gritó a la yegua, que pateaba el tablón de la pesebrera:

—¡... me levante, mala bestia!

Luego se tapó la oreja, acurrucándose junto a la parienta, que ya roncaba. Pensó que habría que hacer algo por aquel hombre, si es que no se

arrecia en la covacha y se le comian los cuervos merenderos, porque el nevazo iba a durar lo suyo.

A la mañana siguiente todo seguía tal cual. Después del aguardiente se encaramaron los tres por el portillo a mirar por la gatera del desván de Gorito, y el humo que se levantaba desde la cueva tranquilizó sus ánimos un tanto soliviantados.

Por la tarde, como no era posible dedicarse a otros menesteres, la taberna de Gorito se llenó de bote en bote y los hombres departieron en torno a la baraja y al jarrillo, a la picadura de cuarterón y al dominó.

Vino el ama de don Elías, el cura, a por una botella de ron blanco, que estaban el maestro y el alcalde dándole al tresillo en la saleta.

—¿Quién os abrió camino, Julianita? —quiso saber Tolique.

—¿Quién lo va a abrir? —repuso Julianita—. Pues el mi señor.

—¿El solo? —se extrañó Marianito.

—Pues claro que él solo —se picó Julianita—. ¿O es que no los tiene él en el mismo sitio que los demás?

—Cuando tú lo dices... —rezongó Tolique por lo bajo, sonriendo como un conejo.

Pasaron tres días que parecieron el mismo día repetido, como tres fantasmas enfundados en tres sábanas blancas. El frío mantenía la nieve a la misma altura, sobre poco más o menos, si bien las calles del pueblo aparecían ya surcadas de estrechos desfiladeros por cuyas encrucijadas los muchachos jugaban al escondite y los mayores se cruzaban de costado. Todos estaban pendientes del humo de la covacha como de fumata vaticana en cónclave, y en el pueblo no se hablaba de otra cosa.

—Anoche volaron palomas —dijo Gorito al cuarto día—, seguro que ése anduvo a la caza.

—Ese cuando queme los cuatro sarmientos que hubieran arrimado a la cueva los muchachos, amanece con la pata tiesa —aseguró Tolique.

—Antes se bajará al pueblo como sea —aventuró Marianito.

—Y entonces se le traga la cárcava —sentenció Tolique— que por el paso hay más de dos metros; ya lo creo.

—Pues a este paso, nos le dejamos morir allí como un perro —se lamentaba Marianito.

—Ya me dirás qué hacemos —se rascó Gorito los tolondrones del cogo-

te, echándose la gorra sobre los ojos—. Como no subamos a la torre y le tiremos panes con honda.

—El cuerpo se acostumbra a todo —dijo Tolique mientras intentaba prender el chisquero de yesca golpeando con el eslabón sobre la piedra de trillo—. A todo se acostumbra el cuerpo —pegó una fumarada—. Menos a que lo ahorquen, a lo demás a todo. Ya se apañará.

Al quinto día funcionó la fragua. Los hombres se repartieron el tiempo entre la baraja y el yunque, aprovecharon recalzando rejas y el martilleo resquebrajó la nieve acumulada en los tejares.

El sexto día amaneció claro y con un vientecillo mordiente que afilaba las agujas de hielo pendientes de las canales.

—Se jodió el basto. Tolique —dijo Gorito con resignación al bajar de la gatera.

—¿Qué, no humea? —se sobresaltó Tolique.

—Ni humea ni cristo que lo fundó —contestó Gorito retirando la escalera y dejando caer la trampa.

En seguida se corrió la voz y fue llegando la gente, incluso don Elias el cura y Prisciliano el alcalde pedáneo.

—Le zumban los güevos al asunto, señores, con perdón de aquí don Elias —se enfureció Marianito—, porque es que nos le hemos dejao morir entre todos. Ni más ni menos.

Como nadie respondió, a pesar de que todos se miraron en silencio buscándose unos a otros la respuesta, se fue tensando el ambiente, hasta que Prisciliano, cuya autoridad seguramente se sintió aludida, comentó en tono de disculpa:

—¿Y qué podíamos hacer?

—¡Lo que sea, coño! —se envalentonó Marianito que, ahora, ante la impotencia manifiesta del alcalde, parecía decidido a tomar la iniciativa—. Cualquier cosa menos estarse haciendo cabrillas al cisco del brasero.

—Pues si tú eres tan echao palante y tan listo —se defendió Prisciliano—, no sé cómo no has hecho algo.

Marianito le miró con desprecio y, después de trincarse el pocillo de aguardiente, dijo volviéndole la espalda:



—Yo me voy a llegar ahora mismo hasta la cueva, a ver qué pasa. Anda, Gorito, échame una botelleja de aguardiente. Tú, Tolique, tráete la sogá del pozo y el harnero.

—¿Qué vas a hacer? —se interpuso Gorito, incrédulo.

—Lo que tenía que haber hecho el primer día —respondió seco—. Tú, a lo que te he dicho, Tolique.

Salió Marianito por el desfiladero hacia su casa y a poco volvió con otro harnero, la sogá de su pozo y una coyunda engrasada que, ante la curiosidad de todos y sentado junto a la estufa, hizo tiras con su navaja curva de podador. Cuando apareció Tolique con su harnero y su sogá, Marianito aseguró ambas cribas con las finas correas en que había deshecho la coyunda, luego metió un pie en cada una de ellas y se las amarró bien apretadas a los tobillos, sobre las polainas de lona, que se calzaba a piteo muy finamente, con sus buenas lorzas en las perneras del pantalón, caireladas mañosamente con el colgante de sus cenojiles de piel de perro. Ensayó unos pasos por la cantina y se caló el pasamontañas made in Ruper, confeccionado a humo de carrasca en tarde invernal, entre metemano y revolcón.

Entre tanto, Gorito preparó una alforja en la que cada uno fue echando lo que buenamente pudo: quien un chorizo bofeño, quien media libra de tocino, otros medio pan o una raspa de queso. Y así que estuvo al avío se echó al hombro las sogas y la alforja y se encaminó a la calle como si anduviera por un trampal. Salió hasta el caseto de la fragua seguido de todos, pues hasta allí llegaba el más largo de los desfiladeros, recorrido el cual se encaramó sobre la nieve con gran regocijo de los asistentes, pues el invento de los harneros pareció resultar y podía caminar con ellos, si no con soltura, por lo menos sin hundirse; de manera que, en tanto él bajaba hacia la cárcava, unos corrieron a subirse al campanario y otros a los desvanes, con el fin de presenciar la hazaña. El pueblo parecía una topera desmantelada.

Se le vio andar despacio hasta los últimos chopos y que allí hacia un alto y daba un tiento a la botella de aguardiente. Antes de dejarse caer hasta el hondón del regato, ató un extremo de la cuerda al más fuerte de los árboles y se amarró el otro extremo a la cintura. Desde allí caminó reculando, templando la bajada y cediendo cuerda con mucho tiento, haciendo temblar al chopo con sacudidas que pronto le desnudaron de la nieve retenida



en el ramaje. Estuvieron todos sin pestañear, fijos los ojos en el barranco un rato interminable, hasta que se le vio aparecer, gateando por el ribazo, en dirección al palomar. Paró un par de veces a tomar resuello, empujando el codo, antes de volver la loma y desaparecer.

Pronto vio la entrada de la cueva, despejada de nieve en derredor y cubierta con una cortina de saco embreado. Entró. Una gallina colorada y torpona saltó del carrito y revoloteó hacia la luz, escandalizándose tontamente de la presencia de Marianito, que en seguida se habituó a la oscuridad, a pesar del deslumbramiento del exterior. Miró en torno, arrojó la alforja sobre la poyata que corría adosada a la pared de tierra, dijo:

—¡La virgen!

Se acercó, palpó y salió de nuevo para volver sobre sus pasos como alma que lleva el diablo.

—Pues sí que se ha entretenido poco —dijo Gorito cuando le vieron asomar de regreso.

Bajó hacia la cárcava con menos precauciones que a la ida, rodó un par de veces antes de desaparecer y, cuando comenzó a subir el ribazo cobrando cuerda hasta los chopos, cada cual abandonó su puesto de observación para dirigirse a la taberna de Gorito.

—Ya vuelve Marianito —se corrió la voz—. Viene hecho un zaleo, más blanco que la cal. Lo que se dice como unos zorros. Parece un pollo muerto a escobazos, tan despelujao.

Entró sin mucha prisa, arrojó a un lado las cuerdas y el pasamontañas, se sentó junto a la estufa cercado por la espectación de todos y comenzó a desembarazarse de los harneros en tanto sus ropas húmedas desprendían una nubecilla de vapor.

—¡Bueno, qué? —rompió el silencio Tolique, con cierta indignación.

Todos habían seguido la peripecia con tanta curiosidad, habían vivido palmo a palmo la ida y vuelta de Marianito con tanto interés, desde el campanario unos y desde el portillo de las gateras otros, que se creían con cierto derecho a una explicación por su parte; pero él se volvió apenas, alzando hacia Tolique la mirada, pesadamente, como si levantase el mundo entero en ella.

—Ha cascao —dijo secamente.

—¡Bendito sea Dios! —musitó don Elías, el cura, santiguándose.

—¿Qué dices? —insistió Tolique, incrédulo.

—Digo que ha cascao, que ha estirao la pata, ¡que está muerto, coño! —se mosqueó Marianito—. ¿Es que hablo en chino?

Se oyó la voz de Prisciliano, el alcalde pedáneo, cascona, lenta y pausada, muy en el tono justo, picoteando perplejidades.

—¿Alguien sabe de dónde ha venido?

—¿Tiene eso algo que ver? —dijo Gorito.

—¡Hombre, sí! —razonó Prisciliano—. Ten en cuenta que hay que informar, levantar el cadáver, darle tierra, en fin...

—¡Hombre, Gorito, qué burro eres! —chanceó Marianito socarrón—. Ten en cuenta que ahora es cuando las autoridades tienen que tomar cartas en el asunto. Ahora irá Prisci a la cueva con el bastón de borlas moradas, con el cura y los concejales y le pedirán la documentación al muerto y, en fin: a ver, papeles, papeles, ¿de dónde viene?, ¿a dónde va?, ¿por qué?, ¿con qué derecho? —De pronto se encabritó, dirigiéndose a Prisciliano—. ¿Será posible? Conque a levantar el muerto, ¡eh! ¿Cómo no te llegaste a levantar al vivo?

—¡Marianito, no me faltes el respeto! —amenazó Prisciliano—. Vámonos, don Elías, que hay que tratar lo que se haya de hacer.

—El caso es que no sé si hacer señal —reflexionó el cura—, porque a saber si ese hombre era cristiano.

—Andar, andar, no se os enfrie la baraja —rezongó todavía Marianito mientras salían—, que hacéis la del otro: a burro muerto, la cebada al rabo. En fin, señores —concluyó poniéndose en pie—, vamos a ver si la parenta nos da el garbanzo, que este cuento se acabó.

—¡Vaya un caso! —dijo Tolique meditabundo—. Menudo cirio nos ha liao el quincallero. Ha sido morrocotudo el asunto.

—Nosotros tranquilos —se encogió de hombros Gorito—. Para eso está la autoridad.

—¿Quién, Prisciliano? —se volvió súbito Marianito, que ya salía—. Ese tiene menos luces que un pajar sin puerta. Ese... ése no saca una zorra de un centeno, te lo digo yo.

—¡Vaya chasco! —seguía Tolique, como hablando consigo mismo—.

Este año andamos en coplas desde el primero hasta el último del pueblo. ¡Menudo empacho, Gorito!

—¿Sabes lo que te digo? —concluyó Gorito—. Que por mí como si los operan a todos. Mientras no me salpique...

—¡... cernicalo eres, coño! —rezongó Tolique.

Después de comer, Marianito se amodorró al amor de la lumbre y no salió a echar la partida. Ni siquiera se enteró de que, sobre las dos, por fin don Elías se decidió a hacer señal, vencidos sus escrúpulos de conciencia, y que tres clamores rodaron como goterones de tinta espesa sobre el pueblo enfundado en blanco. El caso es que la Ruper debía andar trasteando por el corral cuando Tolique llamó, golpeando la puerta desconsideradamente.

—¿Pero qué leches pasa, que parece que te vienen dando? —se restregó los ojos Marianito.

—¿Que me vienen dando? —se paró Tolique a la puerta de la cocina—. A ti sí que te van a dar más que a una estera.

—¿A mí, de qué?

—¿Que de qué? —comenzó Tolique a sonreír maliciosamente—. Conque había cascao, ¡eh! Tira pacá, desgraciao, que te vas a enterar de lo que vale un peine.

Marianito se dejó llevar del brazo hasta la puerta del pajar, y mientras gateaban los dos sobre el heno, Tolique habló de nuevo.

—Asómate al bocin, caracatre —le señaló—. ¿Qué, no ves el humo de la covacha? Conque había estirao la pata, ¡eh! Verás el Prisciliano —le previno—, cómo te forma un atestao. Te van a escomulgar por haber hecho al cura doblar por un vivo, ¡malasombra!

Marianito parpadeaba, se restregaba los ojos, miraba alternativamente a Tolique y al humo que ascendía de la cueva, perplejo, balanceándose de un asombro.

—Lo he visto yo, ¡coño!, que no me lo ha contao nadie —intentaba justificarse—. Estaba allí, tirado encima la poyata. Le sacudí. No respiraba. Ni se movió.

No tenía ni un testigo. Sólo la gallina colorada que le había saltado sobre la cabeza revoloteando hacia la luz. No era suficiente, de sobra lo sabía. Ahora sí que se sentía el centro de toda observación, de toda burla. El sí que iba a salir en coplas más que La Lirio. El, que poco tiempo antes era casi un

héroe, ahora era sólo eso: un malasombra al que nadie, ni siquiera la Ruper, le perdonaría aquello.

—Has metido la pata hasta el corvejón, cacho animal —le acosaba Toli-que—. Hasta Gorito dice que no te quiere ver por allí, que eres un carcamal. Todo el pueblo está que trina, para que lo sepas.

El tiempo se puso vario y, al ir desapareciendo la nieve, el campo y las calles del pueblo se convirtieron en un inmenso lodazal.

El primer día que Clodomiro Triforcós bajó de la cueva, cuando se corrió la voz, todo el mundo se asomó a verle desde las puertas de las casas. Traía al hombro la alforja de Gorito y quiso conocer al que le había llevado el viático; pero Marianito andaba por entonces medio huido y no se prestó a la entrevista.

Clodomiro puso a empollar a su gallina colorada y apañó muy lindamente la covacha, cuyo interior enjalbegó. Arreglaba cacerolas y sartenes, somieres y cribas, remendaba coyundas y retrancas, cobijaba las viñas y hacía de sacristán en las ocasiones de solemnidad. Sentado en la solana, bruja cristalillos de culo de botella para ensartar collares y pulseras que vendía luego a las mozas los domingos por la tarde, a la salida del rosario, en su tenderete montado sobre el carrito del que colgaba el cartelón: «OY NO SE FIA, MAÑANA SI». Y Marianito huía de él como de un apestado, como si los cachivaches del carrito de Clodomiro le sonasen a tablillas de San Lázaro.

De vez en cuando, Clodomiro mangaba una tea como un sereno, y entonces perseguía a cintazos a los muchachos, que le llamaban a gritos desde las esquinas: «¡Resucitao!», «¡Resucitao, tienes una cogorza que no te aclaras!», «¡Resucitao, tienes más granos que la panera de Toli-que!», «¡Resucitao, tienes la cara como una paella!».

El día que se le perniquebró la galga a Marianito, cuando la llevaba a ahorcar al Teso de los Potros, Clodomiro, que bajaba con un covanillo de granzas, le gritó desde lejos:

—Esa galga se cura, te lo digo yo. Déjala atada al potro del herrador, que yo curaré esa pata con tal de que la primera rabona que coja se venga conmigo.

Marianito, que sentía pena por el animal, la ató al potro y se fue sin de-



cir chus ni mus. Lo mismo le daba, pensó. Después de todo se ahorrraba el disgusto de tener que sacrificarla.

Clodomiro entablilló la pata y colgó del cuello de la galga un cartelón escrito: «QUITALE EL ENTABLILLAO CUANDO 'AGA' TREINTA DIAS».

La pata quedó algo torcida y con el empalme abultado, pero Marianito en seguida se dio cuenta de que no se las dejaría escapar tan aínas. De manera que, con tal de cumplir con el otro cuanto antes y zanjar el asunto, se subió una tarde hasta los majuelos y levantó una liebre al pie de la linde. La perra engalgó de maravilla y, anochecido, volvía Marianito con la pieza colgando del cinto.

—Ahí tienes la liebre —le gritó a Clodomiro arrojándosela sobre un lindazo, frente a la covacha.

—¿Llega a los cortes, o no? —preguntó el otro asomando la jeta.

—Llega —respondió lacónico.

—Me alegro.

—¿Te debo algo más? —voceó Marianito, disponiéndose a salir andando.

—Te debo yo a ti —contestó sumiso.

—¿El qué? —gritó.

—La alforja de marras.

Marianito echó a andar hacia la cárcava.

—¡Oye! —se desgañitaba el otro—. Lo que pasó no es la primera vez. Me pasa de vez en cuando. Me tiro así horas, luego vuelvo en mí como si nada. Me han visto médicos, no creas.

—Con tu pan te lo comas, zorrocloco —rezongó Marianito sin volver la cabeza.



Fue el segundo día de Pascua. Por la tarde se agarró una papalina de padre y muy señor mío y a la mañana siguiente se lo encontraron de bruces en la cárcava, con sólo la cara dentro del regatillo, el carretón allí al lado y la gallina colorada pica que te picarás arriba y abajo, tontamente.

Le llevaron al cuchitril y vino un médico a hacerle chichas, como quien estaza a un marrano.

Marianito se pasaba las noches en vela, se estaba poniendo amarillo y hablaba solo por los caminos.



El primer domingo después del entierro, mientras todos estaban en misa, le oyeron gritar en el cementerio, al otro lado de los vitrales rotos por donde se colaban el aire helado y los vencejos:

—¡Resucita, mamón! ¡Levántate! ¡Levántate y no me dejes por mentiroso, cacho cabrón, que me has perdido! ¡Levántate! ¡Levántateeeeeeeeeee!

Había descubierto el ataúd y golpeaba con el azadón como un energúmeno y echando espumarajos por la boca.

Le ataron al catre de la cama con la soga del pozo, la misma con que se ayudó para ir a la cueva cuando lo del nevazo. Ladraba y tiraba mordiscos como un perro rabioso. No se le entendía una palabra.

A los dos días vinieron los loqueros a buscarle.

## «LOS ENCENDIDOS PAMPANOS»

*Premio La Felguera, 1982*



Institución Gran Duque de Alba

## LOS ENCENDIDOS PAMPANOS

*«... Y yo me iré. Y se quedarán los  
pájaros cantando.»*

J. Ramón Jiménez

«YA entra luz por el ventano; ya debe estar al salir el sol. Pero aquí no se mueve nadie, llevando, como llevan, las gallinas y los marranos media hora alborotando, que están descando salir, los animales. A buenas horas yo, que a su edad ya llevaba tres horas por el mundo cuando amanecía Dios, y siempre me salió el sol sobre las costillas. Si me valiera, aquí iba a estar yo panza arriba todavía. Vaya horas de tocar diana en esta casa. Hasta que no está el sol bien alto, aquí no rebulle nadie. De sobra tenía yo al avio a los bichos, con tener más que ellos tienen: que, lástima es, la cija tan hermosa y sin aprovechar. Lo malo es que no hay en esta casa trasto más inútil que yo, que, por no poder, no puedo ni hablar, desde que me dio la congestión y me trajeron privado de las viñas. Que tenga paciencia, me dicen, que ya me curaré, que es cuestión de tiempo. De tiempo es cuestión para que me saquen de aquí con los pies por delante».

—¡Máximo, ayúdame! Este hombre estará deseando que le saquemos al sol. Aunque, en cuanto le saquemos, se quedará ahí traspuesto, como siempre. Que le pasa como al otro: de día no veo y de noche me espulgo.

«A mi edad llegarás. Y peor para ti, si no llegas. Entonces ya veremos. Ya daría yo algo bueno por poder valerme. Cuando estaba sano y trajinaba de sol a sol, caía en la cama y no me daba tiempo ni de asentar la cabeza en

la almohada. Pero, amigo, ahora todo me anda al revés. Y lo peor es eso, que estoy como un tronzo, sin poder mover apenas ni pie ni mano, que ya es desgracia esto de que todo se lo tengan que hacer a uno».

—Abuelo, te voy a pegar un tiro, mira.

«Le zumban los cataplínes, al carajo del muchacho. Buena me ha pues-to la cara de agua con el maldito chisme. Pero su madre se lo consiente to-do, y así anda.

—¡Vitorino! ¡Sinvergüenza! Al yayo no se le dispara. ¿Ves que está mali-to y no puede moverse? ¡Te voy a dar!

«Te voy a dar, te voy a dar. Bien cogidas os tiene las sobaqueras al padre y a la madre, que, el uno por el otro, la casa sin barrer, y luego cuando hace alguna pifia gorda andáis siempre que si fue que si vino y que si patatín que si patatán. A este paso, cuando se eche unos cuantos años encima, ya vere-mos si no nos tira a todos a la calle. Por más que, a mí, no le va a dar tiem-po».

—Yo le pongo la gorra, mama. Yo se la pongo.

«Peor intención tiene esta criatura que los mismos demonios. Pero ella le deja. No, si ... Y todos los días igual, sabiendo, como sabe, que lo que quiere es encasquetármela y taparme los ojos. ¡Caguen mi sombra puñete-ra!».

—¿Qué tal andamos, padre? Hale, que me voy a tirar un poco herbicida ahí al cuadro, que se está poniendo de ballicos que da miedo.

«Herbicida. Con tal de no trabajar, cualquier cosa. Y los escardillos pudriéndose entre las vigas del tenadón. Pero, claro, el herbicida es más cómodo que doblar el espinazo».

Máximo recoge con el pañuelo una gotita que oscila en la punta de la nariz de su padre. Es posible que fuera una lágrima. Le asienta la gorra, que tenía ladeada, la gorra que ya tiene la forma de su calva cenicienta. El tío Agapito es un cadáver que todavía piensa y al que las gallinas picotean las mugrientas alpagatas de esparto.

«Una semana de lluvia continua tallé el timón y la esteva que están ya arrumbados bajo el colgadizo. Ahí, medio enterrados en el muladar están los aperos, la carreta que con tanta ilusión conducía yo por trochas y cami-nos, que parece mismamente que ahora siento el cante de sus volanderas, el gemido de sus bujes».



El tío Agapito sabe que es ya una sombra herida de muerte que se desleirá, sin siquiera sentirlo, en un remanso del tiempo. Y espera sentado, inmóvil en la solisombra de la enredadera del corral, dejando que las palomas grises se le paren en el hombro y, a veces, hasta le picoteen las amaratadas, escamosas manos de sarmiento.

«Ya está la cigüeña en la torre. Y estará al cabo de un rato rebuscando culebras entre las mimbreras, picando aquí y allá por las junqueras a la orilla del río. Se irá después y volverá al año que viene, cuando yo ya no esté, seguramente. Habrá más días y más noches, y mañanas y tardes, y otra vez volverá el viento a silbar su amenaza entre la tejavana. ¿Y yo dónde estaré? Ahí quedará esta silla desde donde miro pasar el sol un día y otro, pudriéndose arrinconada junto al carro y los aperos de labranza que me entretuve en trabajar yo mismo. Junto a todos estos trastos quisiera que me enterrasen, en el majuelo de Alfonsa, que es donde ella debiera estar también».

—¡Vitorino!, ven a darle las sopas al abuelo. Así con cuidadito se las das, mi niño.

—No quiero, que estoy jugando con el caracol.

«Mejor suerte me dé Dios. Que lo único que quiere es sacarme de quicio poniéndome la cuchara en la nariz, en la oreja y hasta en los ojos, por más que yo abra la boca como los pajarillos chicos; pero disfruta, el puñetero, viéndome a mi desesperado, siguiendo como puedo el camino de su mano. Con tal de que no suelte los garraños, como el otro día, bien está ahí. Que al fin y al cabo alguna vez se me acerca y me espanta las moscas, me acerca el jarrillo del agua y, aunque malamente, me lo aboca. ¿Qué seré yo para este indino? Puede que sólo un juguete con la cuerda estropeada. A su edad ya iba yo tras de mi padre entresacando remolacha».

—A ver, abuelo, que este crío, con tal de no hacer lo que le manden... Que si no se le van a quedar las sopas heladas.

«A gusto me comería yo ahora un torrezno, sentado en un lindazo con el perro aculado delante de mi, cayéndole la baba. Aquella hora de la mañana por entonces tan mía y ahora de nadie, se me representa hoy con el mismo sabor. A la hora del almuerzo ya Alfonsa y yo habíamos trajinado lo nuestro. Para cuando yo terminaba de ordeñar las vacas, antes de entrar en la cocina con el caldero mediado de espuma, ya ella se afanaba junto al fuego machacando las patatas para la comida del cerdo, revolviendo el salva-

do para las gallinas y los patos, atizando el puchero del avío. Yo dejaba el caldero bajo la cantarera y la miraba andar arriba y abajo mientras liaba un cigarro, con el hombro apoyado contra la chimenea. Abría la alacena y me cortaba una rebanada de pan que comía empapada en aguardiente. En seguida uncía las vacas y salía tras de ellas por la trasera del corral, bordeando la tapia del huerto del cura sobre la que asomaban las higueras. Pocos me quitaban a mí la delantera, pero casi siempre me cruzaba con alguien arreando una vaca de leche que llevaba a estacar a los pastos, a otro con un cesto pajero a la espalda, a Mariana, barre que te barre la puerta. La verdad es que aquellos animales no eran de ordeño; eran vacas de labor y nada más, pero si se escurrían seis o siete litros entre los dos ordeños, a seis reales el cuartillo, era un dinero. Desde bien lejos se notaba el corte del día anterior: la tierra recién arada se columbraba roja, destacando sobre el color mortecino de la barbechera. Casi siempre me asomaba el sol preparando, ajustando la reja, metiendo una calza o apretando las orejeras. Me escupía las palmas de las manos y me las frotaba, no sé por qué; era una manía como otra cualquiera, pero recuerdo que siempre se lo vi hacer igual a mi abuelo y a mi padre, como para darse ánimos uno mismo: ¡Vamos allá!, siempre que comenzábamos algo importante. Cogía la aguijada con la mano izquierda, agarraba firme la esteva con la derecha, asentaba la cama apretando bien el pie: ¡Vamos, Coneja! ¡Eh, Jarda, eh! Se iba abriendo el surco en terrones mantecosos que separaba del arado con los gavilanes de la aguijada. Olía a tierra húmeda: surco arriba, surco abajo, la gorra haciéndome visera sobre las cejas, que en seguida se empapaban de sudor. ¿Cómo era aquello que cantaba? 'A la onita de la fuente no me vengas a buscar... no me vengas a buscar'. Me acuerdo que mi padre labraba con una vaca sola que enganchaba a un arado de varas. Era una vaca colorada y grande como una tienda de campaña. A doce dedos de la altura del sol, veía llegar a Alfonsa con el fardelillo del almuerzo. En seguida salía al encuentro la perra meona, y, mientras a mí se me ponían las tripas en danza, ellas se acercaban caminando, como dos manchas negras en la cegadora luz que reverberaba sobre el amarillo del barbecho. Me sentaba en la linde, la gorra hacia atrás para que el aire me refrescase la frente, el pucherillo de sopas entre las rodillas, con la perra delante, vigilándome, ladeando la cabeza como una persona, concentrada su atención en cualquier movimiento mío.

Luego metía el hocico hasta el fondo del puchero, pasando y repasando la lengua: le dejaba como una patena. La Alfonsa no decía nada; sólo al llegar: ¿Anda bueno? Me miraba comer el torreznillo, ella de pie en la linde, dándole sombra, apurar el vino de la calabaza barrilera. Volvía a meter el pucherillo en el fardel y se iba sin decir nada, la perra detrás hasta el teso, a la querencia del puchero. Yo las veía caminar por la linde mientras prendía la mecha para darme lumbre al cigarro, otra vez como dos manchas negras bajo el sol que ya se dejaba sentir. Volvía al tajo con la colilla entre los dientes: ¡Vamos, Coneja! ¡Eh, Jarda, eh! Cantaba: «A la orilla de la fuente no me vengas a buscar... no me vengas a buscar» Qué tiempos aquellos».

—¿Quién anda?

«Hoy debe ser jueves, porque toca afeitarme y ya entra Segis con los achiperres. Cada vez que me afeita pienso si a la siguiente me lo hará vivo o muerto ya, para adecentarme. Entonces no sentiré nada; pero ahora que estoy vivo bien me lo hace notar, que hay días que viene con prisa y me desuella».

—¿Cómo van esos achaques, tío Agapito? Anda, majo, Vitorino, tráete un paño, que le vamos a poner guapo al yayo.

—No quiero, que estoy jugando con el caracol.

—Anda, dí a tu madre que te dé la sabanilla de afeitar.

El tío Agapito gime. Se dirige a Segismundo en ademán de chupetear repetidamente.

—Ya voy yo, tío Agapito. No se impaciente.

Segismundo hoy no parece tener prisa. Se sienta sobre el tronco del chopo derribado y saca la petaca y el librillo porque ha entendido los gestos del viejo y va a liarle el cigarro de todos los jueves. Sólo él tiene poderes para levantar al viejo la prohibición del tabaco una vez a la semana. Le sacude la ceniza retenida entre los pliegues del chaleco, le pregunta y se contesta.

—¿Y qué tal nos manejamos ya? Mejor, ¿no? Bueno, poco a poco. Al verano ya dará una vuelta por la era. Por más que ahora con la máquina, ya no hay eras ni nada.

«Todo se pierde. La mitad del grano se queda entre los surcos. Así se pone en el otoño la barbechera, que más parece una hoja de siembra, con el porrín que sale. La máquina, dice: menudo destrozo. El caso es no trabajar:

no segar, no agavillar, no dar haces, no tender el bálago, ni trillar, ni tornar, ni amontonar, ni aventar ni nada, aunque se quede la mitad de la cosecha tirada por las tierras cada verano».

Y cuando Segismundo se despide hasta el jueves próximo, el tío Agapito contempla un buen rato el trajín de los gorrones entre las ramas de la higuera, todavía con la colilla apagada entre los labios, medio dormido ya, girando lentamente sobre el trillo por la parva amarilla de su imaginación...

—A ver si orina un poco, padre —le sacude levemente Máximo mientras sujeta la bacinilla herrumbrosa—. Por lo que veo vino Segis a afeitarse.

«Cuatro gotas, como siempre. Y el caso es que no es por falta de ganas, que en todo el día se me quitan».

—¡Marcela!, échame una mano que cambiemos de sitio a padre, que aquí da mucho el sol.

«Parece mentira que estas manos hayan tenido un día pulso para poner el morrillo sobre la calva a más de veinte metros. Bien que lo decía don Plácido el Arcipreste: Maneja el canto como nadie, no hay pulso como el suyo. Todos los domingos, después de comer, me subía hasta el hastial de la iglesia con el canto en la mano y chupando un matojo de tomillo que me ponía la saliva áspera y amarga como la retama. Se pillaba don Plácido la sotana con el cinto y arreglábamos la partida. Te compro el morrillo, me decía, y yo: este canto no se vende, señor cura. Iban llegando las mujeres con su silleta en la mano para hacer su corro de lotería, los cartones sobre las rodillas, señalando los números con peladuras de naranja partidas en trocitos: los cuácaros, la niña bonita, San José Bendito, el candil... iban cantando las bolas. Cuando la sombra de la torre llegaba a la charca, cada uno se iba por su lado. Alfonsa sacaba la puesta de las gallinas, iba colocando uno a uno los huevos en el mandil, aviaba el cerdo. Yo abría la traseña a las vacas, que rumiaban echadas sobre el muladar, para que salieran al agua. Mientras volvían preparaba el pienso y el caldero para el segundo ordeño. Me asomaba por el albañal para ver mear a la Cloti bajo el colgadizo de su corral, al otro lado de la tapia medianera. Salía ella deprisa, preparada ya para el baile, se levantaba las faldas y se acuclillaba entre las gallinas: lanzaba una larga meada a ras del suelo, entre sus muslos blancos y redondos. Yo salía a la puerta de la calle para verla pasar, el pelo suelto, oliendo a agua de rosas, derecha a la esquina donde la esperaba Gorito con el traje de



domingo y la gorra echada hacia un lado, casi tapándole la oreja. Cantaba yo mientras ordeñaba luego a la Jarda, porque cantando mientras el ordeño las vacas dan más leche. Apretaba entre las piernas el caldero redondo donde espumeaba la leche blanca y tibia, como los muslos de la Cloti».

A la hora de la siesta, el tío Agapito se distrae mirando por el rectángulo del portillo el paso de las ovejas del Monje, que caminan acarradas hacia el bebedero. Y otra vez queda un trecho de cielo y campo donde meditan los olivos. Un hilillo de oro le cuelga desde la comisura de los labios mientras dormita, derribada la cabeza sobre el hombro. Al rato recobra unos momentos de consciencia y, un poco deslumbrado por el sol de la tarde, ve a su nietecillo dormido contra la rueda del carro varado en el muladar donde las gallinas escarban. Le suenan en los oídos inexistentes esquilas de rebaños que vuelven, el ladrido de un perro... Altos grajos vuelan por el límpido cielo del páramo. El sol le da ya por la izquierda, tibio y reidor sobre las bardas del corralillo.

«Fue cuando el hijo empezó de novia cuando la Alfonsa y yo nos acercamos algún domingo hasta la plaza para ver unas vueltas de baile. Es buena moza, la Marce, me decía la Alfonsa. Algo sosota, me parece, contestaba yo. Estábamos allí un rato, contra la pared del ayuntamiento, descascando una cabeza de girasol, comentando el trajín del mocerio, echando cuentas, pronosticando bodas. Luego el hijo entró en quintas, corrió gallos con el macho de Resti y se nos fue a servir a Melilla. Ya no volvimos a pisar el baile hasta la boda. No es malo, el hijo, es que todo ha pegado un cambio que hay que ver cómo está la vida. Si yo pudiera valerme, si hubiera podido por lo menos hablar, no hubiera consentido nunca que arrancase la viña. Que no da cuatro perras, me decía cuando yo mugía como un toro viéndole descargar las cepas del remolque del tractor. No se ponga así, padre, que una viña no da más que trabajo y son dos huebras que pegándolas una vuelta de vertedera y tirando un poco de abono pueden dar cuarenta fanegas de cebada; no sea tonto, coño, que parece que vive de sueños. Mejor no quiero ir por allí, para no verlo. Allá ellos. Cuando yo salga de esta casa será con los pies por delante. No volveré, no, con la Alfonsa a escoger uva, ni a colgar aquellos racimos que ella me iba alcanzando atados en ristras, en las vigas del desván. Ahí están los cubetos, deshechos en duelas apiladas bajo el tenadón. Cualquier año por la matanza los meterán bajo la caldera para salcochar o hacer chicharrones, lo estoy viendo venir. Hasta el lagar ha des-



trozado para meter el tractor. Lo que yo digo: que estoy aquí de sobra, sin encajar con nada. Cuando se ponga bueno, me dice ella, cuando se pueda valer, vamos a comprar veinte marranos de cebo para que se entretenga. Estoy yo bueno. Estoy que no me siento más que una desazón por dentro, con los pies y las manos como cuando me dormía en mala postura en la era y me despertaba entumecido, sin sentirme un brazo o una pierna hasta que no me daba unos buenos restregones. Pero esto no se me pasará. De sobra lo sé, que cada día soy menos persona. Me siento como una cáscara cada vez más vacía, más hueca, como un árbol al que se le han muerto las raíces y se le secan las últimas hojas. Bien poco me debe quedar de vida».

El tío Agapito se estremece un instante en el sillón que es como una parte de su cuerpo. De pronto advierte un frío que poco a poco va penetrándole por todos los miembros, como si un helado soplo de vida le recorriera después de mucho tiempo despertando olvidadas sensaciones. Es consciente unos momentos de la existencia de sus manos, de sus piernas. Trata de mover los dedos acartonados y se da cuenta de que en ese instante es capaz de sonreír, pero sabe que nadie verá su sonrisa.

«Ya se recogen por la escalerilla las últimas gallinas. ¿De dónde me llega esta rara sensación nunca sentida? Se va a quedar frío el chiquillo. Hay que esquilar esta semana. ¿Qué músicas son esas? Hay un incendio por poniente. ¿Por qué mana la fuente ese frío chorro de luz que me rodea? Parece como si algo se rompiera dentro de mí. ¿Quién me anda alrededor de la cabeza? ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios mío, cómo se aleja todo detrás de aquella niebla repentina! Es que me siento despeñar por un barranco donde todo choca sin ruido, empujado por una fuerza que no es mía, flotando en esta luminaria que me envuelve, en esta fría espuma encendida que crece por encima de mi frente. La Alfonsa y yo en la viña, podando los sarmientos viejos, cobijando las cepas. ¿No ves, mujer, esos brotes de luz entre los pámpanos? Mira la luz, Alfonsa, entre las hojas de los árboles. Mira esa bandada de pájaros que me anda por dentro del pecho. Vámonos ya. Nos vamos hasta la fuente y me das, mujer, a beber en tu mano el agua encendida... y nos entramos luego en esta espesa lluvia de mariposas... de mariposas... de mariposas que se abrasan entre los encendidos pámpanos...».

Ahí se le paró la tarde al tío Agapito. Le recogieron blanco de flores de la enredadera, frío ya, sonriendo.

## «Y NO CONOCERAS EL FRUTO»

*Accesit Premio Antonio Machado, 1981*



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## Y NO CONOCERAS EL FRUTO

ESTE tren que circula ahora en silencio por los oscuros túneles del pensamiento, horadando la blandura de mi cerebro, no es el de hoy en que volvemos tan dolorosamente separados, es aquel otro de las veinte veinte en el que, por última vez, sin presentirlo, nos amamos aquella noche de septiembre; la noche tibia de las postreras golondrinas y las primeras hojas amarillas balanceándose ingravidas por los andenes de la estación dormida, de la estación evocadora de canciones y risas, de gritos, tan cercanos en el tiempo, que llenaron las tardes de un reciente estío durante el cual, inadvertidamente casi, aprendimos a amarnos.

Llegabas con el tren y me traías un ramo de rosas que agitabas fuera de la ventanilla. Y aquel tren de las diecisiete treinta que yo bauticé después el tren de la felicidad, interrumpía con su llegada todas mis inquietudes de estudiante. Es asombroso, Angel, por qué extraños caminos inconscientemente buscados, llegamos al final de todas nuestras ilusiones: cómo lo más querido, lo más deseado, se vuelve un día contra nosotros para aniquilarnos definitivamente.

En todas las cosas que recuerdo, en todo nuestro tiempo de amor y de esperanza, descubro ahora un amargo poso de culpa. Me arden hoy en la memoria aquellas candelas que encendíamos a Santa Rita para que tú aprobas —¿te acuerdas, Angel?— al final de nuestros paseos por el camino de la ermita. Caminábamos en silencio, cogidos de la mano, bajo las acacias inmóviles a través de cuyas hojas se tamizaba una glauca luz de crepúsculo. Nos sentábamos luego a la puerta de la cantina, cerca de otros novios, para

hacer planes; corríamos ilusionados al encuentro del futuro en tanto llegaba el tren que te llevaría otra vez a la ciudad donde entonces trabajabas.

Cuando por fin aprobases las oposiciones, podríamos casarnos. Por entonces hubo tardes que fueron la evocación de un tiempo entre amarillo y sepia: tiempo representado en las despolvadas fotografías de nuestra infancia, retratos escolares que perpetuaban una vaga presencia de primavera en macizos de flores cuyo color yo recordaba: aquella Epifanía, plasmada en la cartulina, en que yo, bajo la campana de señales colgada a un lado de la puerta, posé tocada con la gorra de mi padre.

Pasaba el tren. Este mismo tren. El tren en que fuimos un día juntos hacia la esperanza y volvemos hoy de la ilusión que quisimos fabricarnos. El tren en que, el mismo día de nuestra boda, fue definitivamente tuya mi juventud, mis tus guardadas caricias, nuestro el amor. Este tren hoy de amargura en que regresamos, yo aquí, con este fardo de recuerdos que me dejas, con este frío que me has contagiado; tú dos vagones más adelante, en el furgón, estremecedoramente quieto dentro de la caja que cubre la bandera.

¿Por qué, Angel? Si tú eras casi un niño todavía, capaz, a tus veinticinco años, de hacer trastadas, de olvidarte de todo mirando el trajín de un hormiguero, de ensimismarte con el vuelo de los vencejos cuando nos sentábamos junto a los veladores de la cantina, bajo la marquesina de la estación, a ver pasar las tardes y los trenes, a comentar la expresión de aquellos rostros desconocidos que veíamos al otro lado de las ventanillas.

Morir no es más que una partida. La muerte es una ausencia, Angel, y yo tengo que hacer de mi vida una espera. Tendré que revivirte, creer que, en alguna parte, no sé cuando, coincidiremos otra vez para que me sonriaras con un manojo de rosas en la mano, aquellas rosas que yo quiero encender en la memoria.

Qué confusión de ideas, Angel, qué tropel de recuerdos, de imágenes de ayer y de ahora mismo, mientras lucho contra este sopor, contra este cansancio que me invade después de tantas amarguras repentinas, después de tanta necesidad de llorar sin conseguirlo. Toda la angustia, todo el dolor que me ha causado tu muerte, se me han ido acumulando dentro, me han ido creciendo dentro hasta producirme una sensación de ahogo, de estrangulamiento que me priva del aire y creo que poco a poco hasta de la razón.

Espero que cuando lleguemos al pueblo, a nuestro pueblo, a ese pueblo



del que nunca debiste salir, podré quedarme a solas contigo, con lo que queda de ti y que ahora más que nunca me pertenece, arar otra vez con mis dedos tu cabello de trigo maduro, tu frialdad —qué importa— hablarte mucho tiempo, decirte adiós definitivamente, jamás definitivamente.

Es un rosario de recuerdos, un itinerario de estaciones a la inversa, totalmente a la inversa, mientras busco un resto de ilusión entre tantos recuerdos perfumados de ausencia. Es aquel otro tren, aquel tiempo de nuestro amor, aquel viaje en que yo te acompañé cuando ibas a incorporarte a tu destino, tu definitivo destino, Angel, mientras hacíamos proyectos que nunca llegarían a realizarse. Te recuerdo tan apuesto, con el uniforme de gala que tan bien te sentaba, con este mismo uniforme con que hoy vas vestido, el mismo que estrenaste aquella mañana de azahar y de esperanza, aquella mañana del «sí, quiero», tan señalada en el corazón. Ibas a arreglar en seguida lo del piso, ibas a llamarme junto a ti, íbamos a estar ya siempre juntos, íbamos a ser felices, íbamos...

Segura estoy de que me llamaste; segura estoy, Angel; aunque tus compañeros y tus jefes me hayan dicho que no te diste cuenta de nada, que no tuviste tiempo de sufrir, de pensar, que te fuiste sin dolor, sin transición, que cada impacto era mortal. Sin embargo yo sé que me recordaste, que quizá me estabas recordando, que dijiste mi nombre mientras —¡Dios mío!— abandonabas el volante del coche para, según me han dicho, llevarte las manos a la frente.

¿Quién fue, Angel? ¿Quién eligió la moneda de nuestra felicidad para el pago de tanta incertidumbre? ¿A quién habías, a quién habíamos ofendido siendo tan dichosos?

Qué largo viacrucis, Angel, este sucederse de estaciones donde el tren se detiene unos instantes para lanzarse de nuevo a la noche arrastrando tu cuerpo y mi amargura; qué soledad, qué inmovil tu cuerpo allá en el furgón, en este inimaginable regreso al pueblo que nos vio nacer, y reír, y amar, y llorar a veces tan sin motivo.

A ti nadie hubiera tenido la crueldad de matarte. A ti, con tu nombre y apellidos, a ti mismo, al hombre que tú eras no, Angel. Contra esa juventud llena de ilusiones nadie hubiera sido capaz de disparar. Aquellos hombres, jóvenes como tú, quizá con esposas jóvenes como yo, asesinaron sólo un número —es así como os llaman a veces: un número— dispararon contra

un uniforme, no pensaron, no debían pensar que, bajo algo tan impersonal, asesinaban un cúmulo de esperanzas, que aniquilaban un matrimonio apenas estrenado, que tú no estabas, Angel, ni a la derecha ni a la izquierda de nada, que sólo pretendías ganarte cada día la tranquilidad de un hogar que ni siquiera nos han dado tiempo a tener.

En esta misma estación donde ahora nos hemos detenido, bajamos a tomar un refresco —tú un café— cuando hacíamos el viaje de ida. Y recuerdo ahora tu sonrisa reflejada en el espejo del bar mientras yo intentaba convencerte de que no tomaras café para que no te desvelases. Es que yo quiero desvelarme, me decías, y desvelarte a ti. ¿Y entonces para qué viajamos en litera?, te preguntaba yo, imaginando la respuesta. Es que vamos a necesitar una litera, me guiñaste al tiempo que rodeabas mi cintura impaciente.

Era una clara noche de setiembre. El verano tardío se resistía en las redondas copas de las acacias. Tú estabas junto a mí y yo podía reír al tiempo que oprimía tu boca con mi mano para atenuar las palabras con que me prometías, me pedías cosas al amparo del delgado tabique del compartimiento.

Tus compañeros fuman ahora en el pasillo, hablan, pasean. A veces alguno se asoma para preguntarme si me encuentro bien, si necesito algo, para animarme a que trate de dormir. Han dejado los tricornios en el asiento frente a mí, los tabardos en la redecilla. Es posible que estén asustados, que piensen que un día cualquiera les puede suceder a ellos, que yo no seré la última viuda del terrorismo. Así nos ha llamado el jefe que habló esta tarde después del funeral: viudas del terrorismo. Ahora me parece recordar algunas frases sueltas: ... pagar con tu sangre el precio de una paz que quieren destruir... sangre joven... dolor de madres y de esposas... entereza de espíritu... bajo la bandera... capacidad de sacrificio... frente alta...

Está amaneciendo, Angel. Parece que sea el tren el que poco a poco se aproxima hacia el alba, el que va acercándose a una todavía difusa luz de crepúsculo que se insinúa a lo lejos. Nos queda poco para volver a estar allí donde tantas veces estuvimos juntos. Vas a llegar por última vez a la estación a donde tantas veces llegaste; pero de qué distinta manera, Angel.

Me gustaría levantarme, caminar a lo largo del pasillo como tus compañeros. Estoy aterida, Angel; pero ya no puedes darme tu calor como lo hacías aquella noche, aquella madrugada en el viaje de ida.

Todo me parece una pesadilla. Era ayer mismo cuando alguien me preguntaba en la panadería que para cuando me iría, que cómo iba lo del piso, que si tenía noticias tuyas. Las tuve al poco tiempo. Angel: las noticias que nunca hubiera querido tener, las que menos esperaba, tan deliberadamente inciertas todavía, tan trágicamente ciertas en lo más escondido del corazón.

Ya nos queda poco, me avisa uno de tus compañeros. Yo asiento apenas con un leve movimiento de cabeza y pienso que no sé si prefiero llegar ya o seguir este viaje indefinidamente. Me horroriza la idea de que en el pueblo, como en las dos últimas estaciones en que nos hemos detenido, nos reciban con gritos y pancartas. No es tiempo de promesas de venganza. Sólo quiero que me dejen a solas contigo para poder por fin llorar esta congoja que me invade, para poder hablarte, decirte todas las cosas pensadas este corto tiempo de ausencia, contarte que sí, que a pesar de mis lágrimas del día de la despedida, he sido fuerte como me aconsejaste. Es cuestión de esperar un poco de tiempo, me decías. Quizás tengas razón, quizá todo se reduce únicamente a eso, a esperar este tiempo que nos separa, hasta que un luminoso tren de silencio nos acerque por fin definitivamente.

Sin decir una palabra tus compañeros se han vestido sus tabardos, se han colocado sus tricornos. Me incorporo. Te aseguro que siento miedo de abandonar el tren, este tren que ahora como nunca me parece un refugio, algo conocido y familiar a quien de siempre hemos confiado nuestra intimidad.

Camino por el pasillo mientras ya nos hemos detenido. En el andén hay, efectivamente, una multitud que grita alzando pancartas que no leo, gritos que no entiendo. Sólo percibo apenas las palabras de mi padre, que me abraza al tiempo que murmura sollozando:

—¿Qué hemos hecho, hija, para que seas tan desgraciada?

No hemos hecho nada, Angel, no es culpa de nadie esta desgracia cuya justificación busca mi padre.

Y ahora sí, Angel, ahora por fin estamos aquí de nuevo, juntos y solos otra vez, en esta soledad nuestra tan deseada y que tanto trabajo me ha costado conseguir, en esta quietud en penumbra de la sala de espera de la estación.

En seguida te llevarán al cuartel de aquí; pero antes quiero posar mis manos sobre esta caja que te guarda, ya que no es posible abrirla porque,

según me dicen, está soldada otra de cinc que hay dentro. No importa. Angel, tú estás aquí conmigo esta fría mañana de finales de noviembre, mientras un agudo repique de cimbalo hiere mi cerebro y el tren, ese último tren en el que hemos vuelto de la ilusión que fuimos buscando, se aleja más allá de las encinas.

Que nadie me robe este silencio, estos instantes de amargura sólo míos, esta soledad. Yo sé, Angel, que a partir de hoy todos los trenes me traerán una valija de recuerdos, que el viento me dirá muchas noches tu nombre, un nombre que yo misma pronunciaré sin darme cuenta, que nunca voy a estar definitivamente sola.

Hubiera querido poner entre tus manos este ramo de rosas para verte como entonces, Angel, como tantas veces: hubiera querido mirarte, tocar tu piel, gritarte, poner una vez más mi dolorida frente contra tu hombro, decirte el secreto que guardaba para la primera noche de nuestro encuentro tan esperado, anunciarte gloriosamente que, aunque tú no conocerás el fruto, desde aquella noche en el tren, dentro de mí germina una semilla de esperanza.

## «CRONICA DE UN DIA TRISTE»

*Premio Villa de Móstoles, 1983*





Institución Gran Duque de Alba

## CRONICA DE UN DIA TRISTE

HAY sobre la almohada un insecto con espuelas de plata, y una insólita sombra en el cristal de la bombilla. Flamean las cortinas al viento inexistente. ¡Qué más quisiera yo! Se oye bisbiseante la meada de un niño que es oficial y quiere ascender a cabo el día de mañana. Mañana toca matemáticas, se oye claramente al otro lado del patio manzana. Suena un avión, inconcreto en la distancia. ¿He apagado el cigarro? ¡Jesús, qué sobresalto! Húmedo calor de sábanas usadas. Cada día... volteretas. Aprender a caer. Un tren grita a la luna. ¿Qué te apuestas? Un zapato arrojado. La parienta: Si llora el niño, sales. No empecemos. ¿A que te corto el sueño? ¡Sacavelas! Sacacorchos que girangirangiran. Tengo que madrugar. El veteado hiriente de la mesa. Los manguitos de don Estevanías. El restaurante, amor. La pudridera. La tarta de don Yeyo. El dos de bastos. ¿Es colorado el corazón? Otro avión que protesta. Vomita el tren, acojonando al monte. ¡Ay, Dios! ¿Hay Dios? Por las calendas de mayo se ponen las enaguas de las mozas al oreo en la huerta. Sube Rufino, rutando camino arriba de San Pedro. Ni detrás ni delante. Como una más entre las ovejas. A cada cual su democracia. Es Rufino amigo de tatuajes y de otras tonterías, y va con su velero navegándole por sobre los sargazos del pecho, zozobrándole de toses encadenadas y tronadoras, pedregosas. Anda que, no es nadie el mozo. Me he despabilado. Se me oye el corazón entre la lana de la almohada como una carcoma errante. ¡Maldita sea! Tanta hierba ha crecido que ha ocultado el brocal del pozo. Suben los cangilones de la noria hasta el paisaje de Cabra. Relucientes, relucientes, relucientes. Estás más estropeado que la cama de un loco. ¿Sabís lo que sus digo?, que me la casquís. Y ahora sí, con la tralla en la mano, corriendo tras de los muchachos por la tarde calcinada. Sólo le

brilla el cuello de la camisa de sarga rayada. El perro detrás, enseñando los dientes, sonriendo; riéndose de los insultos de los muchachos. ¡Que te vuelcas! El próximo verano iremos al pueblo. La cerveza tibia, sentado en el pozo de la puerta, viendo cómo vuelven los carros cargados de mies. ¿Qué carros? Ya no hay carros. Las malditas ovejas que dejan la calle llena de cagalutas negras. De polvo y cagalutas. El Rufino entre ellas, la manta al hombro, el moco colgando. La acacia de la puerta llena de gorriones y los niños que vuelven de la charca llenos de ova y cieno hasta los ojos. Los gritos de la parienta: No me engañarás el verano que viene, con este asqueroso pueblo. ¡Mala idea tienes, víbora! Y desde allí, pensando qué hará ella. Creciéndome la congoja en el cuerpo. Tendida boca abajo en la playa. ¿En qué playa? Con los hoyitos que se le señalan en los muslos. Rodando los dos por sobre la alfombra de su departamento. La mano por fin allí, al calor inimaginado de su entrepierna tan suave y esponjosa al tacto sobre sus bragas húmedas. Sonriendo en retirada hacia el vestíbulo, gateando yo tras ella como un perillo faldero para asirme a sus piernas y derribarla otra vez, ahora sobre mí, sorprendido por la frialdad de su trasero. Las mujeres siempre tenemos eso frío, me dice. ¡Maldita sea! Toda la noche va a estar la persiana zurrando contra el alféizar. He de poner algún remedio. Sonará el viento entre las ramas de la acacia. Estará el pueblo solitario, blanco el cementerio al final del camino. Un camión sube, dos lucecitas rojas, portillo arriba, mugiendo lastimosamente como si fuera a reventar. No hay forma de mantener el saldo en la cartilla. Estoy aterrado. Podría ser un buen día. Mañana podría ser un buen día. Nos iríamos a comer por ahí. Un sitio solitario. Sus rodillas bajo la mesa, al alcance de mis rodillas, de mis manos. Recriminándome ella tal atrevimiento con movimientos de cabeza, ofreciéndome una sonrisa mientras sostiene la copa de vino con ambas manos a la altura de los labios. De pronto haciéndome saltar el contacto de su pie descalzo sobre la bragueta, y recorrer yo la tersura de su pierna hasta donde pueda llegar. Oigo su pensamiento, cómo dice mi nombre una vez tras otra como si me estuviera suplicando algo sin atreverse a seguir, suspiros de placer a los que yo puedo imprimir el ritmo que quiera, su...

—Mañana déjame dinero, antes de irte.

Gruñido de asentimiento.

Huye el hilo de mi imaginación, el cabo suelto, roto, cortado sin contemplaciones, zigzagueante, difícilmente aprehensible.

- ¿Me has oído?
- Te he oído.
- Tengo anotados los gastos.
- No me cuentes penas, por favor.

Es que no levantamos cabeza. Todos los meses hay extras par trastornar el presupuesto. Quiero navegar este río de sombras a solas con mi pensamiento. Soy un miembro de la sociedad, de esta sociedad que es una cloaca de mierda en la que chapoteamos todos removiendo la podre que nos rodea. Así es: para respirar tú, tienes que apoyar tu cochino pie sobre mi cabeza y hundirme a mí los palmos que tú subas. En fin, en cama estrecha ponerse en medio. ¿Es que ella no sentirá calor? Si me muevo lo interpretará como un desplante. No voy a dormir ni cinco horas. Agachar la cabeza como un toro y embestir contra los veinte expedientes que el muy cerdo me tiró sobre la mesa. Y ella allí, sonriendo. Sonriendo siempre. Riéndose de todos. Tiene su jefe, sus medias, su liguero, sus piernas, su empleo seguro, su apartamento y su soledad, sus posibilidades de hacer lo que le venga en gana, su seiscientos y su turno en la peluquería. Me darán las tantas sin que haya conseguido pegar un ojo. Parece que tenga el mundo cosido a la espalda a través de la parienta. En cuanto ronque, me doy la vuelta y me voy a la orilla. Un ave de rapiña volando sobre el páramo amarillo por el que yo camino como una diminuta hormiga, equivocándome, volviendo sobre mis pasos. Encima de mi cabeza un rumor de agua apaleada, de piscina, de gritos. Un sol que me derrite y el pájaro que desciende sobre mí, asombrosamente grande, fustigándome con innumerables aletazos, atontándome, clavando su garra en mi vientre. Mis intestinos, los intestinos de ella. Coser sus desgarraduras con hilo de cáñamo. La piel de sus muslos plagada de hoyitos como la piel de una naranja. Bajo la mesa. Sobre la alfombra. Cruzando yo el aire azul, prendido por las garras del pájaro que al fin me suelta, vertical sobre la piscina: ¡splasch! Todo el agua fuera, inundando el mundo, apagando el incendio de los montes, arrastrando mesas con las patas hacia arriba. ¡Qué estupideces se me ocurren! Deben ser las dos de la madrugada. Me pasará la noche en vela. El que en marzo veló, tarde acordó. ¡Maldita sea! Se ha levantado el viento. ¿Se ha levantado? Pero coñe, quecoñequecoñe. Vibraciones, vibraciones. ¿El reloj está en hora? Se sale el agua del radiador... ¡Hijo puta de mosquito! La pelota blanca, botando, botando, rebo-



tando... rodando... «por la hierba reseca que hiere mis pies descalzos. A la tienda de lona caliente, sofocante. Color butano, para más agobio. Se ha volcado la mesa sobre la que estaba el cubo de cubos de hielo. Tengo sed y no puedo beber. Al mojarse el bikini rojo de la alemana, se eriza el fino vello rubio de su piel. Se oye el estruendo de un motor. El vehículo incontrolado va a pasar sobre la tienda y sobre mí. ¡¡¡Explosión!!! Castigo de Dios. ¡Adúltero! ¡Adúltero! No puedo moverme. El triángulo de la puerta está totalmente obstruido por una parcela de piel rubia cuyos poros se pueden señalar con un puntero. Alguien me explica anatomía punteando cada poro, pinchando: sangre, sangre, sangre. Espumea la sangre dentro de la tienda. Ha explotado el camión antes de llegar a mí. Pasa un viento abrasador que se lleva mi piel, mi carne. Pero yo sigo existiendo. Soy un ordenado conjunto de huesos mondos y lirondos. Mondos y lirondos, festivos y cachondos. Mas no puedo moverme. El viento ha desnudado los árboles y en su esqueleto pingajean ahora girones de mi piel. De mi piel. ¿De mi piel? Ambulancias blancas, sirenas. Aulladoras sirenas de alarma. Cientos, miles, millones de ambulancias corriendo en todas direcciones. Fumo y el aire azul se me escapa por los espacios intercostales. Asfalto derretido, sirenas, sirenas. Carreteras. Quizá un millón de muertos. Muertos, muertos, muertos. Muertos con la piel abrasada, ardiendo, corriendo hacia el mar. Espuma, espuma. La ardiente escalera de metal amarillo por la que...» ascendiendo a un mundo de realidades. Hace calor. Debe ser pronto aún. Sed. ¿Durante cuánto tiempo he dormido? Estoy empapado. Un espacio de sábana fresca. Va a ser un día de aúpa, porque no ha refrescado nada en toda la noche. Debe estar amaneciendo. Ni se mueven las cortinas de la ventana. Me han acibillado los mosquitos. Tengo sed. Se me pegan las sábanas al cuerpo. Beber algo fresco. La trampa del ratón está intacta. ¡Ah, cabrón! Me ha parecido verle correr desde la nevera hasta el cesto de la ropa sucia. He de acabar con él, aunque tenga que dismantelar la casa y armar un escándalo de mil demonios. Voy a coger una zapatilla.

—Voy a matar al ratón.

—¿Ha caído?

—Caerá.

Debo sacar al pasillo todos estos cachivaches que pueden servirle de perdedero. Es un enemigo difícil, el hijoputa este. Seguro que sabe reirse de



mi. Me comeré la sandía. Puede ser una táctica. El me estará observando, deducirá que esta noche se prepara la gran ofensiva. No te escaparás, cacho cabrón. Si no me hago con él en el cesto de la ropa, seguro que se atrinchera en la alacena. Es necesario asegurar las puertas, porque si consigue meterse entre los cacharros la cosa se me pondrá difícil. No sé si convendría volcar la ropa en medio de la cocina o ir sacándola prenda a prenda. ¡Ay, prenda! Cuando me la trasteaba en la pajera. Allá por los trece, andaría yo. Ella veinte. ¡Qué barbaridad! Me decía la Lute: ¡Ay, prenda! Esa va a ser otra, y no chica: porque si son prendas menudas, ¡ay, prenda!, entonces podré ir sacudiéndolas una a una: pero si hay sábanas o pantalones, puede estar incluso dentro de un bolsillo y pegármela limpiamente. Me bajo el cesto a la calle y le prendo fuego si es necesario. Me le cargo a lo bonzo, pero la mierda esta de bicho a mí no me trae más noches en vilo. Hundo el cesto en la pila llena de agua hasta los bordes: ¡zas! Ha acusado el líquido elemento. Me ha saltado encima como un energúmeno, trepando por las mimbres, por el trenzado de las mimbres. Trato de manotearle. Brinca hasta ocultarse tras de la alacena. Rechino los dientes. Este gesto de enjugarme el sudor que me corre por la frente es lo que los escritores definen como perfectamente maquinal. Son la coña, los escritores, se agarran a las palabras como a clavos ardientes. Bueno, vamos al segundo asalto. Segundos, fuera. ¡Lo que faltaba! Justo ahora me tenía que abrir la puerta para asomar la jeta.

—¿Pero qué haces? Estás congestionado.

—¡Lárgate! —empujo la puerta— ¡Cierra!

—¿Pero qué haces?

—¡Que te largues, te digo! —impaciencia—. Que estoy aquí enredado con el bicho, y como me la juegue hoy ya le podemos empadronar, porque de la ratonera hace él tanto caso como yo del aire en la teja. Así que, déjame con él, que vamos a ver de una vez por todas quién puede más.

—Pues hijo, ni que fueras a encerrarte con un toro de cinco años.

—¿Te quieres tú meter con él, a ver cómo te vales?

—No, hijo, no. Ni mucho menos. Eso es cosa de hombres.

El caso es quitar importancia a todo lo que yo haga, aunque ella no sea capaz de sacar una zorra de un centeno. Dejémoslo. Hay que separar la alacena de la pared. Con cuidado de no volcar los cacharros. ¡Maldita sea su estampa! Acaba conmigo, este bicho. Se ha metido bajo la nevera.

¡Ppppppffff! Tranquilo, tranquilo. Si me dejo llevar por su táctica, no hay nada que hacer. Hay que razonar, pensar friamente. En eso creo yo que le llevo ventaja. Estaría bueno. Rastrearé el hueco con el mango de la escoba. ¡Maldito! Manotazo limpio, al vuelo. Patalea, cabrón, que vas a la taza del inodoro. Así, vete por el desagüe abajo, hijo de cien padres. Hasta los infiernos. Buen viaje. Si llega a ser de día le rocío con gasolina y le prendo fuego. ¡Las cuatro y media! ¡Vaya noche que llevo!

—Si me dejas sitio, me acuesto.

—¿Acabaste con él?

—¿Tú, qué crees?

—Bien, hombre, bien.

Supongo que no tendría compañía. Debió venir con las patatas del pueblo. Me acabo de cargar al único paisano que tenía, mira por donde. Parece mentira, tan chico y tan incordiante. No me quedan ni tres horas de sueño. ¿Y si me pongo malo y me quedo en la cama? No. Puede ser un buen día si consigo convencerla para ir a su apartamento a tomar café. ¿Será verdad que ronco? Queda un mosquito todavía... «La brisa. La brisa que limpia de los árboles las flameantes pieles muertas. Una lluvia regular, cernida, lo arrastra todo al mar». ¿Sonó el despertador? Un poco más. Se oye un grifo. No debería ir hoy. En realidad no me encuentro bien esta mañana. Ha sido una noche toledana. Nunca me encuentro bien al despertar, pero es que hoy estoy hecho tabaco: más cansado que cuando me acosté anoche. Claridad tamizada. ¿Qué hora será? Estoy lo que se dice hecho fosfatina. Voy a salir vestido al cuarto de baño, o me entretendré demasiado. ¡Arriba de una vez! ¡Cuidado! Con el pie derecho, no la vayamos a liar. Tendría que cambiarme de ropa interior. Podría ser un buen día. Al menos de camisa. No tengo tiempo para afeitarme. Llevo dos días fichando en rojo. Pues, si, voy yo bien para intimidades. Descuida, no se levantará a ponerme el café. Ya gargarean los lavabos. Un día me quedaré atrapado en el ascensor. Sería una buena disculpa para un retraso. Me atrazarán una mañana en el oscuro portal. Me cortarán las tripas con sus navajas largas. Ruedas. Intermitencias. Frenos. Aire de la mañana todavía limpio. Rumor de grava bajo mis pies. La panadera inmensa, con su ojo verde y su ojo azul. ¿Por qué? El sucio bar de la esquina. Al sol se le ven las manchas. Es como una naranja picada por la mosca. Sucias aceras con olor a basura fresca. Arrojadadas cabe-

zas de pollo decapitado, moscosas ya, sanguinolentas. Desolación. ¿Desolación, por qué? Desolación y basta. Si noapestase a orín de perro, de todos los perros del barrio, sería relativamente fácil descansar apoyado en la señal de parada del autobús. Es una suerte, un privilegio llevar dinero suelto y no tener que armar la timba con el pedazo de bestia este. Sudor colectivo. Lágrimas ya ni siquiera. La morena lo lleva escrito en la cara. Sudor. Bolsas de hule de todas las olimpiadas que en el mundo han sido, circulando por doquier. ¡horror!, preñadas de manzanas y bocadillos de mortadela, de tarteras con tortilla o pollo con tomate, de pantalones más viejos todavía. Humos. Humos ya. Semáforos. Caen verticales las agujas de los pinos sobre la avenida. Riegos por aspersión. El viejo pela su naranja sentado junto a la garita. Se está comiendo la naranja envenenada del sol. Ella ha fichado ya. Su tarjeta está a la derecha, lo que quiere decir que ya está dentro. Estará abriendo el correo. Maravilloso, cómo se la pego al jefe. Esperaré el último momento a la hora del almuerzo para poder besarla en la antesala de los lavabos. La gente moviéndose ya abajo, en el paisaje gris de los talleres, entre los tornos y las fresadoras y los martillos neumáticos. Las deben pasar negras, ahí abajo, con tanto calor. Pasa ella, como un perrito guardián, hacia la antesala del despacho del jefe. Nadie accede a él si no es a través de ella, con su consentimiento. Voy a pasarle la firma, me dirá luego, como cada día al final de la jornada. Mientras permanece dentro, solos los dos, quién pudiera, él subirá la mano por las doradas pantorrillas de ella. ¡Cabreante! Siempre lo hace, me cuenta, pero nunca ha intentado nada más. Le gusta, en invierno, cuando las lleva, meter los dedos entre la carne y el final de la media, jugar con el elástico mientras con la otra mano firma las cartas que le va poniendo delante. ¿También el cuerpo lo tienes de trigo maduro? Y ella me dijo: Sí, más o menos. Siempre sola en su apartamento, día y noche, se me contagia su soledad y su inevitable tristeza. Otra vez quisiera volver una noche con ella a compartir su vino y su alfombra, a repartirnos la mirada y el aliento. Mi libertad de hombre, ¿dónde está? Así me moriré un día, sin haber hecho cantidad de cosas que me hubieran hecho feliz. Debo haberme quedado «in albis» un buen rato, porque se me ha quedado mirando el latiguero, como extasiado, como si quisiera adivinarme el pensamiento. Hay que hacer algo. Poner sobre la mesa, delante de mí, unos papeles, tomar el bolígrafo, marcar el número. Este capullo es capaz de acercarse, precisamente ahora.

—¡Oye!. ¿qué tal?

Tiene gracia. Nuestras mesas están casi frente a frente y podemos mirarnos y sonreír mientras hablamos.

—Eres un caso. Un día lo descubrirán.

—¿Y qué?

Es estupendo, miramos al tiempo que podemos oír nuestros respectivos alientos.

—Voy a colgar —un susurro—. Tengo que prepararle el correo de entrada. Nos veremos a la hora del almuerzo.

—Prepárale también el elástico de las medias.

—Lo tengo preparado —sonríe.

—Una bomba, le ponía yo.

—Pobre hombre.

—¿Pobre hombre?

—Se conforma con bien poco, ¿no?

—Como te vayas al lavabo me voy detrás de ti —amenazo.

—¡No! —me sonríe incitante.

Su pierna alargada a una lado de la mesa y recorrida por el índice de su mano, desde el tobillo hasta un poco más arriba de la rodilla.

—Tengo gana de morderte —chasco los dientes.

—Vale, ya está bien —se ha puesto seria.

—¿Cuándo voy a cenar contigo?

—Ya almorzamos todos los días juntos —ríe de nuevo, moviendo la cabeza—. ¡Como se entere tu mujer!

—Déjate de coñas marineras. Ya me inventaré algo.

—Vale, de verdad —impaciente—. Te van a echar la bronca.

Me sonrío. Cuelgo. Sin dejar de mirarla. Ni un beso ni nada, porque no se pueden forzar las situaciones y al imbécil de Martínez le priva estar conmigo a todas horas. Hasta su tartamudez me está contagiando.

—Mira... aq... que estab... uena, lat... ía.

Recoge sus cosas y cierra los cajones. Tengo que marcar su línea. De prisa.

—¿Tomamos un vermouth rápido en algún sitio?

—No puede ser. Viene Frías conmigo, que tiene el coche averiado. Como vivimos cerca, a veces, de taxista.



—¡Qué barbaridad! —bufido de malhumor—. ¿También ése por medio?

—No sufras, chiquitín.

También en el autobús el plomo de Martínez. El salto limpio de ella dentro del seiscientos. Las piernas: tono oscuro hasta el final de las medias, claro y oscuro, rápido. Me lo recrimina con movimientos de cabeza, haber estado al acecho. Sube Frías, con aire de moscón impenitente. Quién fuera él.

—Alt... ostaderom... acho.

Empujándome Martínez hacia el autobús que llega, con sus manos lentas, pesadas, calientes. Desandar el camino de la mañana. Recordar que no he llamado a la parienta en todo el día. Subir a la terraza con los niños para aviar los canarios y cambiarles de sitio. Ni a la hora de la comida hemos podido estar a solas. Así no es posible programar nada. Corren los niños con el perro del portero. El último sol sobre la torre de Santa Catalina, oblicuo ya, y tenue. Habrá mil tardes como ésta cuando yo ya no esté. Es una tarde maravillosa para muchas cosas, cosas que no puedo hacer. Me ha dado hoy por la melancolía. Quizá ha sido el sueño de la noche pasada: un plan con una rubia que también se malogra. Un camping. Una explosión. Hay que bajar. Tendría que ducharme. La cena está en la mesa y la tele con sus chorradas de siempre. El postre habitual. La modorra del tinto. Las paridas del entrevistado y de las niñas. Se habrán puesto las braguitas caladas para el fin de fiesta. ¡A las tres! Me cuesta trabajo desvestirme. No, no voy a fumar hoy en la cama. Ni me limpiaré los dientes. Nadie tira de la cadena en esta casa. Estoy yo para juegos. Ella dale que te pego.

—Que estoy muerto, te digo.

—Pues hijo, ni que hubieras estado cavando.

Nada más me faltaba eso. Allí la alfombra sola. ¿Sola? ¡Esa luz, mujer! No fumigaré los mosquitos, no. La mariposa. El alcaraván muerto. Las hojas de los chopos. El viento. La ribera. ¿Has hecho pipi ya? ¿Es que no oírás que la tele está friendo? Tengo que madrugar. Mañana podría ser un buen día. Mañana, mañana. Llamar ahora a su puerta: Soy yo. Eres un caso, me diría. El libro abierto sobre la mesilla de noche, sobre la cama. Su ropa transparente, el olor de su cuerpo. Mañana podría ser un buen día. ¿El reloj está en... hora? «Luces. Luces. Luces. Sombras. Sombras. Me está pidiendo



cruce. Los castaños blanqueados a la altura de un hombre. La carretera espejeante». ¿He oído bien? Lllaman.

—Es que no te enteras. ¿No has oído el timbre de la puerta, o qué? Está ahí Martínez, el de la fábrica, que no acierta ni a hablar. Dice que te levantes, que la secretaria y Frias se han caído con el auto por el puente del ferrocarril.

Saltar de la cama. Sí.

—¡Bendita sea la madre que me parió!

—¿Qué dices?

—Nada. Que voy.

El agua tibia sobre la cabeza. El olor a fritanga acumulado en la cocina. Echarme hacia atrás el pelo con los dedos. Martínez en el recibidor, comiéndose las uñas. Gesto de interrogación: ¿Qué tue? Mueve la cabeza a un lado y a otro, a un lado y a otro como un robot descabalado, aleteando las manos por delante del pecho.

—Mmmm...uertos. Llll...os doshan... mmmmuert... o.

Pido calma. El calendario de la cocina: todavía es martes y trece. Podía haber sido un buen día. Nunca se sabe. A veces es mejor dejar rodar las cosas como vengan, sin violentar al destino.

—¡Jó, qué broma! Menuda suerte tengo.

—¿Queeeed... ices?

—Nada, que vamos.

## «MORITO DOMINGON»

*Premio Puerta de Bronce, 1983*



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## MORITO DOMINGÓN

EL bosque era su mundo. No es que no le gustase la ciudad, era que no la entendía, ni le hacía puñetera falta. Le sobraba como un traje heredado que no era de su talla. El monte era suyo y no tenía límites. Podía ver un cielo limpio, sin fondo, en el remanso de los regatos que bajaban de arriba, resudados de neveros ocultos.

De siempre había tenido querencia de soledades y silencios, también de ecos. Era correoso como la gineta, astuto como el zorro, montuno. Tenía vocación de pájaro y de nube, de hoja levantisca, necesidad de respirar lejani-  
as, de sentirse libre, de hacer calladamente hazañas de romance.

Morito Domingón caminaba siempre algo encorvado, a la espalda un saco de historias y de inviernos, la frente señalada de trajines.

Detrás del chozo de adobe y cañabrava, tras de las alambradas, el turón y la gineta soñaban espacios abiertos, hedían, enseñaban los dientes al tejón, que exhibía sus uñas estirándose en invertido arco sobre el piso de la jaula. Estaba la marta, de suave piel leonada, mirando confiadamente, segura quizá del mimo de Morito Domingón, que a veces la regalaba un huevo de perdiz, setas con miel por cuyo sabor este bicho se pierde.

A veces metía un palo hacia la gineta, hostigándola, y el animal reculaba hacia el fondo, gruñendo no se sabe bien si amenazadora o agradecida. Miraba la comadreja con sus ojillos inquietos, agazapada, la tripa blanca pegada al suelo del jaulón, encendido el lomo.

Morito Domingón hablaba con los inquilinos de su arca bíblica mientras repartía las raciones diarias. De haber podido, hubiera sanado a cada alimaña que caía en sus cepos, en sus lazos, porque en el fondo sentía a los

animales como compañeros de travesía, y le hubiera gustado poder tenerlos amaestrados alrededor de la choza: pero tenía que comer. Pensaba, a veces, mientras despachaba el almuerzo, recostado en el banco a la vera del hogar, que el trampero no es más que una alimaña más lista que las otras. Y, alguna vez, también, soñaba que él mismo era mordido por un cepo enorme cuyos dientes acerados rasgaban la carne de su calcañar hasta sacar al aire el hueso limpio. Entonces se despertaba sudoroso y jadeante, angustiado: salía hasta el establo donde rumiaban las vacas, se envolvía en la manta y trotaba en la noche hastas los cepos, pateando el monte por trochas y cañadas, el cayado pronto por si algo había caído rematar de inmediato acortando el sufrimiento. Gemía el garrote en el aire, blandido con maestría. La garduña se estremecía, manchaba su impoluto babero blanco con unas gotas de su propia sangre y se quedaba finalmente inmóvil, alzada la cabeza en una crispación inverosímil, como una diminuta gárgola abatida sobre la hierba húmeda. Morito Domíngón respiraba hondo, prendía unos matojos al amparo de un peñasco cercano y, antes de que se enfriase, despellejaba al animal. Sólo se oía el tajo preciso separando la piel, el silbo del cárabo que presenciaba el rito, espectador entre el ramaje de las hayas, el crepitar del fuego que expandía aromas de alcanfor y almizcle, el tan familiar de la valeriana y de la dulcamara, o del tanino, de cuya solución se serviría después para el curtido.

Volvía a casa despacio, extendía la piel al oreo y rajaba al bicho para extraer las vísceras, que metía en formol para enviarlas a la capital. También por ellas pagaban, con el fin de poder estudiarlas. La garduña tenía entero el pedazo de trucha que le había servido de cebo y de perdición.

Clareaba. Morito Domíngón liaba un cigarro. No era hora de volver al camastro. Agarraba por el gollete una botella oscura que descansaba sobre la cornisa de la chimenea y se sacudía un lamparazo de aguardiente que alborotaba sus tripas. Oía gritar a la garza, abajo en el regato.

Aquella tarde, después de aviar a las vacas, se adecentó un poco y se bajó al pueblo. Resultó que era domingo, y aprovechó para jugar a las bochas con Jaliscote y Porrño el Corchero. Felisita la hornera les preparó una liebre al barro, que salió muy rica, y estuvieron dándole a la frasca hasta bien tarde. Disfrutaron de lo lindo.



—Voime arriba porque está la Josefina a bocaparir, de no ser así, quedárame hasta ver en qué paraba la cosa.

—Ya es lástima. Otro día hemos de liarla.

Se había hecho de noche cuando salía por las calles del pueblo. El viento estaba calmo y comenzaron a caer unos copos como mantas que planeaban mansos antes de llegar al suelo. Morito Domingón chiscó el yesquero para darse lumbré al cigarro, y, después de ajustarse la gorra, se lió la manta y apretó el paso. A la entrada del monte oyó el grito lastimero del chotacabras. Por allí arreció la cellisca y se dejaba notar un vientecillo criminal que pronto colgó carámbanos en la visera de Morito Domingón, que caminaba a ciegas, sin referencias, como si únicamente un instinto animal le guiase hacia la cabaña. Ya cerca, columbró los ojos del raposo en huida. Mugía la vaca. Le pareció que la Josefina andaba en aprietos, quizá de parto. No debería haber bajado hoy, pensó, avivando el paso.

Fue directo al establo tras de la cabaña, y, a unos pasos del cerrado de maderos cruzados en el boquete del chamizo de las vacas, le saltó la bestia todavía con humo en las fauces.

El lobo huyó por entre la maleza, y Morito Domingón, que no había tenido tiempo de desembarazarse de la manta para blandir el garrote, tuvo en seguida conciencia de lo que había pasado. Retiró la telera y entró.

La Josefina estaba allí, echada sobre el heno, y, a la luz de una tea, Morito Domingón pudo ver sus grandes ojos asombrados y tristes, y al ternero degollado junto a ella, con profundas heridas en el cuello, como navajazos por donde le habían sacado la vida recién estrenada.

Morito Domingón lloró de desesperación, acariciando a la vaca, la frente apoyada contra el testuz del animal.

—Mejor llevaste la cuenta que yo —habló en voz alta hacia donde había huido el lobo. Y amenazó—. De él comerás, pero será la última vez que lo hagas. ¡Te digo que colgaré tus huesones en la picota del almiar, ladrón! —gritó alzando las manos al cielo.

A partir de aquel día, el hombre abandonó los bichos y recogió los lazos. Dejó de preocuparse de huellas y excrementos, de mirar si en las huras había pelo reciente. Siguió apeonando arriba y abajo, pateando el monte, aguantando esperas. Descolgó del humero un cepo dentado, poderoso, al

que sujetó una cadena con estaca. Anduvo preguntando. Sólo el lobón le inquietaba.

—Cuidate de la fiera —le previno Porriño el Corchero—, porque tengo entendido que hizolas muy gordas en varios municipios.

—No me descuidaré, no.

Anduvo inquieto, levantándose a deshora para revisar el cepo, cambiarle de sitio, ventear el aire como un perdiguero, escuchar el más leve ruido que llegase del monte. Retrasó la matanza del puerco; en fin, todo lo pospuso en atención a la captura de su enemigo.

Entre tanto, la alimaña seguía haciendo atalos que se comentaban en los chigres.

Morito Domingón tenía la huella grabada en la memoria. Se sujetó al cinto un cuchillo mangorrero y cachicuerno y no se daba tregua ni de día ni de noche.

Alguna vez se vieron a distancia. Se amenazaron.

Cubría el cepo con hojas, derramaba un poco de sangre, ponía el cebo. A veces encontraba una raposa, un tejón, un meloncillo destrozado. Y de nuevo era preciso cambiar de sitio y espera.

Era peor cuando se encontraba con un tronco aprisionado en el cepo, con una calavera de caballo o una garba de alfalfa.

No le gustaban esas bromas; lo tenía dicho.

Por las noches no conciliaba el sueño; cualquier rumor le ponía en guardia: el aire en la caña, el crujido de una rama, un mugido de la Josefina.

Fue por el seis de marzo, San Marciano. Andaba ya la nieve en retirada. Había bajado al pueblo y anduvo en discusiones.

—Ríese del más guapo, ese lobón —se le burlaban.

Se puso algo ajumado, tontorro.

—Menudo lobo llevas tú —le decían.

Andaba el tiempo en aguas y el aire húmedo aguzaba el olfato. Morito Domingón dio un rodeo, por si algún animalejo había hecho saltar el cepo, más que nada.

De lejos oyó la cadena, el gruñido amenazante de la alimaña, que saltaba luchando por librarse de los dientes de acero. Se fue acercando, la miraba fija en aquellos ojos llameantes, escuchando el ronquido sordo. Enseñaba el lobo dos pares de colmillos puntiagudos, como navajas, amusgaba las

orejas y retrocedía hasta la estaca, amonándose allí, haciendo dos rayas amarillas de sus ojos.

Morito Domingón calculó que pesaría unos sesenta kilos. Tantos como años tenía él. El cepo le había mordido la pata y debía llevar un buen rato luchando por sacarla.

Ambos se quedaron quietos unos instantes, observándose. Habló Morito Domingón despacio, saboreando sus propias palabras, que debía tener pensadas desde hacía mucho tiempo.

—Le desgraciaste el ternero a la Josefina, ¡eh! Te aprovechaste de que estaba atada, indefensa. Eso haré yo ahora. Sabía que habíamos de encontrarnos.

Dio un paso hacia adelante y preparó el cuchillo, ante cuyo fulgor la bestia se apretó contra el suelo, las fauces espumeantes, quieta.

Morito Domingón blandió el cayado: pero al tiempo de ir a descargar el garrotazo, la alimaña saltó hacia él catapultándose, arrastrando por el aire cepo y cadena, rasgándose piel y nervios de la pata apresada.

Supo Morito Domingón que había marrado el golpe. Resbaló sobre la hojarasca, se vio envuelto con la fiera, zamarreado. Sintió como si un hierro candente le abrasase la garganta, el aliento del lobo junto a su cara. Hundió el cuchillo una y otra vez, ciego de rabia, hasta desfallecer.

Se sintió empapado de sangre, de lluvia, de sudor; y estuvo así unos momentos sobre la alimaña; hasta que dejó de percibir bajo su cuerpo el más leve latido, el mínimo estremecimiento. Entonces se incorporó penosamente, trabajó con todas sus fuerzas hasta colocarse el animal sobre los hombros y echó a andar hacia el pueblo.

Mil veces pensó que nunca llegaría, que aquellas bombillas esquineras que se le aparecían borrosas y danzantes estaban cada vez más lejos, que no le quedaba ya sangre que manar por aquella herida que se palpaba en el cuello. Pero sentía la necesidad de llegar y reunió en el empeño toda su fuerza, toda su angustia, todo su dolor.

Todavía estaban los hombres dentro, comentando. Oyó sus risas.

Abrió de un cabezazo la puerta del chigre y se precipitó vencido hacia adelante, ya sin control, desangrado, hasta caer de bruces en el suelo, esta vez bajo el lobo; y ya no pudo ver que todos quedaron mudos, paralizados de asombro.



Institución Gran Duque de Alba

## «DIAS AZULES»

*Accesit Premio Antonio Machado, 1982*



Institución Gran Duque de Alba





## DIAS AZULES

HABIA desayunado poco, deprisa y refunfuñando porque era día azul y quería aprovechar el correo de las nueve treinta. Y los días azules era mejor dejarle a su aire, sin pedirle ni mandarle nada, porque la más mínima contrariedad le despertaba la piedra del riñón y se ponía inaguantable. El dichoso viaje se le había convertido en ruina, en algo irrenunciable desde que se enteró de que con el descuento el billete se le quedaba en cuatro chavos, como quien dice.

—Padre, mañana podía usted...

—¡Mañana? Mañana es día azul —sentenciaba.

—Pues si que estamos bien.

Los días azules eran intocables. Los días azules tío Pablo echaba mano al cayado de enebro, se colgaba al cinto el fardelillo de la merienda y se subía caminando despacio, con el tiempo calculado, por la Avenida de la Estación.

—¿A dónde tan temprano, tío Pablo?

—Hoy es día azul.

Y el talabartero de la esquina, que andaba ya a esa hora tanteando un remejo de cueros, no necesitaba más aclaraciones.

—Hoy es día azul, ¡eh, tío Pablo? —se asomaba el peluquero al quicio de la puerta, el peine en una mano y las tijeras en la otra, paralizadas en un tris.

—¡Toma, no que no! —sonreía el viejo, casi triscando bajo la sombra de los castaños al borde de la acera.

Y cuando el hijo le echaba en falta al volver del trabajo o los nietos reclamaban su presencia y su cuento al regreso de la escuela, bastaba con que Margarita, su nuera, dijese lacónicamente:

—Es día azul.

—¡Jo! —protestaba el pequeño—. ¡Vaya plasta!

Ni siquiera era necesario indicar el destino al asomarse a la ventanilla, porque en la estación le conocían todos.

—¡Qué, tío Pablo? A aprovechar el día azul, ¿no?

Asentía con una sonrisa de satisfacción, colocaba el billete cuidadosamente en la carpetilla, que de nuevo guardaba en el bolso interior del chaleco, y se iba a esperar el tren, sentado en un banco bajo la sombra de las acacias.

—Estamos arreglados con la manía ésta de los días azules —murmuraba el hijo.

—¡Ay, mira! Mientras hace eso no hace otra cosa. En algo se tiene que entretener, el hombre. Tampoco se va a pasar la vida entre las faldas de la mesa camilla —contestaba su nuera.

—Si no es eso, mujer: es que allí, desde que la estación se quedó en apeadero, el tren para un minuto: justo el tiempo de bajar o subir: y con lo torpe que está él, un día nos da el susto.

—No está tan torpe, no; que en los días azules se levanta bien listo y se le olvidan todos los achaques. ¡Menudo! Parece otro.

—Será lo que tú quieras —insistía—, pero no está para andar, a su edad, arriba y abajo todo el día solo por el pueblo.

El tío Pablo, sentado en el compartimiento, con el cayado entre las piernas, contempla la insinuada plata de los cebadales, el barbecho rojizo, una liebre engalgada hacia el perdedero del pimpollar, el majuelo que día a día va verdeciendo, los intrincados caminos que tantas veces transitara tras la yunta.

Si me pudiera valer solo, piensa, aquí volvía yo a resucitar la siembra a voleo, el cobijo de la viña, el escarde, la siega y la trilla. Si por un milagro estos brazos y estas piernas amaneciesen un día con la fuerza de antaño, aquí me volvía yo a criar bichos, a cazar con galgo y a colocar varetas torderas. Si ser pudiera, otra vez me gustaría dormir sintiendo el silbo del cárabo, el gemido del viento en la tejavana, el tamboril del granizo sobre el cristal de la claraboya.

Durante unos instantes, el silbido del tren a la salida del monte, le trae a la memoria aquellos inviernos en cuyas noches de helada el traqueteo del expreso sonaba durante mucho tiempo, rebotando por tesos y vaguadas sobre la tierra endurecida.

Anda un milano alborotando palomas, navegando un cielo azul en espaciosos círculos sobre el cerro del palomar. Y el tío Pablo, mientras contempla ensimismado el perfil carcomido del campanario desde la ventanilla del tren, considera el hecho de que hasta la cigüeña se haya ido para no volver más, haya abandonado definitivamente su casa de sarmientos coincidiendo con los últimos desertores: como si, al no contemplarla nadie, se hubiera dado cuenta de lo inútil de su silueta inmóvil, del tableteo sonoro de su pico en las mañanas de abril.

El viaje de ida es siempre una corta duermevela durante la cual el tío Pablo se programa un tiempo de recuerdos: las horas que pasará en ese pueblo donde nació, por cuyas solanas jugaba de muchacho a la chita y al tángano, donde aprendió a leer y poco más en una escuela que el abandono y el tiempo van hundiendo y por cuyos ventanales de quebrados vidrios entra y sale a su antojo el desamparo.

A veces, cuando tiene compañía durante el trayecto, le gusta brindar conversación, aceptar un cigarro si es de tabaco negro, lamentarse evocando un tiempo ido que nunca volverá.

—Pues sí, señor, yo estoy con un hijo, aquí en la capital; pero nací y viví siempre en un pueblo de ahí cerca. Es un lugar tan chico que ni siquiera viene en los mapas y del que poco a poco se fueron yendo todos. Hoy da pena verlo, créame; pero a mí me sigue tirando. Allí tengo la casa y unas tierras, y en el Camposanto dejé mujer y un hijo que se nos fue de un cólico. Yo aguanté más que nadie; pero a lo último anduve con mal de piedra y el hijo empezó a decirme que si estaba loco. Yo qué sé. Algo sí, no crea. La soledad le vuelve a uno la cabeza; se comienza hablando solo y acaba uno empadronando a los ratones. Ahora, una cosa le voy a decir, aquí entre nosotros: yo creo que si no es por los nietos no me arrancan de allí; pero, mire, lo que no consiguieron los hijos lo han conseguido dos nietecillos que tengo. Son el mismo demonio, qué le voy a contar; pero majos como ellos solos; y si no los aguanta su abuelo, ¿quién los va a aguantar? El caso es que al final, que si unos días por ferias, que si otros cuantos por nochebuena, poco



a poco me fui haciendo; y ahora, pues eso, allí me tienen de estorbo. Lo que pasa es que los días azules, como me sale el viaje en cuatro perras, pues me escapo al pueblo y echo el día a fantasmas, que digo yo. En fin, amigo, buen viaje. Yo ya estoy llegando y me tengo que preparar con tiempo, que ya no ando ligero. Los años, amigo... Es un apeadero que sirve a cuatro o cinco pueblos; por el correo y poco más, ya sabe.

Allí está Judas el cartero, la valija terciada en bandolera y la gorra sobre los ojos, caminando andén adelante hacia el vagón postal con el velocipedo de la mano.

La correhuela bravia ha brotado entre el embaldosado que rodea la estación solitaria, cuelga el jaramago en los dinteles de puertas y ventanas, y allá, por el brocal del pozo, a medio camino entre el edificio de piedra color siena y la caseta roja del guardagujas, la enredadera ha crecido salvaje y se desparrama por el suelo desde el airoso arco de ladrillo que sostiene la herrumbrosa polea.

—Un día he de subirme un escardillo y limpiar esta broza —se dice el tío Pablo en voz alta mientras el tren cruza ya bajo la puente del sendero al molino.

—... bien es día azul, tío Pablo? —le llega el final de la pregunta de sobra entendida desde el extremo del andén donde Judas, con el velocipedo apoyado contra la cadera, ordena la correspondencia dentro de la valija.

Asiente el tío Pablo con un cabezazo cuando ya el otro alza la mano en ademán de despedida y, un pie en el pedal, toma un breve impulso para enfilarse el senderillo paralelo a la vía.

Y antes de salir al camino del pueblo, como hace siempre, el tío Pablo da una vuelta, deteniéndose a mirar a través de los cristales de cada ventana.

—... solo está todo, coño —se le escapa otra vez el pensamiento.

Una mano en el bolso de la chaqueta y en la otra el cayado de enebro, baja sin prisa hasta la charca medio seca, comentando:

—Ni barbechean, ni binan ni tercián; y quieren que la tierra responda a base de herbicidas y maquinaria. Lástima de rompido, este de los balsones, con aquellos trigos que tapaban a un hombre y hoy tan ralo que se ven correr las liebres entre los surcos.

Entrando por la calle del pozo del concejo le ha parecido ver una som-



bra cruzar resbalando por la pared encalada de la iglesia, allá al fondo, y el corazón le da unos golpes desacompañados.

—Aquí no quedan ya ni pájaros —intenta tranquilizarse.

Después, la imagen de Candida en el recuerdo, babeando inmóvil, sentada en el portalón enguijarrado, con la mirada perdida y una sonrisa a medio construir, le obliga a mirar a través de las junturas de la puerta un oscuro paisaje de quietas telarañas.

Sube la portalada de la plaza en cuesta haciendo resonar, casi con rabia, la contera de su cayado contra las losas polvorientas. Durante unos instantes se para junto al cantón esquinero donde siempre descansaba Temistocles el ciego, los ojos amortajados por unas antiparras de vidrio redondo y oscuro, la barbilla en cuña contra el pecho y las manos cruzadas sobre la curva del cayado.

—No dura en pie un invierno más —habla mirando la ruinosa fachada de la escuela—. Parece mentira cómo necesitamos a las cosas y ellas a nosotros.

Hay de pronto en la mente del tío Pablo una lejana tarde de sombras alargadas y alborotados gorriones en celo por los aleros de la plaza llena de gritos, de campanadas de las cinco que volaban en libertad por un cielo de nubes corredoras. El maestro, en pie sobre el umbral de la puerta, contempla asombrado la simultánea dispersión de campanadas, muchacho: pájaros y nubes. Salía el expreso de entre las encinas tiznando la tarde, afirmando las cinco con un pitido largo que se diluía entre los chopos del río. Eran las cinco de la tarde en el reloj del ayuntamiento, en la sombra de la torre, en el pitido del tren. Son las cinco de la tarde en la memoria del tío Pablo.

Enfila la calle tantas veces trajinada, palpa la llave de hierro en el bolso de la chaqueta, la introduce en la cerradura arrancando un reproche en cada giro, con cada roce sobre el oxidado mecanismo. Entra. Cuelga la gorra y el cayado en el clavo tras de la puerta. Una desolada claridad cae vertical desde la claraboya sobre las baldosas en el centro de la cocina. Penetra en la alcoba que ya no es más que un álbum de recuerdos donde colecciona ausencias, caricias, susurros y llantos, muertes. Busca un latido palpando sobre la cal de las paredes. Suspira mientras devana telaraña entre las flores de papel. Todo el pasado, resumido en una fría sensación sentida a lo largo de la espalda, le empuja de nuevo a la calle.

Baja hacia la fragua y se detiene unos instantes en la derruida taberna de Gorito, que había dicho siempre que sólo le sacarían del pueblo entre cuatro y con los pies por delante. Y así fue. Cuando únicamente quedaban los dos en el pueblo, Gorito se pasaba el tiempo dormitando sobre atrasados diarios y espantando moscas borrachas, pesadas, cargantonas; escupiéndolo intermitentemente hacia la salivadera, sin acertar casi nunca, una modorra, un tedio que se le había concentrado en el paladar en forma de salivazo tintado de tabaco y de aburrimiento. Poco a poco, un rectángulo de sol filtrado en delgadas líneas oscilantes por la cortinilla de junco, iba alcanzando el rincón de la gramola para quebrarse allí, perdiendo intensidad, incluso, como si tras el varillaje que protegía el altavoz hubiera algo que absorbiese la luz. Y decía que iba divinamente, que a ver si un día tenía un rato y tocaba unos discos; que por ahí debía haber una caja con agujas desde que sonase por última vez el día de la toma de Bilbao.

Le gustaba al tío Pablo ir a media tarde, en los días de los primeros fríos, a sentarse con Gorito en la cocina inmensa y oscura, junto al hogar de mortecinas brasas que no daban calor y donde todo eran sensaciones de ceniza apagando cualquier posible reflejo de una luz que bajaba por la amplia campana de la chimenea, borrosa clámide de sombras de nubes viajeras y bandadas de tordos silbadores. Y allí charlaban de todo o no decían nada, la petaca y el pocillo de vino sobre una banqueta entre ambos, el clavo del humero corriendo su sombra entre hollines y silencios, con pretensiones de reloj, los rincones atestados de damajuanas vacías y polvorientas.

Y allí lo encontró un día trastornado sobre el banco; la cabeza vuelta hacia arriba entre los morillos, como si hubiera querido, en última instancia, atisbar algo a través del tiro medio cegado por un hollín de siglos. El tío Pablo pensó durante mucho tiempo en la posibilidad de morir así, sin que nadie le cerrase los ojos. Fue por entonces cuando anduvo con mal de piedra, orinando poco y a cada triquitraque.

Después de trastear de un lado a otro por el pueblo, transido de recuerdos, camina hasta el cementerio de paso hacia la estación. Mide la altura del sol para asegurarse de la hora y empuja trabajosamente la desquiciada puerta cuyos goznes llenos de herrumbre rechinan en el silencio de la tarde. Se promete traer el próximo día la cuerna del unte de los bujes, que todavía cuelga, reseca ya, seguramente, del eje del carro arrumbado bajo el colgadizo.

Y mientras arranca unos hierbajos sobre la tumba de su esposa, siente de nuevo un frío que le desciende desde la nuca. Tan intenso ahora que el tío Pablo se estremece un instante. Se encasqueta de nuevo la gorra y sale.

Es allí, contra la pared de la estación, sentado sobre el poyo caldeado con el último sol, cuando le parece notar un cosquilleo por la espalda, y como un sueño pesado y repentino que le cerrase los párpados. Contempla una débil luz de atardecida escalando los chopos allá abajo, la silueta del pueblo a contraluz, el pausado vuelo del milano sobre el palomar.

Rebasó el tren la puente, la barbechera, el monte; brilló con aire de complicidad un guiño rojo en el farol de cola. Y al tío Pablo, que había resbalado hasta quedar tendido a lo largo del asiento, se le puso el día azul, como nunca azul, definitiva y maravillosamente azul.



## «CUANDO FLOREZCA EL ASPERIEGO»

*Premio «Ignacio Aldecoa», 1984*



Institución Gran Duque de Alba





## CUANDO FLOREZCA EL ASPERIEGO

AL chozo no llegaba nunca nadie. Nadie. Apenas un equívoco son de campanillo en las atardecidas de abril, cuando el aire se adelgazaba por entre las ramas muertas del manzano clavado frente a la puerta y entre cuyas raíces invernaba el fardacho. El tiempo... El tiempo no existía.

A veces Liborio se quedaba inmóvil, paralizado por el silbo de la curruca zarcera, que pronto imitaría a la perfección, por aquel eco de campanillo que le resonaba dentro de una cabeza demasiado grande para lo que contenía. Entonces madre le miraba, asintiendo con pesadumbre, la cabeza inclinada hacia un lado, la vista imprecisa en el aire y la cuchara detenida a medio camino entre el plato y la boca entreabierta. Le limpiaba la babilla y le palmeaba la espalda en un intento por devolverle al presente. Liborio volvía en sí, efectivamente, se introducía el dedo índice en el oído y sacudía vigorosamente. Seguía comiendo.

Por entonces era un zagalón que se había criado como los corderos, lo mismo de inocente, sin salir de entre los riscos por donde padre apacentaba el rebaño, sin abandonar el valle más que una vez por mayo, cuando madre le llevó al pueblo y le compró un pantalón de pana y una blusa de sarga rayada para que fuese a confesar y a recibir comunión.

Una vez al año, por el tiempo de la motila, se iba padre con las sacas de lana en la carreta de Anteno y al volver le traía unas abarcas nuevas. Otro día le hizo un zurrón.

Aquella mañana de julio estaba Liborio sentado sobre un canto al borde del camino, atento a la linde del sembrado, gritándole a la perra canela al tiempo que rascaba el rabel que le había hecho padre con media calabaza.

za y una tripa del morueco que se perniquebró el día del nevazo, entusiasmado porque había un cielo sin nubes y ya le salía bien aquello de «a la harina, a la harina, al salvao, al salvao, al pimiento picante, colorao, colorao»; el zurrón y la cuerna en bandolera y la manta terciada al hombro, que, bien se lo repetía madre: «llueva, nieve o haga sol, lleva la manta, pastor».

Sucedió que por el camino avanzaba hacia la choza una nube de polvo, como una estampida de carneros padre; una impresionante cola de zorra que iba creciendo y esponjándose. A Liborio, en un repente, se le cuajaron la sonrisa y la música, y las corderas se juntaron en redondel como cuando se acarran a la hora de la siesta, y la perra canela se disparó, acometiendo con ladridos furiosos sin hacer caso de sus silbidos. Entonces Liborio se incorporó y se hizo visera con la mano para ver en qué paraba la cosa.

La cosa paró a la puerta de la choza y se organizó un escándalo de patos y gallinas que para qué las bromas.

El muchacho se desembarazó de la manta y el zurrón y trincó el cayado con fuerza, terciado en la mano diestra; se enjugó la habilla con el mangajarro y apeonó hacia arriba, resuelto. Vio salir a madre, secándose las manos en el mandil, atusándose el moño antes de dirigirse al señor que salía del artefacto. Vino padre, que andaba marcando unos corderos, la cayada al brazo, la gorra en una mano y en la otra la cuerna del almagre. Saludaron con respeto a aquel hombre alto, vestido de pana amarilla y calzado con botas de montar, que puso a Liborio una mano sobre la pelambre y comentó sin dirigirse a nadie, como sorprendido.

—Ya es un hombre.

Era el amo.

—Un poco simple nos ha salido, mire usted —dijo padre—. Pero ya conoce las borregas. Creo que servirá.

Liborio distendió el gesto y comenzó a dar vueltas alrededor del automóvil, admirando sus faros, su radiador de celdillas niqueladas, el olor a mecánica y a goma recalentada que nunca había sentido hasta ese momento. A la tercera vuelta se decidió a subir al estribo para asomarse al interior. Entonces la vio. Se quedó quieto, agrandados los ojos, aspirando profunda y largamente un aire de perfumes acabados de estrenar; como si el mundo que conocía, los sembrados, los árboles, el valle entero, el aljibe y la choza,

el cielo y el rebaño, cobrasen a partir de ese instante una presencia y un significado hasta entonces inadvertidos.

La muchacha tenía el pelo rubio claro como un atardecer de otoño, la piel blanca y rosa como la flor del asperiego, los dientes menudos y pulidos como chinas de arroyo, y la boca de guinda madura. Dormía sobre el asiento forrado de piel y Liborio la contemplaba embelesado, sin mover un músculo, sin parpadear: hasta que padre le arreó un coscorrón para que retornase a la linde. Entonces Liborio dio un respingo y bajó corriendo hasta la piedra del camino, seguido por la perra canela.

—¡Rrrrrrrrrria, booooooooooba! ¡Rrrrrrrrrria! ¡Tucha! ¡Tucha! ¡Tucha! ¡Cagüenlá!

Se sentó sobre el canto y cerró los ojos.

Ella estaba allí, en su mente, con el vestido blanco y el lazo rosa en la cintura, nimbada y luminosa como la llama de un cirio. Y allí iba Liborio a encontrar siempre, a pesar del tiempo, su imagen imborrable. Mas para resistir la tentación de correr de nuevo hasta el automóvil, tomó el rabel y se puso con lo de «a la harina, la harina»: pero no le salía ni a tiros, como si, de pronto, se le hubiera olvidado la tonada.

Madre entró a terminar de barrer el suelo de tierra batida, miró la estampa de Santa Rita en el vasarillo, tras los floreros de papel, hizo un garabato y se besó el pulgar de la mano diestra.

—Este hijo... —musitó—. El día que faltemos... no sé, no sé.

Padre sacó la carpetilla del arcón y anduvo dando cuentas, contando palotes que eran fechas y celemines de algarrobas; pidió vino en la jarra vidriada de loza talaverana. Sacó madre un queso y un plato de cecina. El hombre comió como si fuera la primera vez que lo hacía en su vida, y después de las ciruelas pasas quiso fumar un cigarro de la petaca de padre, para acompañar una infusión de té de monte.

—Qué vida esta del campo —repetía el señor—. No hay nada comparable. Todo tan simple, tan natural.

Liborio seguía sentado junto al camino, rasca que te rascarás el rabel, con los ojos cerrados y un hilillo irisado colgándole de la comisura de la boca, la perrilla canela aculada frente a él, haciéndole cucamonas. Poco a poco fue abriendo los ojos, enceguecido por la calina del mediodía, un fulgor que recalentaba el cuenco de su gorra y le metía chiribitas bajo la

bobeda pelona del cráneo. Fue precisándose delante de él el perfil de la niña. Estaba allí, al alcance de su mano, sin embargo irreal como nunca lo fuera después a lo largo de los años: mariposa o gota de lluvia, imposible reflejo de arcoiris, los cabellos absorbiendo una luz absoluta y cenital, resplandeciente, sonriéndole al tiempo que le envolvía con la mirada de sus ojos azules y grandes, translúcida y callada durante unos instantes, llenando por completo el reducido universo del muchacho.

—Me llamo Lina —dijo luego—. ¿Y tú?

—Liborio —contestó parpadeando.

—Liborio, ¿me dejas tocar?

Y su nombre, pronunciado por ella, le pareció que ponía en el aire una dulzura de miel derramada.

Estuvo enseñando a la niña a sujetar el rabel y a deslizar el arco de rama de olivo, y así, mientras estaban tan cerca, se embriagó de su perfume para siempre. Después quiso coger un corderillo, y él se lo trajo en brazos, pequeño y suave, para que ella lo arrullase intercambiando caricias. Liborio estaba preso en el halo de Lina, como un insecto en el perfume de una flor.

Atardecido se marchó la niña, agitando su mano de nardo; pero al muchacho se le quedaria ya siempre en la memoria y en el corazón. Aquel día apenas había comido, mirándola, de modo que madre no daba abasto a limpiarle la babilla y palmarle la espalda. A la noche durmió mal. Se apretaba los puños cerrados contra los párpados para hacerse chiribitas, tundía el cabezal de hojas de maíz, salió a orinar y se quedó mirando Las Cabri-llas hasta que salió madre y le empujó hacia dentro.

—Este rapaz cada día está más lelo —comentó padre entre sueños.

Madre miró hacia donde estaba la estampa de Santa Rita, hizo el garabato y estuvo un rato asintiendo con amarga resignación.

A la mañana siguiente, cuando salió con el rebaño, se quedaba traspuesto tras de los zarzales, amagado en el declive de un lindazo mientras acariciaba a la corderilla que Lina había tenido entre sus brazos.

A partir de entonces aumentó la frecuencia y duración de sus alelamiento en cualquier parte. Comenzó a hablar con Lina, a enseñarle una flor, la trucha huida por el pedregal en el agua limpia de los arroyos, el relámpago sobre el monte, el nido de la cardelina.



Un día a padre le alcanzó un rayo cuando estaba al amparo de unos mimbrales guarecido de la tormenta. Desde entonces Liborio se acostumbró a caminar solitario por entre los chopos, sobre la alfombra de hojas caedizas oxidadas de otoño y de lluvia. Muchas noches tenía que salir madre a buscarle por donde había visto volver al rebaño; y le encontraba conversando con alguien que sólo él veía, o poniendo flores sobre la tumba de la cordera, aquella que le había seguido a todas partes como un perro, la que había tenido Lina en sus brazos y que después había muerto vieja y modorra sin haber parido nunca. Fue por Pascua Florida, y, ese día, Liborio, que estaba acostumbrado desde chico a degollar a las ovejas con moquillo para que madre hiciera cecina y jabón, se dejó escapar unos lagrimes que empañaron su mirada limpia y se le deshicieron por entre la barba espesa y dura.

Siguió viviendo en el recuerdo de Lina, cortando flores para Lina.

El amo siguió viniendo cada año por julio, otra vez en el automóvil negro, vacío, inmenso; asombrándose de que Liborio se quedase absorto mirando el interior a través de los cristales empolvados, sin atender a nada de cuanto sucedía a su alrededor, en tanto madre preparaba la cecina y el queso, las ciruelas pasas y el té de monte y sacaba la carpetilla del fondo del arcón para dar cuenta del esquileo, del arreglo de teleras, de piensos y cántaras de leche, de partos y de abortos.

—El no sabe contarlas, pero las conoce —decía señalando a Liborio—. No vendrá a casa con una de menos, descuide.

Anteno llegaba con su carreta, silbando una tonada de tres compases escuetos, rítmicos como el canto del cuco; descargaba la harina para el año, el cubeto de vino, un taleguillo de sal y otro de especias; cargaba el estiércol, la lana y las pieles y se despedía hasta el año siguiente, si no pasaba nada y por bien era.

Cierta noche anduvo madre amasando y cociendo el pan, con el candil arriba y abajo, ordenando las alacenas y el arca; hasta que, de madrugada, se tendió sobre el catre y le llamó para decirle que se moría, que permaneciese junto a ella y la cerrase los ojos cuando dejase de alentar. Y que el domingo, sin falta, le dijo, se quitase las abarcas y el zamarrón y, bien afeitado, se llegase al pueblo a buscar mujer. Que ya le había dispuesto el traje de padre, que paz haya; el que cada año sacaba a los aires de marzo a curar de

polilla. Y que se calzase los borcegues que colgaban, engrasados, de una escarpia en la alfarrja. Bien afeitado y limpio, le insistió.

Se arrodilló junto al camastro y la vio quedarse quieta, el candil proyectando sobre la pared de la choza la sombra del perfil definitivo. Cerró aquellos ojos en los que se había diluido la mezquina claridad de la candela y anduvo el camino hacia el pueblo bajo un cielo turbio, sorbiéndose la congoja, explicando a Lina que se habían quedado solos, pero que estando juntos todo se arreglaría; y que no, que no iría al pueblo el domingo para buscar mujer, que con su compañía le bastaba.

Entró por las calles sembrando un gemido agrio, roto, intentando encontrar a alguien que le ayudase a salir de aquel duro cerco de misterio en que le había sumido la muerte de su madre, hasta que las mujeres le entendieron y volvieron con él, que se demoraba en las orillas del sendero tejendo coronas de lauro y de hiedra.

A la tarde se la llevaron en la carreta de Anteno, y Liborio, desde bajo el manzano reseco, vio cómo un crepúsculo cárdeno descendía sobre el cortejo y lo hacía desaparecer en un rescoldo que poco a poco fue consumiéndose, consumiéndose. Entonces entró en la choza y encendió un fuego de retama.

Siguió la vida. Cada tarde dejaba las cántaras a la vera del camino, para cuando pasase el carro del lechero, y al día siguiente, de amanecida, las recogía vacías para enjuagarlas en el arroyo. Iba haciendo palotes en la carpetilla.

Con Lina siguió yendo de un lado a otro por el campo, y entre los dos ponían nombre a los corderillos nuevos. Otras veces imaginaba que ella le estaba esperando a la puerta de la choza, y él, desde el altozano, gritaba jubilosamente su nombre: ¡Lina! ¡Lina! ¡Lina! Y los que andaban aricando por los ribazos de tierra colorada se creían que la perra se llamaba Lina, porque ellos no veían a nadie más que a Liborio, la cayada al brazo, el morral y la cuerna en bandolera y un manojo de amapolas en la mano, sonriendo, enjugándose la babilla con el mangajarro, seguido de cerca por la perra canela y una cabra de pelo brillante. A veces algún yuntero le gritaba de lejos, tras un silbido de atención:

—¿Pa cuándo la boda, Liborio? ¿Eh?

Tan sólo les llegaba en respuesta un silbido que se prolongaba hasta agotar totalmente la capacidad del aire que Liborio era capaz de acumular

en sus pulmones, en tanto hacía voltear el cayado como un molinete. Después daba la espalda y comentaba para sus barbas:

—Cuando florezca el asperiego.

Pasaba la vida apacentando al amor entre los riscos, pastoreando en la memoria un rebaño de sueños en los que siempre estaba Lina: contando a Lina historias cada noche, al son del rabel, al amor del fuego de carrasca. Los duros carbones de sus ojos de niño se tornaron apagados manantiales de sombra, y al cabo sus manos parecieron dos manojos de sarmientos antiguos. Fue haciéndose viejo. El amo vendía cada año los corderos nuevos, de modo que al final sólo quedaron las cuatro cabras y unas cuantas ovejas machorras: nadie venía ya a pedir cuentas de nada, así que Liborio se olvidó de la carpetilla en el fondo del arca. Unicamente Lina permanecía inmutable: seguía siendo niña desde aquella mañana de julio en que la conoció y la hizo prisionera en el mundo de su fantasía. La misma niña. Así la había conservado en la memoria, tal como la viera aquella única vez en que el amo la trajo al aprisco en el automóvil grande y negro cuyos níqueles empolvados tenían un brillo de pez agonizante. Le bastaba entornar los ojos para verla otra vez con la corderilla en los brazos, el sombrero de paja amarilla caído hacia atrás, sujeto al cuello por las cintas anudadas sobre la garganta en cuya blancura estremecida parecía aletear la gran mariposa del lazo azul.

Una noche, mientras Liborio tendía sus manos al fuego que consumía el último rescoldo, viendo a Lina dormida ya sobre el escaño de roble, pensaba en lo maravilloso que había sido sentirse en compañía de la niña un día y otro, en el pequeño círculo de su existencia, donde sólo cabían unas cuantas cosas elementales y suficientes: Lina, el rebaño, la perra y la choza: en aquella placidez donde era posible fabricarse la realidad de cada instante y donde nunca, nunca, le fue necesario otro contacto con el resto del mundo.

Salió hasta el umbral de la puerta en cuyo hueco se enmarcaba una profundidad de noche y campo y se sentó allí, frente al mundo donde había sido feliz, con el rabel y el arco que le hiciera padre siendo niño. Se acomodó sobre una gabilla de juncos y comenzó a tocar.

Estuvo así mucho tiempo, incansable; hasta que poco a poco se le fueron difuminando Las Cabrillas en un glauco claror de amanecida. Se fue

alejando, muy despacio, el dulce soniquete del rabel, perdiéndose por nunca hollados senderos, adentrándose en el silencio del robledal. Entonces Liborio vio tan cercana, tan rosa la llamada de Lina, que se dejó ir hacia aquella luz que le absorbía, hacia aquella sonrisa.

En seguida todo fue un campo azulado de claveles silvestres que ondulaban sin viento. Sintió cómo la última savia se le iba remansando por las venas y que todo se quedaba definitivamente quieto, suspendido en el aire el sombrero amarillo de Lina, que le miraba desde bajo el asperiego tantos años muerto y en ese instante florecido.

Se señalaba la babilla como un hilo de plata tendido hasta el suelo. Y cuando Liborio se fue definitivamente en pos de aquella luz que le llamaba, todo, alrededor de la choza, se fue colmando de ausencias.

## **«NUNCA LLEGO EL TREN A PUERTO SERRANO»**

*Accesit Premio Antonio Machado, 1982*



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

## NUNCA LLEGO EL TREN A PUERTO SERRANO

EL ferrocarril vino del sur. Fue avanzando lentamente, abriéndose camino a través de serrijones y gargantas por donde discurrían rápidos arroyos alimentados de neveros perennes, curvándose, retorciéndose y dejándose caer por desniveles poblados de olivos. Hay quien asegura que, de siempre, existía el proyecto del tendido ferroviario y que, siendo aquella una zona rica en recursos minerales, había contribuido con su retraso a un lentísimo crecimiento económico. Pero Benito el colmenero, que era listo como un rayo, lo vio venir; y para cuando los últimos barrenos acababan de perforar el túnel y se excavaban la trinchera y los cimientos para la estación de Puerto Serrano, ya había echado el ojo a una solana para el colmenar. Benito el colmenero era un vivo, y, ante el auditorio general, en la tabernilla del Mangas, aseguró que, en cuanto el tren llegase al pueblo, aquellas cuatro casas de barro y tejavana iban a desaparecer desplazadas por unas construcciones más acordes con el desarrollo industrial, agrícola y hasta turístico que se avecinaba. No lo pensó más: vendió la viña y compró la solana, pidió un crédito y remozó y amplió el colmenar.

Al tiempo que los albañiles remataban el tejado de la estación, ya andaba Benito en acarreo de los zumbadores cajones pintados de gris y que fue colocando escalonados en filas por entre los olivos. Por las tardes se reunía en los barracones con las cuadrillas de obreros que charlaban a la luz de los carbureros mientras jugaban a las cartas o al dominó. Allí se interesaba por el avance de las obras como si fueran cosa suya, discutiendo con capataces y listeros sobre si el trazado era o no el más idóneo, con barrenos y picadores la falta o sobra de carga en un barreno oído al mediodía mientras

andaba trajinando entre las colmenas, con mamposteros y picapedreros la dureza de la veta que trabajaban, y, en fin, con carreteros y arrastradores de cualquier asunto que saliera a colación. Horas de sueño le quitaron las lluvias que, durante semanas, llegaron a paralizar las obras empujando a los hombres a una inactividad sobrellevada a fuerza de petaca y naípe en torno a un jarro que se llenaba y vaciaba con demasiada frecuencia, calentando unos ánimos que ya el tedio de por sí decantaba al enfrentamiento por la mínima cosa. Y así fue que también sangre le costó a Benito la construcción del ferrocarril. Todo por una discusión tonta sobre si fue o no conveniente el arrastre en una baza de tute. El interpelado, un acemilero que trabajaba arrimando piedra con una recua de asnos, se revolvió diciendo de muy malos modos que, en el juego, los mirones callan y dan tabaco. Benito no paró de rezongar durante un rato: que, no faltaba más, que de fuera vendrán y de casa te echarán, que vaya un personaje, que bien se notaba con la clase de animales que estaba acostumbrado a tratar, que dime con quién andas. Y aquí, el acemilero, que tenía cerca la estufa, echó mano del gancho de atizar y, visto y no visto, le atizó a Benito sobre el sombrero de fieltro. El colmenero, en principio, se quedó de una pieza; pero, amigo, cuando se tocó sangre se puso hecho un basilisco y no había forma de sujetarle. Te voy a comer los higados, mamón, le decía. Le sacaron fuera. Era ya noche cerrada, se había metido el tiempo en hielos y un frío sideral pulía estrellas y formaba carámbanos en las canales de los tejados. Al fin se serenó y anduvo hasta su casilla junto al colmenar, maldiciendo. Ya tenían que estar todos al quinto coño, si no es por el tiempo. No, si aquí ya se sabe, o polvo o lodo: seis meses de invierno y seis de infierno. A este paso no van a terminar nunca. Pero asomó una luna clara entre los bordes blanquecinos de dos nubarrones oscuros y, en ese momento, se divisaba perfectamente el edificio de la estación con el letrero que, mil veces, había ido a contemplar al cabo de los días para proporcionarse un júbilo que le desbordaba la imaginación y le transformaba el colmenar en factoría, el cigarro en puro habano y la blusa en pelli-za de cuello vuelto: **PUERTO SERRANO**.

De por qué un día se fueron retirando las cuadrillas y paralizándose el trabajo quedando abandonado el corte y los rimeros de piedras y traviesas, nadie supo dar una razón. El caso es que pasaron días, meses, años sin que se tuviera noticia ni señal de que aquello iba a continuar.

Temporada tras temporada, Benito castraba su colmenar, cargaba en el mulo sus cueros de miel y se tiraba de pueblo en pueblo por los caminos de Dios. Al volver, inaplazablemente, recalaba en casa del alcalde pedáneo y le espetaba la misma pregunta: ¿Se sabe algo? ¿De qué?, decía el otro. ¿De qué va a ser? Del tren. No hay nada, era la respuesta invariable.

A medida que fueron cumpliéndose plazos del préstamo fue vendiendo achiperres, la carreta, la casa al fin. Arregló el chamizo junto al colmenar y se mudó allí con cuatro trastos y un catre. Cada semana se llegaba hasta la abacería del Mangas, alforja al hombro, para hacer el pedido: un poco de bacalao, media libra de tocino, algo de chicharro en escabeche, un cuarterón de picadura, la garrafillo del vino y media azumbre de aguardiente. Poca cosa, en fin. Cuando, al volver con los pellejos flácidos cada temporada, echaba cuentas con el abacero, siempre le quedaba un resto acumulable al monto anterior. Y, yo también tengo que vivir, le apremiaba el Mangas. Benito se echaba hacia atrás el sombrero de fieltro y se rascaba la cicatriz del hurgonazo del acemilero. Esto no puede tardar, le prometía. Tiene que llegar el tren, y entonces he de medrar. He de ir arriba en cuanto pueda facturar y vender al por mayor cera y miel. El colmenar está en pleno rendimiento. Aguanta un poco. Esto está al caer.

Creció la hierba ocultando la caja de la vía, poco a poco el viento despeinó el tejado de la estación y se fueron pudriendo puertas y ventanas y desplomándose cielorrasos y tejares. Al atardecer, el edificio negreaba de bandadas de estorninos que pernoctaban allí después de haber caído como una plaga sobre el olivar. Sobre los cristales de las ventanas hacia tiempo que los muchachos habían ensayado el tiro con honda, y la correhuela bravía, el cardo lechero y la gamarza crecieron entre la piedra junto con otras hierbas ocultando traviesas y raíles en recuperación de un terreno que les había pertenecido. Las lluvias de cada otoño fueron cegando alcantariillas y desplazando la tierra de terraplenes y trincheras. El tiempo, en alianza con la propia naturaleza, fue destruyendo lo tan trabajosamente construido. Con frecuencia Benito el colmenero tenía que andar a la zacapella con gitanos y mendigos que acampaban dentro, hacían sus necesidades en medio de la oficina del jefe y arrancaban golpetes y dobles para hacer lumbré. Con el tiempo hasta el letrero fue borrándose. De manera que, periódicamente, Benito mezclaba polvo de carbón con la pintura gris de las colme-



nas y retocaba las letras subido en un rímero de traviesas que fue arrastrando. De vuelta a la caseta del colmenar, se volvía cien veces a contemplar el rótulo restaurado: PUERTO SERRANO. Aquello era una especie de conjuro. Mientras el letrero indicador estuviera allí, existiría la estación, y cualquier día podía llegar el tren.

Más de una vez, resguardado de la calina a la sombra de la estación, desde cuyo interior le llegaba un adormecedor zureo de palomas, le sobresaltaba el mugido de un toro de los que, buscando sombra, se refugiaban dentro del túnel. Podía haber sido el bronco pitido de una locomotora y, de un momento a otro, aparecería el primer convoy que se detendría en Puerto Serrano.

Aquel año, antes de echarse a los caminos con los odres de miel atravesados sobre el mulo, reunió tablas y clavos y aseguró puertas y ventanas para impedir el saqueo de desaprensivos durante su ausencia. Se prometió vender barato y volver pronto. Sentiría no estar allí cuando, por fin, llegase el tren.

Entre tanto, la gente se había ido olvidando del asunto y, a pesar de que Benito las había regado con cal con el fin de hacer notar la falta, fue saqueando los rímeros de traviesas a su antojo. Ya nadie sentía escrúpulo de hacerse una cerca en el huerto con los embreados maderos hincados en tierra, o empedrarse la puerta de la calle con los cantos arrimados a la vía.

El día que volvió Benito, cuando vio el desastre, se le cayeron los palos del sombrero. Aquello iba a peor y había que hacer algo. De manera que, fue directo a casa del alcalde pedáneo y, después de atar el macho a la estaca de la puerta, sacudió dos aldabonazos. ¿Se sabe algo?, dijo. ¿De qué?, se echó el otro la colilla a un lado de la boca guiñando los ojos. (Era muy burro, Virgilín), ¿De qué va a ser? Del tren. No hay nada, fue la contestación.

El alcalde pedáneo supuso que, hasta el regreso de Benito al año siguiente, había terminado la conversación. Pero no fue así. Benito se rascó la cicatriz del hurgonazo bajo el sombrero de fieltro y dijo: Mira, Virgilín, esto hay que arreglarlo, por el bien del pueblo. El que haya cogido traviesas de la vía tiene que ir a devolverlas, o yo mismo cojo mañana el macho y me voy a buscar a la justicia. Nos estamos jugando el futuro de la comarca, porque si no llega el tren a Puerto Serrano esto no va a dejar nunca de ser lo que ha sido hasta ahora: un criadero de desocupados o de emigrantes. Sólo



durante las obras hubo jornales para todo el mundo, como sabes; y aquello no fue más que el principio de lo que será cuando el tren llegue. Pero nunca llegará si entre todos vamos echando abajo las únicas esperanzas que quedan en pie.

Cuando Benito bajó por la tarde a la abacería, ya todos conocían su propósito: de modo que, entre las mesas de los que jugaban al tute y en torno al corro que rodeaba la estufa, notó el colmenero un cierto aire de hostilidad. Nadie le habló. Fueron uno a uno volviéndole la espalda y cuchicheando entre ellos. El abacero le sirvió de mal talante el tinto que había pedido y, cuando entraron a hacer cuentas, le dijo que no, que él tenía un negocio y tenía que vivir con el pueblo, que le pagase y que no le podía fiar ni un grano de sal; que él vería. Benito dijo que él cumplía siempre, y que podía quedarse con el macho y cancelar la cuenta. Sólo le quedaba ya el colmenar, cuyos cajones anduvo pintando y remendando de cinc, y la ilusión por nadie compartida de que pronto llegaría el tren a Puerto Serrano.

Bajaba poco al pueblo, y, cuando lo hacía, la gente se apartaba de su camino o le negaba el saludo.

Era preciso que llegase el tren.

Se iba por los terraplenes de la vía buscando setas comestibles y colocaba varetas torderas en los cardos y en los olivos. Hasta que, cierta anochecida en que volvía de revisar sus lazos conejeros, vio la columna de humo que se alzaba desde la solana. El corazón se le subió a la garganta en un ahogo mientras corría ladera abajo por entre los olivos, llorando y maldiciendo a gritos.

Ardían la casa y las colmenas. Vio el suelo negreando en una móvil superficie de abejas con las alas quemadas, moribundas, y al resto de los enjambres alzarse en una nube compacta por encima del humo. Nada podía hacer sino echarse de bruces en el suelo y aporrearse el rostro con desesperación; pero zumbaron en torno a él tiros de honda y tuvo que correr. Al principio lo hizo sin tino; mas luego se dio cuenta y enfiló recto hacia la estación, se encaramó hasta el rótulo, lo descolgó y, con él bajo el brazo, echó a andar vía adelante, ya sin prisa, llorando y escupiendo maldiciones por entre los dientes candados, sin volver la vista atrás.

Benito nunca supo que las abejas que sobrevivieron al desastre cayeron sobre el pueblo como un castigo, y que las gentes, horrorizadas, pasaron

días enteros sin salir de las casas, cerradas a cal y canto puertas y ventanas y con el fuego encendido día y noche porque los enjambres se colaban chimenea abajo y sólo el humo era capaz de detener a los enfurecidos insectos, muchos de los cuales, no obstante, se introdujeron por el más leve resquicio y obligaron a todos a defenderse a manotazos sin descanso, mientras se contemplaban unos a otros con desesperación los rostros hinchados y deformes por múltiples picaduras inevitables. Días después, las colmenas se organizaron de nuevo y construyeron panales en las cornisas de la estación, entre las traviesas apiladas y en los rimeros de piedra. Jamás nadie osó acercarse otra vez a los alrededores de lo que Benito había defendido con tanto ahinco. Sólo palomas y estorninos siguieron conviviendo en el destrozado edificio, y, por los calores de agosto, algunas vacas se resguardaban del sol en la oscuridad de los túneles. Pero mientras caminaba vía adelante con el letrero bajo el brazo, Benito el colmenero tuvo la certeza de que nunca, nunca llegaría el tren a Puerto Serrano.

## «LA NOCHE DE LAS MASCARAS»

*Premio «EMILIANO BARRAL», 1984*



## LA NOCHE DE LAS MASCARAS

*«La verdad es una alucinación normal».*

Taine.

DE aquellos años nos quedaba un cúmulo de nostalgias, alguna fotografía amarillecida por el tiempo y, a mí, no sé bien por qué, el recuerdo de una tarde de julio paseando por la Plaza de Neptuno a las ocho de la tarde, cuando el sol es un disparo por la Carrera de San Jerónimo.

Nunca llegué a saber de quién partió realmente la idea de volver a reunarnos, después de tantos años durante los cuales imagino que todos habíamos ido acumulando frustraciones amasadas en un difícil tiempo de posguerra. Yo iba para ingeniero de caminos y me quedé en maestro de pueblo, coleccionando hijos y monotonías de lluvia tras los empolvados cristales de la escuela. Joaquín cortó sus estudios de derecho, que iban a conducirlo a una embajada, cuando murió su padre y sacó las oposiciones a secretario de ayuntamiento. Sendín, que iba para médico especialista y fue el rey de todos los guateques en el Madrid estudiantil de aquellos años, es practicante de la Seguridad Social. Cardito tenía la mira puesta en el INI, una vez terminase económicas; pero ha engordado tras el mostrador de la ferretería de su padre. La verdad es que siempre andábamos dándole guerra y diciéndole que tenía pinta de almacenista de coloniales, cierto aire de comerciante que le confería su pelo cortado a cepillo, sus manos pequeñas y gordezuelas y sus carrillos sonrosados, infantiles. Era, y debe seguir siéndolo, un buenazo. Melo anda que no se le cuece el pan, pensando si la llu-



via le será propicia a una sementera en que se lo juega todo, según dice, pues al cuidado de las tierras que heredó de su padre y otras tantas que arrió la parienta, como él llama a su mujer, fueron a parar sus ilusiones de conseguir, por vía de la facultad de políticas, ser el gobernador de su provincia. Todavía no es tarde, dice con la socarronería que sigue caracterizándole: de momento ya soy alcalde en mi pueblo. Todo pudiera ser. En fin, para qué seguir. Todos habíamos caminado un día por las rutas imperiales, la mirada alta y clara y la frente levantada, no nos engañemos negándolo; pero nos llegó el momento de agachar la cabeza y ver dónde asentábamos el pie. Nos fuimos apañando como Dios nos dio a entender.

Y el caso es que, después de aquellos años compartidos durante la época de estudiantes, habíamos perdido entre nosotros todo contacto, incluso epistolar, a medida que nos fuimos situando en la vida y encontrando compañera; pero un buen día me llegó una carta de Sendín en la que me explicaba que había tenido noticias por Cardito de que Melo había conectado con Joaquín y había surgido, de no sabía quién, la idea de reunirnos a pasar un día en Madrid, con el fin de vernos y recordar viejos tiempos. A mí, a qué negarlo, desde un principio me ilusionó la idea. No sabía ya cuánto tiempo hacía que no había pisado la capital, desde una vez que hice un viaje rápido y de compromiso para asistir a una boda, y mentiría si dijese que no había recordado aquel tiempo con nostalgia más de una vez; aquellas noches que nos parecían tan locas y que ahora, desde la perspectiva actual, muestran toda la ingenuidad de que estuvieron cargadas.

Poco a poco nos fuimos poniendo de acuerdo respecto a la fecha, y ese día, con la emoción que suscita ir al encuentro de un pasado que me parecía tan lejano y placentero, madrugué y tomé el tren.

No fue en mi estación de Príncipe Pío donde me dejó, aquélla a la que yo tantas veces fuera con la sola intención de ver partir el tren que iba hacia mi pueblo, a anticiparme la ilusión de las vacaciones próximas, a ver qué horarios me convenían, a imaginarme ya viajero en aquellos entrañables vagones que oían a humo y a tortilla y que tenían asientos de madera. Me hubiera gustado volver a ver aquella estación, volver a tomar una gaseosa en la cantina, subir al tranvía y hacer el mismo recorrido hacia mi pensión de la calle San Bernardo. Me hubiera gustado mucho.

Tampoco fue posible la cita en Casa Juanito, aquel bar cercano a Sol donde tomábamos el vermú los domingos y alguna vez echábamos un julepillo: aquel bar donde a veces nos daban bocadillos al fiado y hasta algún préstamo si se retrasaba el giro. Cómo íbamos a encontrarnos en Casa Juanito si Casa Juanito ya no existía. En la acera, junto al banco que ahora hay donde el bar estuvo, como hormiguitas despistadas a las que se ciega la entrada al hormiguero, nos fuimos estudiando unos a otros a medida que íbamos llegando: Tú eres Cardito, ¿no? ¡Hombre, Toñín! ¿Qué? Nos abrazábamos, nos palmeábamos la espalda. Estás como siempre, chico. No pasa el tiempo por ti, se oía a unos y a otros.

Si pasaba el tiempo. Había pasado el tiempo por nosotros y por todas las cosas, por Casa Juanito, por las acacias de la acera, que ya no estaban, por la niña del estanco, que se había convertido en abuela respetable y no nos reconoció ni siquiera cuando Cardito bromeó pidiendo un buby y contestó muy seria que no había, que esa marca pasó a la historia. Había pasado el tiempo por la ciudad entera. Con el buby que fumaba Cardito habían pasado a la historia, se habían hecho humo muchas cosas: entre ellas la ilusión de pasear por delante del estanco para ver a la niña, hoy abuela. Sí, había pasado el tiempo: un tiempo que nos había ido señalando arrugas, blanqueando sienes, encorvando espaldas. Todo ese tiempo cuyo transcurso no habíamos advertido en nosotros mismos, lo descubríamos ahora repentina y cruelmente en todo lo cambiado, en todo lo nuevo, en todo lo ausente: lo descubríamos al contemplarnos unos a otros, al comparar gestos, movimientos, tonos de voz. Yo mismo me sentía ridículo al oír cómo nos llamábamos por nuestros nombres de antaño. Intentaba hacerme creer que éramos los muchachos de hacia cuarenta años y que nos habíamos disfrazado de viejos para asistir a un baile de máscaras. El día entero se convirtió en un agujero por el que fuimos mirando un pasado cuya irreversibilidad nos llenaba de una tristeza que nos empeñábamos en disimular; pero en el fondo nos tenía horrorizados la experiencia de habernos reunido, y dentro de nosotros mismos, dentro de mí, al menos, estaba la firme promesa de no volver a la violencia que me suponía ir a la busca de aquel tiempo y encontrarme la ruina en que todo, incluidos nosotros, se había convertido. Me fui poniendo más y más triste a medida que me daba cuenta de que aquello no era más que una despedida, un hasta siempre, que es lo mismo que un hasta nunca.

No era eso lo que yo había imaginado encontrar, no podía serlo. Era imposible que lo fuera. En qué cabeza cabe que iba a encontrarme descendiendo del tren en el andén de Príncipe Pío y que allí iban a estar la cerillera, los mozos de cuerda, el hombre de las rifas clandestinas. Cómo pude buscarme reflejado en la cristallera vestido con pantalón bombacho y calcetines escoceses. De dónde había yo sacado que tomaría el tranvía para ir hasta mi pensión de la calle San Bernardo, si ya hacía un porrón de años que no circulaba un tranvía por Madrid. No sé cómo pude pensar en Melo con su gabardina verde oliva y su pelo engominado a lo Rodolfo Valentino, cuando apenas le quedan cuatro pelos por el cogote y sobre las orejas. Nada más absurdo que esperar encontrarme a un Sendin maestro del bolero. Sendin, cuyo porte de atleta todos admirábamos y que hoy cojea baldado por el reuma. Qué cosas. ¡Qué vaina! como diría mi suegra.

Durante la sobremesa, mientras todos echábamos de menos el rincón de nuestra casa donde solíamos dormir a esa hora, nos fuimos intercambiando noticias de aquellos años, de aquel paréntesis de incomunicación entre nosotros, bromeando, haciendo chacota de aquellos nuestros proyectos juveniles, quitándole hierro al asunto, recurriendo mil veces al tópico de que no hay mal que por bien no venga y dándonos por satisfechos del éxito obtenido; pero en el fondo de cada uno existían mil amarguras, mil zancadillas de la vida, mil fracasos y otros tantos ¡ay!, si la vida se viviera dos veces...

Paseamos luego de dos en dos, sin rumbo fijo. De vez en cuando alguno de nosotros recordaba sucesos olvidados ocurridos en una esquina, en una plaza; reconstruía el antiguo aspecto de la puerta de un teatro con una descripción plagada de contradicciones y de olvidos, señalaba el sitio exacto donde hubo una churrería, remedaba la manera de andar del sereno de una calle. Reíamos los otros sin convicción.

A medida que iba llegando la hora de su tren, cada uno se iba despidiendo. Entrábamos en un bar, nos invitaba a una copa y allí nos despedíamos, abrazo va y abrazo viene, seguros de que todas aquellas promesas de reunirnos con más frecuencia, de visitarnos y escribirnos, no tenían la más mínima consistencia. Yo era cada vez más consciente de que nos habíamos reunido precisamente para decirnos adiós, hasta nunca; y ya a última hora de la tarde, entre unas cosas y otras y los guisquis, comencé a

sentir una enorme tristeza que me era difícil disimular, una infinita ternura al recordar a cada uno de aquellos muchachos que habíamos sido y que me daba por pensar que estaban por dentro de nosotros, ocultos bajo esta máscara que nos habíamos fabricado de tiempo y desengaños. Había que buscar el verdadero rostro de cada uno de nosotros bajo esta pátina que había quitado luz a nuestra mirada, frescura a nuestra risa, expresión a nuestros rostros. Y quizá por eso, entrada ya la noche y cuando no quedábamos más que Joaquín y yo, mientras estábamos sentados en el Café Gijón, debí mirarle con tal insistencia que él me dijo: me miras como si no me conocieras, como si fuera la primera vez que me has visto. Yo sonrei, palmeándole el hombro; pero era cierto, yo no había visto antes a aquel hombre que tenía delante, no conocía ese rostro, aquellos ojitos acuosos tras los lentes un poco empañados, aquella frente surcada de arrugas, aquella nariz ligeramente enrojecida, la boca encerrada en el ángulo de dos profundos surcos en la comisura de los labios. Pensé que, ciertamente, no somos como nos vemos cada día en el espejo, sino como nos ve la persona que tenemos delante. Me angustiaba pensando cómo me estaría viendo a mi Joaquín.

Y a medida que avanzaba el tiempo me iba entrando un enorme deseo de prolongar aquel paréntesis de la vida cotidiana. Creo que me puse cargante, pedí otra copa y comenté que nadie debería haberse ido, que, para una vez que nos reuníamos después de tanto tiempo, que a esa hora era cuando empezaba lo bueno de Madrid, mil veces lo habíamos dicho, y, en todo caso, era cuando hubiéramos podido charlar tranquilamente, que con prisas no valía la pena.

Tuve que andar encadenando al gorila, enfrentando al frío de la madrugada el ardor de los últimos glisquis, metiendo en disputa la silenciosa luz de las farolas tenuemente moradas en la glauca claridad de Recoletos con el murmullo acogedor y cargante del Gijón, sus restallantes burbujas de luz, sus veladores lapidarios, sus enrejillados de clausura y su reloj de botica. Aquellos personajes que se sentaban sobre las sillas de terciopelo rojo en el rincón de los santones de las letras, ¿eran los mismos de siempre, u otros distintos? Joaquín se me dormía.

Salimos. Primero dijo que se iba hacia Cibeles, luego lo pensó y vino hasta la calle Almirante, a cuyo final estaba la luna quieta y pálida, trizada de antenas, y, más allá, en un cielo purísimo, una estrella solitaria brillaba



intensamente. Yo me había empeñado en quedarme solo, en ser el último, en alargar la despedida y los recuerdos aprovechando un frío sideral que pulía las luminosas aristas en el edificio de la Biblioteca Nacional. Pero Joaquín se estaba espabilando, no acababa de irse. Seguimos caminando hasta Bárbara de Braganza.

Vaya un ave, dijo Joaquín de pronto, parándose, el del Gijón, el del tabaco. Yo no entendía. El siguió, como para sí mismo: digo, treintaicinco duros el rubio nacional y diez pelas las cerillas. Vaya cara.

Deduje que Joaquín, decididamente se espabilaba.

Allí nos despedimos. Sonrei agitando la mano en un adiós que se congeló en el aire que bajaba por la calle como un cuchillo. Seguí. Andaba buscando una soledad donde poder llorar, lo juro, y luegoirme a la estación a esperar un tren de madrugada en que volver al pueblo, a casa, y nunca más, nunca más: mi escuela, mi diario, mi televisión, mi paseo con Rita si hacía buen tiempo, dejar transcurrir la vida y no mirar atrás, no volver a mirar atrás.

Giré la cabeza. Las sillas encadenadas en la terraza del Teide soñaban tardes de julio. Joaquín había desaparecido y no se veía un alma. Eché a caminar, crucé la calle y entonces le encontré allí, saliendo del césped entre cipreses y palmeras, disimulando una meada de urgencia contra el tronco de un olivillo viejo, las manos a la espalda sosteniendo un mostoso sombrero de fieltro, abotonados los tres ojales de la chaqueta. Llevaba gafas de búho con ligera montura de alambre, la melena crecida y una barba nazarena rala y blanca que le servía de chalina, despejada la frente, vestido con un traje ceniciento que absorbía todo el frío lunar en la glauca madrugada de Recoletos. Le dije buenas noches y me pareció que hacía una leve inclinación de cabeza. Pensé que andaba como yo a la caza de fantasmas, allí, medio camuflado entre unos cuantos cipreses, unas cuantas palmeras enanas y un olivo de tronco retorcido. Observé su frágil contextura, su larga nariz en la que cabalgaban los anteojos de alambre, su raído atuendo, su aspecto todo que me recordaba a alguien conocido. Y como me sentía un poco mareado, me ajusté la bufanda y me subí el cuello del abrigo antes de sentarme cerca de él, sobre el césped brillante de escarcha. Entonces me habló. Me llegaba su voz de caverna acolchada por el poblado bigote, quizá también lleno de escarcha. Me dijo que él, en la vida, había sido siempre un la-



brador; o sea, que siempre se había preocupado por labrar algo, con cincel, con navaja, con azuela, con hacha; el caso era pulir, labrar, dejar señales, algo que recordase su paso por la vida. ¿Le comprendía yo? Y no es que le comprendiese muy bien, pero asentí. Yo soy maestro de pueblo, le dije, hacía años que no pisaba la capital y no creo que vuelva a pisarla. No le pese, me respondió, aquella tierra perdida en la periferia es más luminosa, más real. Allí quizá las gentes todavía tienen fe en su destino, rezan, esperan.

Le conté que había venido a recordar tiempos de mi juventud, de mi niñez casi. Hiciste mal, me respondió; y luego, después de un silencio en el que yo me adormecía, me pareció que musitaba: felices tiempos, los tiempos juveniles. Entonces me estremeci y alcé la vista. La noche presentía por levante la acometida luminosa del alba. Me alcé para hacer señales a un taxi que llegaba. Corri hacia él y, ya dentro, hice adiós con la mano al hombre, que permanecía allí, quieto entre los árboles del paseo.

—Perdone —me dijo el taxista— pero he llevado a unas máscaras a un baile de disfraces y me han puesto el coche perdido de papelillos.

No sé si dijo de papelillos o de recuerdos, no le oí bien.

—¿Conoce usted a ése? —le señalé al hombre, que seguía allí, quieto junto al olivo.

—Sí —me respondió—. Yo no sé cómo se llama, pero a ése le conoce todo el mundo. Es muy famoso —agregó.

—¿Y qué hace ahí? —quise saber.

—Siempre está ahí —contestó indiferente—. ¿Dónde le llevo?

—A casa. A mi casa —contesté.

El se volvió hacia mí, que seguía mirando al hombre del Paseo de Recoletos.

—A Chamartin, a la estación —concreté.

Y nos alejamos Castellana adelante.



## «CON CUÑA PARA TODOS»

*Premio «García Pavón», 1984*



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## CON CUÑA PARA TODOS

PUES ya digo, en un principio no hubo problema ninguno, porque como calzábamos todos abarcas todos andábamos zambos, como pisando uva, y aquello no tenía más aquél que a la hora de la mili unos se libraban y otros no, de manera que la mayoría de ellos nunca han salido de este pueblo, que hoy debe ser el hazmerreir de los alrededores, aunque dicen que er otro tiempo tuvo solera y buena fama; pero el caso es que poco a poco nos fuimos dividiendo, agrupándonos en amistades y familias, señalando las diferencias y preferencias. Bueno, al final, ya lo llevamos como marca de fábrica.

—De buena gana echaba un baile a la Fonsa, que, como tiene los pies planos, medio se regalla en los cambios de compás, y se te planta como los conejos.

—Pues vaya gusto tienes, majo.

Hubo un tiempo —lo que somos la gente de los pueblos—, en que ya no nos mezclábamos ni en misa. Los pies planos delante, los otros atrás, siempre haciendo chacota y sonriendo los comentarios a la hora del ofertorio.

—Mira, mira el Anselmo, cómo va. Parece una garcilla plumona.

—¡Ji, ji, ji! Pues anda que Tila la de Palmiro, que parece que va balles-teando entre surcos. Cagüen la leche, chacho, qué cuadro.

Pues aunque parezca broma, al final la cosa no sé cómo va a terminar, porque aquí la gente tiene muy mala leche, y no da su brazo a torcer. Años llevamos ya sin que se haga un matrimonio mixto, es un decir; o sea, de una pies planos con otro normal, o viceversa, que suele decirse. Hasta por barrios nos hemos ido separando, no se crea.



En fin, no quiero adelantar los hechos, así que voy a ir por partes, sin pasarme cosas que pueden parecer tontas, pero que no lo son, según a mí me parece.

De la abarca pasamos a la alpargata, y la cosa todavía tuvo arreglo, mejor que peor. Se le daba una vieja a Lucas el cartero, que hacía de cosario, y te volvía por la tarde con un par de ellas nuevas, con cuña o sin cuña, según el caso. Hombre, alguna trifulca hubo cuando se dio alguna confusión, pero nada, cuatro voces: que te saco el bandal, caracatre, que me has mentao la madre y eso no, que, dejarme, que le crujo a este patanzas; y eso, nada, cuatro voces y algún gasnatazo. Se podía llevar.

Cuando se empezaron a calzar zapatos a troche y moche entonces la cosa se fue poniendo turbia, porque para entonces Lucas el cosario, que siempre había sido un hombre de buena voluntad, ya no daba pie con bola; ya a cada triquilitraque confundía los pares de borceguíes y topolinos que llevaba a arreglar, de modo que cada dos por tres se armaban en cualquier sitio unas pelagrazas de los demonios. Llegó a recelarse de todo.

—No sé yo, pero me da a mí que de este pie izquierdo, cuando voy por rano, no piso en condiciones. Bueno será. No, si este sopazas me a trocao la bota otra vez. Ya veremos. Al final acabamos todos lo mismo. Me da a mí mala espina.

Y otro:

—Me pega a mí que esta muchacha anda algo patana desde que se arregló el calzaio. No sé qué pensar. Fiesta tendremos. Al revés andamos, me parece. Alguna debe andar cojeando del pie contrario, lo veo venir.

No sé cuántas veces, a medida que la situación se iba deteriorando y cuando menos los esperabas, en plena calle, en el baile, en medio de la procesión del Corpus, incluso, se intercambiaron zapatos a zapatazos.

—A buenas horas te das cuenta, mocazos, cuando ya me le has hecho coger vicio.

—Pues le enderezas tú, si quieres, ya que eres tan tieso.

Le digo que aquello era una pejuguera de aúpa. Y sin embargo al final siempre se encontraba una solución; pero ahora viene lo bueno, ahora le diré.

Cascar Lucas el cosario y quedarse el pueblo como casa sin dueño fue todo una misma cosa, pues hasta entonces, con equivocaciones y todo, se había soportado la situación.

Bueno, pues el Currito, un hijastro de Lucas el cosario, que estaba trabajando en Baracaldo, se viene al pueblo con unas cuantas pesetas que había ido ahorrando, coge la herencia del padrastro y, por arreglar las cosas, monta una zapatería. ¡Ay, amigo! No se cansaba de prometernos a todos que iba a arreglar las cosas democráticamente: pero el personal iba a la suya, a todos nos dio por pescar en río revuelto y cada día nos entendíamos peor.

—A ver, Currito, un par de «andalías», que sean buenas. Con cuña, ¡eh!

—Sácame zapatos, Currito, que vea yo el género.

Los sacaba.

—Esos pa tu padre, desgraciao. Yo tengo pies normales. ¿O es que no se nota?

El Currito no daba ni una.

—¿Se puede saber qué tienen los zapatos del Poli, pa valer más que los míos, siendo, como son, zapatos de inválido? Los suyos, digo, mameluco. ¿O es que yo no pago calidad?

Andaba el Currito hecho un lince, loco viéndolos llegar, atento a la pisada, al tropezón y a la plantilla; pero a veces ni aun así.

—¿Pero de qué familia crees tú que venimos, muerto de hambre, pa sacarme a mi estos zapatos?

Aquello iba de mal en peor, y el pobre Currito no atinaba ni con unos ni con otros. Andaba a la zacapella un día sí y otro también. Yo, ya le dije en cierta ocasión:

—A tí, querido, te va a pasar como al bailador de Infantes.

—¿Qué fue?

—Pues eso, que reventó bailando y no dio gusto a nadie, ya ves.

Pero no acaba ahí la cosa, como verá, pues entre tanto vienen las elecciones —que yo es quello veía venir—, y como la desgracia une, pues los pies planos estaban más unidos, y como la unión hace la fuerza, pues por fuerza salió un ayuntamiento donde los pies planos eran mayoría. ¡Ay, ahora!

—Ahora se van a enterar más de cuatro.

Ya ve usted, ninguno de ellos había sido nunca ni concejal ni nada, por aquello de la presencia, pues como no iban a la mili y no hacían ningún deporte, se quedaban bajitos y cejijuntos y cada día se iban pareciendo más unos a otros entre ellos, que hoy por hoy hasta parece que los hagan a todos con el mismo molde.

Los concejales normales, como no tenían fuerza decisoria ante la mayoría, ni asistían a las juntas. Y, ¿qué pasó? Lo que yo le diré, por extraño que le parezca. Que se trajo una excavadora de ésas y se han hecho todas las calles en cuesta, unas para ir y otras para volver; que los pies planos nos miran ahora a los demás por encima del hombro, que andamos con las orejas gachas y muchos se han puesto tacón en la puntera para disimular.

¿Y Currito el zapatero? Aquí viene lo más gordo, amigo: el alcalde pies planos convocó un referéndum de esos, se contaron las papelas y salió lo que nos temíamos: CON CUÑA PARA TODOS. De manera que ya no se vende otra clase de calzado.

Llevamos ya un porrón de días a trancas y barrancas, pues como ha sido por mayoría popular, no hay más que aceptarlo democráticamente; pero se anda de mal. ¡Cagüenlá qué mal se anda, chacho! Yo creo que cada vez peor.

## «MELODIA SIN NOMBRE»



Institución Gran Duque de Alba





## MELODIA SIN NOMBRE

SUCEDIO mucho tiempo después. Y yo no sé qué transparencia de acuario me llegaba desde más allá de un apretado haz de reflejos en las lilas colgantes. Quizá las mismas lilas.

—¿Cuánto tiempo viven las lilas? ¿Cuánto tiempo vive un jardín, padre?

En ese momento, mi hijo me sustrajo de golpe de una intemporalidad donde había estado viviendo. Y, parados allí, encendidos sus ojos en arreboles de crepúsculo, le conté aquello en lo que había estado pensando.

Esta es la rotonda del flautista, hijo. Cuando paso por aquí, me parece estarle viendo. Ocupaba aquel banco bajo las lilas, de manera que, cuando estaban florecidas, a veces, el ramaje se le posaba por la barriga, en la cara. A mí me daba risa. Siempre estaba fumando una pipa enorme y oscura, desajustada y curva, que dejaba escapar por grietas y junturas incontrolados humos con tufos de incienso. Alguna vez le vimos durmiendo, pero yo recuerdo que ni siquiera en esos momentos la pipa dejaba de colgarle de los dientes, lanzando volutas de humo a compás de su respiración. Sonreía. Sonreía siempre; incluso cuando dormía.

Le observábamos cada tarde, apoyada la cabeza sobre el macuto y tendido a lo largo del banco, cómo, sin incorporarse apenas, bebía de una botella oscura que agarraba por el gollete. Se aplicaba la frasca a una lado de la boca, sin quitarse la pipa de los labios (jamás le ví sin la pipa entre los dientes) y, acto seguido, mientras apoyaba la botella en el suelo, bajo el banco, se volvía lentamente hacia nosotros, a tu madre y a mí, que éramos novios, y nos guiñaba. Nosotros contestábamos con una leve sonrisa y esperábamos, las manos enlazadas, a que comenzase a tocar.

Entre tanto, contemplábamos su raído tabardo, sus pantalones de militar recogidas las perneras con polainas de distinto color, las botas sin cordones. El viejo se acomodaba, asentaba la cabeza en el hueco del macuto, que ya tenía la forma de su nuca, y hacía un sitio a la embocadura de la flauta desplazando la pipa a un lado de la boca. Te repito que jamás se sacaba la pipa. No sé si para comer. Acaso.

Daba gusto oírle. A veces no éramos capaces de discernir si la música surgía de la flauta o de la pipa; o si era el trasgo de la fuentecilla, ése que tiene cuernecillos y pezuñas de cabra, el que nos amenizaba la tarde.

Pasaba el tiempo sin que nos diéramos cuenta, prendidos tu madre y yo en aquellas volutas musicales de un humo perfumado y azul que se escapaban ora de la pipa, ora de la flauta.

A veces se quedaba dormido antes de que nos fuéramos. Entonces la música se iba apagando, haciéndose distante, como si hubiera estado sostenida en la luz que se atenuaba absorbida por el crepúsculo, alejándose al unísono.

Tu madre y yo nos íbamos, casi de puntillas, contemplando cómo, a pesar de todo, el humo de la pipa seguía escapando en suaves espirales por cada agujero de la flauta sostenida por sus manos de barro, por cada juntura de la pipa. Sonreía.

Durante nuestro viaje de novios, le recordábamos cada atardecida, y, sentados en la penumbra de otros parques, echábamos de menos su música, el aroma de incienso de su pipa, su sonrisa.

Volvimos un día, y otra vez, cogidos de la mano, vinimos a sentarnos en nuestro banco, este mismo banco de la rotonda del flautista. Nos dimos cuenta de su alegría al vernos de nuevo, y nos pareció que, en tanto esperábamos la música, estrenábamos el aire de la tarde, el aroma de las lilas.

El viejo pipó con satisfacción, bebió de la frasca, se acomodó sobre el macuto y nos envió un guiño al que contestamos con una sonrisa.

Fue por el mes de abril; ese mes cuyo nombre es una música de flauta.

Escuchamos durante un tiempo imposible de calcular, flotando en aquella música, en aquel aroma de lilas mojadas. Nos ofreció una melodía nunca oída, bellísima, cuyo nombre no conocíamos. Y al cabo fuimos volviendo de un mundo al que nos había transportado, a medida que la música

ca se iba alejando, posándose definitivamente en el aljibe de la fuente, sobre las quietas ramas de los árboles.

Caminamos muy despacio. Me extrañó no advertir el humo de la pipa. Se lo dije a tu madre, y ella se puso un dedo en los labios pidiéndome silencio. Se le posaban las lilas sobre la frente, en la quieta barriga. Sonreía.

Al día siguiente lo leímos en la prensa, y durante mucho tiempo no quisimos volver.

Hoy me ha parecido sentir aquella misma música, el eco de aquella melodía sin nombre rondando entre las lilas, el aroma de incienso de la pipa, su presencia.

—No sé, hijo. No sé cuánto viven las lilas. Quizá viven tanto como el recuerdo. A lo mejor.



## «EL ESPARAVAN»

*Premio de Cuentos «Villa de Avilés» 1985*





## EL ESPARAVAN

EN aquellas noches de la sequía, iba la luna sola por los caminos, a trechos ladrada por perros aculados bajo los colgadizos, perseguida de sombras, lenta, tocada con un manto que se deslizaba por el piornal. Un silencio expandido abarcaba infinitas leguas de campo. Muy de tarde en tarde, el grito del dormilero quebraba la soledad con un tijeretazo, dos, tres... y luego nada.

Los hombres se incorporaban carraspeando, encendían las colillas y se iban a escupir sobre la muerta ceniza del hogar arrastrando una tos pedregosa que sólo el trallazo de un buche de aguardiente era capaz de atenuar. Orinaban desde el umbral de la puerta de la cuadra y aprovechaban para humedecerse las grietas que se les iban formando en las junturas de los dedos.

Descorrían el tranco y se asomaban a las puertas, levantando la vista a un cielo limpio que anunciaba un día más de la sequía que ya se prolongaba demasiado; asentían con pesadumbre y se iban con pasos calmos, cansados, hasta la tabernilla de Ramona.

No creáis que se hablaba mucho. Andaba la gente más rara que la puñeta, cada uno rumiando sus problemas y calculando los daños que la pertinaz sequía le estaba acarreando.

—El que siembre en seco este año —se comentaba—, se carga hasta la viga maestra. No le arriendo la ganancia.

—No le arriendo la ganancia, no —repetía un eco cascado.

Ni siquiera a la hora del aguardiente se animaban. Llegaban, eso sí, iban llegando hasta la tabernilla de Ramona, se recostaban contra la pared de calicanto que iba caldeando un solecillo todavía débil, liaban sus ciga-

rros ofreciéndose la petaca en silencio: hasta que el trancazo en la puerta interrumpía el pensamiento y el largo chirrido de los goznes rajaba la mañana en dos.

Penetraban en una atmósfera abodegada donde predominaban el olor a esparto y zaques podridos y se iban colocando a lo largo del mostrador. No hacía falta preguntar a nadie. Ramona contaba las cabezas y llenaba de orujo las copas polvorientas.

Alguna vez surgía una pregunta que era contestada con precisión escueta.

—Se jodió el rompido. ¿no?

—Sí.

—¿Vas a resembrar?

—No sé pa qué.

—También tienes razón.

Y de nuevo se imponía un silencio en el que se oía el choque de la piedra trillera contra el pedernal, el cacareo de una gallina que escarbaba entre los relejes de la calle, el chiflo del porquero.

Ya hacía rato que las mujeres guardaban cola en la calle del Pozo del Concejo, cada una con su herrada y su cuerda, sus cántaros. Sobre las diez ya no salía más que un culín barrizoso y revuelto. Entonces llegaba el alguacil, bajaba la trampilla de hierro sobre el brocal y echaba el candado.

—Estamos bien aviaos —rezongaba—. Cada día tarda más en reponer. Como no ahondemos otra vez...

Las mujeres se iban retirando.

—Válgame Dios —comentaba Martina la Cacareadora—. De nunca habíamos conocido una sequía igual. A ver si alguien me llena de lo suyo aunque sólo sea el botijo.

Cada mañana se levantaban bandadas de cuervos que crocitaban planeando en círculos sobre el olivar, sobre el paisaje lunar de la cárcava desde donde llegaban, en aquilones polvorientos, vaharadas del mareante tufo de las carroñas que se pudrían allí, corrompiendo un aire que se adueñaba de las calles circulando entre las paredes restallantes de cales y sol, en cuya cegadora luz resaltaba el rojo violento de los geranios que se asfixiaban en el alféizar de las ventanas cerradas a cal y canto.

Iban saliendo los hombres: se paraban un instante a la puerta de la taberna y se echaban la gorra sobre los ojos para alzar la cabeza oteando un

cielo bruñido como la superficie de un espejo, tan sólo empañado a veces por remolinos de polvo que se alzaban al paso de un rebaño de esqueléticas ovejas.

—La abubilla cantará —decía uno—, pero segar ya hemos segao, este año.

—... cayeran cuatro gotas, aunque sólo fuera.

—Es que metes la reja y no hay una miaja jugo, coño.

—Nos están envenenando la «mósfera», con tanto invento y tanta leche.

—¡Igual!

—¡Hombre! Lo que yo te diga.

—A ver qué dice el Esparaván.

—Ese qué va a decir. Bobás.

Sobre el erial en que la tierra se había convertido, se veían aquí y allá montones de tierra rojiza de los pozos que algunos se empeñaban en excavar buscando una vena subterránea con que aliviar la sed de los animalés y del campo, las necesidades de todo ser viviente; y eran como pústulas en que la reseca tierra reventaba.

☆ ☆ ☆

Benito el Figura se levantaba mucho antes de amanecer, iba a sentarse sobre un canto en una esquina de la viña y contemplaba con desaliento las cepas roidas por el desamparo. Miraba atento la salida del sol, venteando como un perdiguero, a la busca de un signo que anunciase la lluvia. Se pasaba allí las horas muertas, ensimismado, haciendo en el suelo rayas y rayas con una vara de sarmiento.

—¿Viene el agua o no viene, Figura?

El Figura ni contestaba siquiera; con la misma lengua se cambiaba de sitio la colilla y seguía caminando encorvado, las manos a la espalda y la gorra caída sobre los ojos.

—Mientras al Figura no le den los vientos, no hay nada que hacer.

—Pero el Esparaván sabe más.

—¡Bah!

☆ ☆ ☆

El Esparaván bajaba al pueblo los domingos, la alforja al hombro y cargado con los mil cachivaches que vendía o que durante la semana había es-

tado reparando: el manojito de paloduro, los molinillos de papel, los trina-dores jilgueros de barro cocido, la jarra de Talavera que había estado la-ñando por encargo, el cueceleche recién parcheado o los borceguies con tacones nuevos; seguido siempre por una gallina amaestrada que cuando la acunaba como a un niño le ponía los huevos en la mano. Más de una vez se la habían querido comprar Veneno el de Boveda y Pechito el de Mancera, que andaban timando juntos por ferias y mercados.

Muchachos con rostros de cerámica y más mocos que una piara canci-nes, le seguían a todas partes chupeteando un corte de paloduro, molestan-do a la gallina, que acababa subiéndose al hombro del Esparaván, escanda-lizada.

El Esparaván hacía años que vivía allá arriba, en el Castillo del Duque, entre cuyas ruinas tenía su taller de ilusiones; y en los días de sol sacaba el burro zapatero al patio de armas y allí se le podía ver brujando cristallitos para ensartar rosarios milagrosos, o aplanando hilo de cobre para hacer pulseras contra el reuma: la gallina pavona en derredor, de acá para allá, zascandileando arriba y abajo.

Desde bien chico, como se había criado sin padre y lejos de madre, el Esparaván aprendió a valerse por sí mismo y se acostumbró a hacer esqui-na esperando a los muchachos a la hora de la merienda, los cuales, de buen o de mal grado, habían de aportar una parte de su condumio: éste dos hi-gos, otro una raspa de abadejo, aquél media naranja, de todos merendaba.

El Esparaván era un experto en la caza de vencejos con caña. Sujetaba un anzuelo de pesca en la punta de un sedal y ponía de cebo una pluma. Sabido es que este pájaro no puede levantarse si para en tierra, y por eso cualquier cosa que necesita ha de tomarla en vuelo, que es muy rápido. Pues bien, cuando el vencejo estaba anidando, el Esparaván preparaba su anzuelo y su sedal y se subía a la almena del castillo que cae sobre la quebrada. Allí iba soltando hilo, flotando al aire la pluma. En seguida un vencejo picaba raudo sobre ella, la tomaba y se quedaba prendido en el an-zuelo, volando todavía en un arco inverosímil mientras lo permitía la largu-ra del sedal, hasta que el Esparaván iba cobrando y depositaba al animal sobre el muñón de calicanto, donde todavía el pájaro palpitaba un buen ra-to, los ojos dilatados de asombro. En media tarde llenaba un talego.



Por aquel tiempo de la sequía anduvieron en coplas el Esparaván y el Figura, sobre quién de los dos detectaría la lluvia, si es que ésta había de venir, y cada uno tenía sus partidarios y sus detractores.

El Figura se iba al majuelo, se sentaba sobre el canto al borde de la linde y trataba de razonar los signos que apreciaba cada salida y cada puesta de sol.

El Esparaván llevaba ya días encaramándose a lo más alto de la torre del homenaje, de la que había hecho su observatorio. Allí se olvidaba de todo mientras trazaba números y signos en cualquier superficie que se pudiera escribir, haciendo mil cábalas y mediciones con pedazos de cuerda y culos de botella, peleando con cierzos y gregales, solanos y jaloques, ábregos, algarbes y regañones, clasificando vientos, amaneceres y crepúsculos, cantos de alondra y vuelos de avutarda.

En la tabernilla de Ramona se daban los partes.

—El aire trae la «mósfera» —pontificaba el Figura—, y en la «mósfera» está el agua.

Y mientras todos se quedaban perplejos, el Esparaván, recostado en un mazo de sogas, al fondo de la taberna, rezongaba para su solapa:

—Se explica bien. Veintinueve palabras justas, conoce: mal dichas.

El Esparaván había sido durante mucho tiempo pastor de zurrón y cuerna, pero andaba ya muy chocho, muy trajinado, muy cargado de mil peleas con la vida y con la muerte. Ultimamente había marrado algunos partos y dos o tres excavaciones en las que no salió más que un barro pajizo y barrizoso, después de sudar muchas varas de fondo. Eso sí, había inventado el torno de manivela doble para subir las canarras de tierra, lo cual era un alivio.

—Llover lloverá —decía el Figura con aire socarrón—, pero como tarde un poco éste no lo ve caer. Dos cortes de pelo le quedan, como quien dice.

En realidad, lo que más avisaba al Figura de los cambios de tiempo, era un dolorcillo, una especie de pesadez que le tomaba el brazo malo, el izquierdo, que se le había quedado en ángulo obtuso desde el accidente.

El Figura, de chico, había sido educando en la banda municipal de su pueblo. Ya lo había contado infinidad de veces. Explicaba que, en las bandas, los flautines van detrás de los clarinetes, y que él, después de mucho

ensayar, consiguió aprender su parte del pasodoble «Auroras». La noche antes del debut no pudo pegar un ojo. La banda tenía que acompañar al clero y autoridades desde el ayuntamiento a la iglesia, y el Figura, que estrenaba uniforme, se colocó el último, cerrando marcha. Tenía que haber entrado al sexto compás de la segunda parte, pero no pudo ser, porque iba tan embebido marcándolos mentalmente, mientras con la cabeza ligeramente vuelta sujetaba el flautín contra el labio y la vista fija en la partitura, que, al coincidir el sexto compás con el recodo abarandillado que protegía el desnivel sobre la Calle Ancha, salió a derecho de la formación, topó con la barandilla y, saltándola, cayó al otro lado sin soltar la flauta.

Se quebró el brazo, pero a pesar de ello, así en caliente, se incorporó y salió cortando al encuentro de la banda para ver de entrar, aunque fuera por los últimos compases. Nada, no hubo forma: cuando se puso de nuevo al paso ya había pasado el tiempo de los flautines. Fue lástima.



En aquellas mañanas de rogativa, las sombras se proyectaban nítidas contra la ladera de cascajo que ascendía hasta la Atalaya. El párroco hacía parar las andas y lanzaba sobre los pajizos campos un asperges que se evaporaba en el aire envenenado que llegaba de la cárcava. Ese era el momento en que los hombres, despeluzados y barbones, crispaban la mano sobre las gorras y formulaban ante la imagen lo que ellos mismos no distinguían si era súplica o amenaza, en demanda de un agua sin la cual todo perecería.

Regresaban hostigados por un sol que se cebaba en sus mermados y escuálidos rebaños, en sus campos de cegados y rotos cauces donde ya no resistían ni la gamarza ni el cardo, sobre ellos mismos y sus mujeres y sus hijos. Rumiaban represalias heréticas contra el santo que no les traía la lluvia.

—Es tontería —comentaba uno—, este santo nunca fue especialista en asunto de aguas.

—Al que hay que sacar, como sea —decía otro—, es al Cristo de los Ahogaos.

—Ya, pero el cura dice que ese Cristo no tiene andas. Y a ver cómo, con más de diez arrobas que debe andar.

—Pues ése bajaba el agua, te lo digo yo. Dicen que otra vez, que tampoco llovía ni a tiros, subieron al Cristo los Ahogaos a la Atalaya y le dejaron

alli hasta que cayó un nublao y El solo bajó nadando la reguera abajo: por eso está en puro palo, sin pintura.

—El cura se empena en que vayamos a rezarle alli a la iglesia, pero no es igual, ni mucho menos.

Pero hete aquí que un buen día, cuando cada familia se recogía en torno al candil para despiojarse, se pudo ver hacia poniente un cielo desgarrado por finos estratos levemente púrpura. Y más tarde, cuando el Figura salió a orinar al cantón esquinero antes de pasar el tranco, levantó la vista y la vio allí, como colgada sobre la Atalaya, inmóvil, todavía demasiado pequeña, pero una firme promesa de lluvia, le pareció. Entonces corrió llamando a todas las puertas.

—¿Quién va?

—Soy Benito el Figura —gritaba alborozado—. Asomaros, hay una nube encima la Atalaya.

Entonces la gente se tiró abajo de la cama y salió a la calle para mirar la nube, comentando su altura, su tamaño, su color. Hubo que obligar a los niños a que se fueran a dormir de nuevo, porque las personas mayores, hombres y mujeres, velaron esa noche estudiando de tanto en tanto cualquier movimiento de la nube, la más leve variación de tamaño, cualquier evolución de su forma, el más mínimo cambio de tono en su color. De madrugada, mucho antes de clarear, se fue señalando su contorno a modo de luminoso encaje, y entonces pudo apreciarse que era apenas un aliento: pero en modo alguno se transmitieron unos a otros la más mínima desesperanza.

Nada se hizo durante todo el día sino observar la nube desde todas partes, de nada se hablaba que no estuviera relacionado con la nube. Y la gente hacía todas las cosas con infinito cuidado, evitando cualquier ruido, toda estridencia que pudiera espantar la nube: ni funcionó el yunque de la fragua ni la sierra del carpintero.

—Yo creo que ha crecido un poco.

—No, lo que pasa es que ahora se ha ido algo a la derecha.

—Ca, no creas. Si acaso se ha vuelto un pelín más negra.

Al segundo día, aunque no era domingo, el Esparaván bajó al pueblo y recaló en la taberna de Ramona.

—Ya la habrás visto, ¿no?

—Claro que la he visto.  
—Pues la descubrió el Figura, ya ves.  
—A lo mejor es un pedo del Figura.  
—Entonces tú crees que...  
—Yo no creo nada —cortó el Esparaván—. Yo lo que digo es que si no viene un solano que la mueva, se irá como ha venido y santas pascuas.  
—Pues habrá que hacer algo; no nos vamos a quedar así, de brazos cruzaos.  
—Ahora, ahora es cuando yo sacaba al Cristo los Ahogaos.  
—No hay quien convenza al cura. Sigue en sus trece con lo de que no hay andas.  
—También es mala leche, porque yo creo que si se sacase el Cristo la hacia romper aguas.  
En esas estaban cuando sonaron las campanas el toque de oración, y el Esparaván apuró la jarrilla de tinto y salió a la calle con aire resuelto, la gallina posada en el hombro.



Entró en la iglesia y se quedó al amago de una sombra, esperando. El cura bajó del campanario, atizó la lámpara del Santísimo y salió.

Todavía esperó un buen rato el Esparaván después de oír el resbalón de la cerradura. Luego fue hasta el altar del Cristo y se quedó frente a la imagen, midiendo una y otra vez con la vista y calculando mentalmente. Al tenue resplandor de la mariposa de aceite, miró un instante el rostro comido de sombras, luego hizo un gesto como queriendo justificar lo irremediable de su decisión y, tras escupirse las palmas de las manos, se las frotó animosamente y se encaramó al altar.

Mil veces pensó que se iría abajo con la imagen a cuestras y se lo encontrarían al día siguiente aplastado contra el suelo. Y cuando al cabo de un rato de agotadores esfuerzos, que le dejaron empapado en sudor y con las piernas temblequeando, pudo depositar el Cristo sobre las lajas del pie del altar, supo que nunca conseguiría llegar a la Atalaya. No obstante, tras una momentánea indecisión, se le cargó a la espalda y comenzó el calvario.

Sangre debió sudar cuando subió de través por el teso de los tomillos, y nunca supo en qué caída no tuvo ya fuerzas para levantarse, ni aun para



apartarse el Cristo de encima y permitirse un último resuello. Le pareció que habían sido simultáneos el relámpago y el trueno, el sordo golpear de dispersos goterones que cayeron como monedas arrojadas desde lo alto y el clamor que se alzaba del pueblo y le llegaba con un viento negro que aleteó un instante zarandeando las desnudas ramas de los árboles.

Todavía, en un supremo esfuerzo, fue capaz de volver el rostro, las palmas ensangrentadas de las manos hacia el consuelo que le llegaba desde arriba, de sentir olvidados aromas de lluvia que surgieron por doquier, mientras un agua ya mansa, tibia, cernida, caía sobre el Cristo, sobre la gente allá abajo, sobre los tejados polvorientos, sobre los esquilados rebaños de ovejas, sobre la sedienta tierra cuarteada.

☆ ☆ ☆

De amanecida, el pueblo entero corrió a ver el milagro del Cristo, que bajaba flotando reguera abajo, y cómo unos metros más atrás apareció a la deriva el cuerpo amoratado y barrizoso del Esparaván, la gallina posada sobre la hinchada barriga, tan campante.





Institución Gran Duque de Alba

El presente trabajo tiene como objetivo principal analizar el impacto de la implementación de un programa de intervención comunitaria en la mejora de la calidad de vida de la población de la zona de estudio. El programa se diseñó con base en los principios de la pedagogía social y la metodología participativa, buscando involucrar a la comunidad en todas las etapas del proceso.

El estudio se realizó en la zona de estudio, donde se aplicó el programa de intervención durante un periodo de seis meses. Durante este tiempo, se llevaron a cabo diversas actividades, como talleres de sensibilización, charlas informativas y actividades deportivas, con el fin de promover la participación activa de la comunidad.

Los resultados obtenidos indican que el programa tuvo un impacto positivo en la mejora de la calidad de vida de la población. Se observó un aumento en la participación comunitaria, así como en la conciencia social de la población. Además, se logró fortalecer los lazos de solidaridad entre los miembros de la comunidad.

En conclusión, el programa de intervención comunitaria fue efectivo para mejorar la calidad de vida de la población de la zona de estudio. Se recomienda continuar con este tipo de programas, así como evaluarlos periódicamente para asegurar su efectividad y adaptarlos a las necesidades de la comunidad.

## «LA ULTIMA HOJA»

*Premio «José Calderón Escalada» 1985*



## LA ULTIMA HOJA

YO lo había oído decir algunas veces: la caída de la hoja es fatal para estos enfermos. Se van con el otoño.

Por entonces era el tiempo de los ecos.

Otras tardes de otoño se me habían hecho interminables. Muchas tardes. Infinidad de tardes. Pero ahora, durante este tiempo de miserable espera, me parece que las horas vuelan, se consumen aceleradamente mientras yo, envuelto en la manta que por siempre conservará ya el olor de mi calentura, me amordazo el pánico sentado a la solisombra del sauce.

Cuando consigo olvidarme de esta sensación que me anda por dentro del pecho y ceso de maquinari sobre el proceso de mi enfermedad, imaginando qué estragos hacen en mis pulmones la legión de bacilos que me van socavando, entonces puedo ensimismarme en el vellón de niebla que se alza desde el río al fondo del valle, o en el vuelo lentísimo de un pájaro cruzando el azul, o, simplemente, en el suave balanceo de la última hoja sobre las ya desnudas ramas del chopo. La última hoja.

Y es acaso esa contemplación lo que me devuelve al presente cuya realidad me llena de congoja, porque pienso que mi propia vida no tiene más consistencia que esa hoja amarilla que oscila tenuemente en la rama y cuya tonalidad comparo con el color de mis manos, llegando a la conclusión de que son idénticos signos de acabamiento los que en ella y en mí se manifiestan; las mismas nervaduras y entramados sosteniendo una piel que por días se torna más transparente y frágil, más terrosa.

Quizá en ese instante, desde más allá de la cancela del jardín, me llegan las voces de mis hijos, que vuelven de la escuela precedidos por un perrillo

bastardo sin dueño, el cual enfila la avenida bordeada de mirto y se llega hasta mi sacudiendo las orejas para husmear la punta de mis zapatillas. Los niños, a medida que se acercan, van apagando los gritos y las risas. Se detienen a unos pasos de distancia, empañados los rostros infantiles por una insólita sombra de tristeza. Me dan las buenas tardes y preguntan que cómo me encuentro hoy. Yo quiero sonreír, ahuyentar esa gravedad de sus rostros, hacerles ver la tarde tal como es, enseñarles la niebla sobre el río, el vuelo del pájaro, la hoja. También la hoja sobre la estremecida rama del chopo.

Les contemplo durante unos instantes, les sugiero que entren en la casa para saludar a su madre y escondo la mirada sobre la página por donde el libro quiere abrirse:

«Yo no soy yo.

soy otro

que siempre va conmigo y que no veo:»

Se alargan por el horizonte unas nubes desflecadas y cárdenas. Cierro el libro y camino hacia la entrada con la manta sobre los hombros y arrastrando un infinito cansancio, calculando si mañana volveremos a estar al sol de la tarde, ella en la rama y yo sentado junto al sauce, maquinando si acaso habrá mañana, si volveremos a estar. Quizá estaremos.

Me siento junto a la ventana, al amor de la mesa camilla; miro cómo, al otro lado de los vidrios, huye la luz absorbida por un crepúsculo repentino. Queda la habitación sumida en sombras, empapada en silencios. Puedo sentir los pasos de mi pobre corazón, como si caminase contra el vendaval: escucho la carcoma que me anda por dentro del pecho, palabras de los niños que me llegan a través del pasillo como trémulas mariposas efímeras.

Era aquí, junto a la ventana, donde en otro tiempo me gustaba pasar las veladas de invierno, oyendo cómo el viento se afanaba entre las ramas de los geranios, su gemitido en las rendijas de los desajustados batientes, el lejano y crepuscular grito del chotacabras. Y es entonces, al recordar la imagen de Lucía sentada junto a mí, iluminada su cabeza casi adolescente bajo la clámide de la lámpara mientras bordaba el embozo de sábanas que nunca gastaríamos, cuando, amparado en esa soledad, puedo llorar serenamente, sin un espasmo, dejando que, al deslizarse por mi rostro, se diluya



en mis lágrimas la amargura de pensar que, cuando ya me haya ido, habrá otras tardes en que ella, Lucía, evocará mi presencia sobre el sillón vacío, sentirá el dolor de mi ausencia en todas las cosas, en todo el tiempo compartido, en todos los recuerdos.

Que qué hago a oscuras, me pregunta desde la puerta hasta donde ha llegado con apagados pasos dolientes. Echo a volar mi mano cansada en un vago gesto de indiferencia y ella se acerca para tomarla entre las suyas y, mientras seca mis lágrimas, decirme que todo es un suspiro, que hemos sido dichosos y que nada, ya nada, podrá separarnos. Intenta convencerme de lo poco que importan unos años, apenas un instante de espera para una eternidad en que estaremos juntos. Definitivamente juntos. Abraza mi cabeza contra su pecho, y mientras escucho los latidos de su angustiado corazón traicionando la pretendida serenidad que quiere infundirme y aspiro el perfume de su cuerpo, me sigue susurrando que hemos hecho ya todo lo importante que se puede hacer en la vida, que no debemos estar tristes, que nada hay por encima de nuestro amor.

Y al encender la lámpara, descubro que los niños están allí, parados en el quicio de la puerta, envueltos en un halo de tristeza y sin atreverse a mirarnos. Entonces, como cada noche, se despiden enviándome un beso. Es su madre quien les dice que estoy contento por su cariño, por su bondad. Trato de dibujar una sonrisa, de asomar a los ojos una luz de esperanza. Luego iremos hasta su alcoba para ver cómo duermen, caminaremos a nuestro dormitorio cogidos de la mano. Y, antes de comenzar a desenredar el ovillo de la noche, me acercaré a la ventana para ver que la hoja sigue allí, oscilando en la tiniebla, resistiéndose a caer, esperando.

Presiento que será una de estas tardes: De pronto, mientras esté observándola sentado bajo el sauce, la veré caer balanceándose, meciéndose en el aire durante un tiempo interminable hasta llegar al suelo silenciosamente. Entonces cerraré los ojos.

Quizá haya todavía un instante en que pueda percibir las voces de los niños al volver del colegio.



## «EL VIAJE INFINITO»

*Accesit Premio «Antonio Machado» 1985*



Institución Gran Duque de Alba



## EL VIAJE INFINITO

ERA casi al final de la siega, por los últimos días de julio, la tarde ya vencida y los riñones pidiendo la horizontal.

Juan Palanca, sentado sobre una gavilla junto a la linde, adelgazaba el filo de las hoces en tanto el muchacho y la perra, aculados una frente a otro, se miraban de hito en hito haciéndose cucamonas.

Volaban oscuros vencejos a la salida del terraplén, sobre los railes que el muchacho imaginaba calientes.

Y aquel tren que les sumió durante unos instantes en una sombra intermitente al cruzar frente a ellos con un fragor de concretos empalmes, despertó en la memoria de Juan Palanca un recuerdo durante mucho tiempo dormido. Entonces, casi sin pretenderlo, cual si hubiera recordado en voz alta, repitió como un eco aquellas mismas palabras:

—Cuando acabe la siega, haremos un viaje.

El muchacho desvió la mirada del entrecejo de la perra y persiguió con la vista la trasera del tren que se alejaba hacia un crepúsculo de golondrinas, el farolillo rojo ya encendido.

Siguió recordando Juan Palanca, empeñado en revivir aquella tarde, aquella misma ilusión que, un día ya lejano, en aquel mismo sitio, le había suscitado su padre al decirle: «Cuando acabe la siega, haremos un viaje».

Era, también, el mes de julio, al final de la siega, la tarde ya vencida. Recuerda Juan Palanca que pasó un tren cuyo humo planeó sobre la charca y obligó a las cigüeñas a levantar el vuelo arrastrando por el rastrojo dos estremecidas cruces de sombra. Y la huida de aquel tren hacia el crepúscu-



lo, avivó entonces en su ánimo un anhelo de viaje y de lejanía, de llegada a una ciudad desconocida donde, a pesar de haber sido entrevista mil noches en mil sueños, todo le parecía nuevo y sorprendente: extensa, luminosa, a veces cruzada por un río en cuyas aguas se reflejaban airosos puentes, nubes también viajeras por un cielo alto y diáfano, torres de campanario y pájaros navegantes.

—Aquellos trenes no eran como éstos, hijo: pasaban resoplando por entre los cebadales y dejaban, durante mucho tiempo, un algo de tristeza; no sé qué desasosiego de cosas que nunca podremos tener, de sitios a los que nunca llegaremos.

Era, efectivamente, algo que se le escapaba sin posibilidad de repetirse. Como si cada tren, al pasar, se le llevase un sueño de madrugada prendido en el farol de cola: como si una ilusión resbalase diluyéndose en el largo gemido en que se convertía su silbido a la entrada del monte.

Vino el muchacho a sentarse junto al hato, cerca de su padre, interesado por las palabras que le había oído pronunciar. Seguía Juan Palanca repasando la piedra por el filo de la hoz, como si quisiera retener en ella un último fulgor, la postrera luz de la tarde, de aquella otra tarde. Y mientras le escuchaba, era como si fuera descubriendo el fondo de un pozo al que, por primera y única vez, llegase un rayo de sol que iluminase un agua remansada y transparente.

—Ibamos a ir, acabando la siega, a coger el tren a la estación de Cotos. Nos hubiéramos puesto el traje nuevo de pana rayada, las camisas de sarga con pasador de plata. Y hubiéramos llevado colgada al hombro la alforja con la bota y el queso.

Se le representa a Juan Palanca un ojo de luz y campana en la sombra de la torre sobre la plaza todavía desierta.

—Habíamos ido, por hacer tiempo, hasta la taberna de Gorito, para tomar el aguardiente y para que todos nos mirasen con un poco de envidia.

La mirada perdida en un horizonte lejano, tintadas las pupilas de crepúsculo, Juan Palanca se queda unos instantes callado e inmóvil. Suspira el muchacho, cambiando de postura.

—¡Iremos, hijo! Ya verás que guirigay de alondras se oye a esa hora en la taberna de Gorito, al otro lado de la mampara donde cuelga las jaulas. Gorito nos dirá que vamos a andar allá allá, si queremos coger el correo y

no andamos listos. Seguro estoy de que tendremos que ahuyentar a la perra amagando cantazos hasta verla culear calle arriba, gimiendo, arrastrando la tripa sobre los relejes, apeonando hacia casa.

—A esa hora, padre, quizá vayan los otros muchachos a la escuela.

Y piensa el muchacho con regocijo que él no va a ver ese día a los ratones correr asustados a esconderse entre las grietas de la tarima, ni al señor maestro poniéndose la bata azul y agarrando el puntero de los castigos.

—Para ti ese día será día de fiesta.

Y el chiquillo sigue imaginando que va a cambiar el catecismo por la tartera, y la interminable mañana de pausadas vacas y gorriones tristes, de escaradoras gallinas al otro lado de la ventana, por otro mundo nuevo, renovado a cada instante en el marco de la ventanilla del tren. Sonríe sin darse cuenta, al tiempo que se frota las manos complacido, a cuyo gesto la perra se le acerca.

—Y hubieran sido seis minutos hasta la estación, lo tengo bien medido. Después un trago del botijo del factor, el bigote del jefe al otro lado de la taquilla, extrañado él al imaginar un viaje a la fuerza para consulta médica... Ya ves, hijo, y hubiera sido, y será un viaje sin más ni más: por ver cómo se va en tren, por mirar cómo pasan, al otro lado de la ventanilla, los postes del telégrafo, las encinas, los regatos, las nubes y el barbecho. Sólo por ir en tren, por hacer un viaje de ida y vuelta, por ver mundo, por descubrir qué hay más allá del monte, después del Cerro del Asomante, allí donde se pone el sol.

—Y también para saber cómo se ve la gente por los caminos, padre, en el rastrojo, detrás de la yunta; una liebre engalgada por el llano cortando hacia el perdedero, un bando de perdices, el mundo desde el tren, el tren por dentro.

—Claro, hijo. Y por sentir el remusguillo de alejarse, de entrar en la oscuridad de un túnel, de arrancar de una estación donde la gente te ha mirado desde el andén y te ha sonreído y te ha dicho adiós.

—¡Iremos, padre!

—Quizá hubiéramos ido...

Ahí se quedó callado Juan Palanca, prendido de una imagen como huida por el fondo de un espejo, recordando, parada la piedra de afilar en el fi-

lo de la hoz que ya era un hilo de plata en el que se columpiaba el pensamiento.

Le miraba el muchacho contento y sorprendido, como si acabase de descubrir en su padre un algo nuevo, una maravillosa capacidad de ensoñación, el juego de desconocidas ilusiones.

Sabe Juan Palanca que habrían visto erguidos chopos a la orilla de un río, y una viña guardada por quietos espantajos.

—Puede que hubiéramos cruzado un huerto...

Imagina el niño que sí, que cruzarán un huerto cuyos árboles alargarán sus ramas hasta la ventanilla ofreciendo sus frutos, y una casita roja y blanca de guardabarrera, rodeada de gallinas y donde una cabra, atada al tronco de una acacia, les mirará pasar.

Suspiró Juan Palanca, se puso en pie y fue guardando en la alforja el barrilillo del vino, los dediles, la piedra de afilar. Cargó el muchacho al hombro el fardo de sogas de atar haces y se sujetó al cinto la horquilla de agavillar. Y mientras caminaban hacia el pueblo, donde ya se recogían las primeras sombras, habló de nuevo Juan Palanca.

—Ahora me parece estar viendo asomar al tren bajo la puente del sendero al molino, entonces coronado el convoy por una cresta de humo, en tanto Matías, el guardaguasas, iba caminando despacio, con el tiempo medido, hacia su caseta de ladrillo colorado, la gorra un poco hacia atrás, con ese aire suyo.

Y en la memoria de Juan Palanca apareció Matías, la banderita bajo el brazo y prendiendo el yesquero con precisos rasponazos de pedernal: imitando, evocando a una humeante máquina de tren con deleitosas bocanadas aspiradas a su pipa, que, de siempre, le hacía recordar una chimenea. Calmosamente, acostumbradas, saltaban las gallinas desde el hueco de las vías al andén, picoteando aquí y allá los corritos de mielga florida. Era de plata la alameda, parada allí abajo junto al río, verdes los chopos y los dispersos campos de girasoles y amarillo el sombrero de Lito y todo lo demás: el rastrojo y las eras, los prados, el almiar y hasta las vacas de Lito, como móviles manchas amarillas pastando por los arcones de la vía.

—¡Iremos, padre!

Quizá cuando regresen, por las calles de agosto, un viento viajero arras-

trará rollos de aliaga y de cardoncha, el polvillo de los aventadores y una calina persistente.

—Y nada más volver yo besaré a madre y correré hasta la plaza para contar a los muchachos lo que he visto, lo lejos que hemos ido y qué bien se va en el tren, cuántas cosas hay allá detrás del monte: todo, padre.

Entraron por el pueblo, donde cada puerta abierta proyectaba un rectángulo de luz sobre la calle, caminando sin prisa y precedidos por la perra.

Mil veces había soñado Juan Palanca a lo largo de su vida con aquella promesa de su padre que nunca pudo ser cumplida. Muchas noches, el paso de un tren alterando un silencio apenas acunado por el gemido del viento entre la tejavana, espoleaba su imaginación embarcándole en un viaje fantástico, fabricado con mil detalles intuitivos y otros tantos escuchados a viajeros que alguna vez habían tenido la suerte de serlo realmente. Y ahora se da cuenta de que, desde aquella tarde de la promesa, no ha hecho más que viajar en el tren de sus ensoñaciones por un mundo sólo por él conocido, a cuyas estaciones llegaba y partía cogido siempre de la mano de su padre. Hoy hay en su memoria una colección de llegadas y de asombros, de partidas y nostalgias, de paisajes. Sabe que, al hablar a su hijo, acaba de entregarle un billete valedero para todos los trenes, para todas las rutas y todos los días de su existencia. Sabe también que, a partir de ahora, cada vez que se sorprenda viajero por los caminos de su imaginación, va a confundir la mano áspera y fuerte de su padre con la pequeña y frágil de su hijo, refugiada en la suya como un pájaro asustado.

—Haremos un viaje, hijo. Infinidad de viajes.

Y es posible que un día, cuando él ya no esté, seguramente, el hombre en que su hijo se habrá convertido, contemple la huida de un tren hacia el crepúsculo, y que, entonces, recordándole, pronuncie quizá la misma frase: «Cuando acabe la siega, haremos un viaje».

Es posible que alguien recoja el mensaje, el billete valedero para el viaje infinito.







## «Y DEJARLE VOLAR AL CORAZON»

*Premio Gaviota de Plata, 1986*



## Y DEJARLE VOLAR AL CORAZON

LORENA no esperaba nunca a que él le diese los buenos días, salía a su encuentro nada más verle llegar al otro lado de la puerta, volteaba la silla de ruedas sobre el escalón de la entrada con una fuerza impropia de sus años y le conducía hasta el rincón de la estufa por entre las sillas y los veladores.

—¡Buenos días, Jacinto, buenos días! —casi le cantaba mientras volvía a entrar tras el mostrador para prepararle el café con leche.

Luego, la muchacha, casi una niña todavía, le llevaba el platillo con la madalena, le acercaba la taza al borde de la mesa. Jacinto se desembarazaba de la bufanda y Lorena le limpiaba un resto de jabón que le había quedado junto a la oreja al afeitarse. Le miraba luego romper la bolsita de azúcar, remover el café, ir partiendo la madalena en pequeños trozos que dejaba caer en el líquido oscuro y humeante, observaba sus manos fuertes, sus dedos largos y ágiles.

Jacinto casi nunca decía nada. Alguna vez alzaba la cabeza y miraba a Lorena frente a él. En ese momento era capaz de una sonrisa.

El padre de Lorena se afanaba en un extremo del mostrador, charlaba con algún cliente. De vez en cuando trataba de sacar a la muchacha de su ensimismamiento frente al inválido.

—¡Vamos, Lorena! —tronaba golpeando con los nudillos sobre la superficie de zinc del mostrador—. Ve limpiando esas mesas, que hay mucho que hacer.

—Ya voy.

Lorena volvía tras el mostrador, tomaba el paño puesto a secar sobre la cafetera y comenzaba a pasarlo por sobre los veladores en cuya superficie de mármol estaba anotado el tanteo de las partidas del día anterior al dominó, a la brisca o al tute. Se quedaba unos instantes contemplando los primorosos rameados que el hielo de la noche había dibujado en los cristales de la ventana, iba hasta el rincón de la estufa y hurgaba entre los tarugos chisporroteantes.

—¡Qué frío. Jacinto! —le decía tendiendo las manos hacia el fuego—. Ha helado esta noche. En el cristal de la ventana se ha quedado el vaho como un encaje de bolillos.

El asentía, se removía en la silla de ruedas.

—Te vas a arrecir en la esquina, como se te dé mal la mañana. Más vale que vengas a calentarte un poco de vez en cuando.

Jacinto iba sumergiendo los pedazos de madalena en el café, y, contagiado del frío de Lorena, sentía un estremecimiento y se frotaba las manos: intentaba atrapar el tacto acariciante que había notado junto a la oreja cuando ella le limpió el resto de jabón, la suavidad tantas veces evocada de las yemas de sus dedos.

—¿Todavía te sigue doliendo la cabeza por las noches? —quería saber ella.

—Sí. Todavía —contestaba él con desinterés, como si ya estuviera tan acostumbrado a ello que hubiera dejado de tener importancia.

—Pues tómate una pastilla de algo, hombre. Mira que estar así todas las noches.

Iban entrando en el bar algunos obreros de camino al trabajo, descargadores del mercado cercano.

—Si no fuera porque casi podría ser tu padre, cualquiera diría que sois novios Jacinto y tú, Lorena —le comentaban bromeando.

Y Lorena:

—No hagas caso, Jacinto, que son bobos.

Jacinto recogía del fondo de la taza un resto de madalena rebañando con la cucharilla, pagaba con una tira de números que desprendía de la pinza colgada en la solapa y, después de guardar unas monedas de vuelta que Lorena le ponía en la mano, se enrollaba la bufanda.

Entonces ella le conducía de nuevo hasta la puerta, se ayudaba con el pie para salvar el escalón del umbral y empujaba la silla hasta la acera.

—Que se te dé bien, Jacinto —le deseaba.

El hacía con la mano un gesto vago y se deslizaba hacia la esquina buscando un espacio de sol donde situar la silla junto a la pared. Conectaba el transistor y sentía deslizarse la mañana a medida que el sol le iba empujando a lo largo del muro: saludaba al panadero, que llegaba precedido por un tibio aroma de pan reciente, decía adiós al lechero, cuyo perrillo de lanas se acercaba hasta la silla de ruedas para frotarse contra ella los flancos en busca de caricias. Pasaba el cartero con su valija en bandolera. Eran las mismas personas a las mismas horas. Todos los días igual, hasta que el griterío de los niños, al salir del colegio cercano, le impulsaba a mirar inconscientemente el reloj: eran las doce. Y era éste un gesto tan repetido como innecesario, pues el momento coincidía invariablemente con el Angelus en el transistor y un campaneó musical en el carillón del ayuntamiento que hacía volar gorriones y palomas por la mañana percutida de nieblas. Para entonces Jacinto había ido siguiendo al sol hasta dar vuelta a la esquina, y era el momento en que Lorena volvía del mercado.

—¿Quieres una mandarina? —le ponía ella en la mano la fruta sin esperar respuesta—. ¡Uff! Anda que no te quedan tiras. Mal día llevas, Jacinto.

Jacinto se encogía de hombros en un gesto mitad impotencia mitad resignación, pelaba la mandarina y alargaba la piel a Lorena. Luego se iba comiendo los gajos muy despacio, como si masticase gajos de sol.

—A lo mejor hoy voy al cine, Jacinto. Me han dicho que en el Cristal ponen una muy buena. Si quieres venir te, llevo.

—Sí. Sí quiero —decía él sin poder ocultar la ilusión que le causaba.

Entonces Lorena contaba las tiras que le quedaban en la pinza de la sobalapa.

—Vale, me llevo la mitad —decía—. Ya veremos a ver si se las cuelo a algún cliente, porque me parece que tú no las terminas en todo el día.

La miraba alejarse por la acera y otra vez la luz se le iba yendo; sentía como nunca la sensación de estar clavado a la silla de ruedas, y, cuando ella desaparecía a la vuelta de la esquina, era como si el corazón de Jacinto fuera un niño al que se cierra la ventana por donde podía contemplar el mundo de los pájaros y de las ilusiones.



Aquella tarde iban al cine y Lorena conducía la silla por el pasillo hasta dejarla pegada a la butaca donde ella se sentaba. Se embarcaban por un tiempo en la fantasía que las imágenes eran capaces de suscitar en ellos. A veces alguna escena obligaba a la muchacha a crisar sus dedos sobre el brazo de Jacinto, a un sollozo que a él le enternecía hasta las propias lágrimas. Entonces, en la oscuridad de la sala, se atrevía el inválido a buscarle a Lorena el llanto por la cara, y palpaba la humedad de sus mejillas.

Si. Si, me ha hecho llorar como una tonta. ¿Y qué? —se irritaba ante su propia debilidad—. Las mujeres somos así; pero tú no debes llorar, no seas bobo.

Y Jacinto pensaba que en Lorena tenía todo cuanto a él le faltaba: la posibilidad de cualquier movimiento, de cualquier ilusión que ella era capaz de transmitirle con su risa, con su palabra, con el tacto de su mano, con su sola presencia junto a él.

En aquellas tardes Jacinto deseaba que la película no terminase nunca, que Lorena no soltase su mano y siguiese transmitiéndole la sensación de su miedo, de su llanto quiza.

Era al quedar solo de nuevo cuando volvía a ser consciente de su dificultad de movimientos, cuando se daba cuenta de que la cabeza le dolía hasta hacerle gemir.

—¿La cabeza otra vez? —le palpaba su madre la frente sudorosa y fría.

Asentía, apartaba el plato de la cena, hacía rodar la silla hasta el dormitorio y esperaba a que su madre le ayudase a caer sobre la cama. Luego la oía recoger la mesa, andar trasteando por la cocina. Finalmente ella entraba y ordenaba las ropas que él se había quitado trabajosamente, le arropaba y apagaba la luz: le iba sujetando sobre la frente compresas mojadas hasta que le sentía respirar tranquilo. Jacinto se dormía pensando en que, a la mañana, Lorena le estaría esperando en el bar de su padre.

Casi siempre se despertaba despejado y alegre, se vestía y se dejaba caer sobre la silla de ruedas, que en seguida conducía hasta la salita para cambiar el agua a la cardelina que tenía en una jaula junto a la ventana. Ponía alpiste en el comedero y se afcitaba silbando escalas cromáticas que intentaba que el pájaro imitase. Siempre se dejaba un resto de jabón junto a la oreja. Y nunca desayunaba en casa, por más que su madre le insistiera: se

colgaba en la solapa la pinza con las tiras de iguales y se iba derecho al bar del padre de Lorena.

Aquel año, por Pascua Florida, la muchacha le llevó hasta la orilla del río, y allí hacía correr la silla de un lado a otro como una loca, gritándole a Jacinto el color, la altura, los movimientos, la forma de las cometas que los muchachos hacían volar y que, reflejadas en el agua, eran inquietos peces de colores que perseguían lejanas nubes de algodón. Él, agarrado a las manos de Lorena sobre las manillas del cochecito, le dejaba volar al corazón como si fuera una cometa gobernada por ella.

Les gustaba preguntarse, decirse el tono de la mañana, de la tarde: «La mañana está azul, la tarde es malva, es gris; el día está color de ámbar, como si fuera fiesta».

Le señalaba Lorena el paso de un tren hacia el horizonte, el vuelo de los pájaros, el ritmo de los álamos, la forma de la nube, de la piedra y la flor.

Y cuando alguna vez le encontraba casualmente por sitios desacostumbrados, Lorena se le acercaba muy despacio por detrás y le tapaba los ojos.

—¡Lorena? —decía sorprendido y alegre, incrédulo.

Y ella estallaba en risas, le revolvía el pelo, saltaba en torno.

—¿Pero cómo me has conocido? —gritaba—. ¿Cómo sabías que era yo? ¡Dí! ¿Cómo lo has adivinado?

Y él no podía contestar a las preguntas de Lorena, no sabía qué era lo que, allá dentro, le había hecho sentir la presencia de la muchacha.

—Porque sí —decía solamente.

Sin casi darse cuenta, Lorena se había convertido en su razón de vivir: por eso la primera mañana en que ella no salió a recibirle se sintió solo, perdido, huérfano por entre las sillas y los veladores del bar. Y se fue acercando tímidamente hasta el rincón de la estufa, todavía esperando verla aparecer al otro lado del mostrador, al acecho de un murmullo, de una risa.

—No está Lorena, no —le oyó decir al padre—. Ni estará en mucho tiempo, si es que vuelve.

Fue sorbiendo el café sin atreverse a preguntar, sorbiéndose al tiempo la pena y las lágrimas a medida que iba oyendo conversaciones, atando cabos sueltos. «... pero tú no debes llorar, no seas bobo».

Dejó la madalena intacta en el platillo y salió hasta la esquina.

Las mañanas se le hacían interminables, grises, idénticas. Ella, Lorena,

que de siempre había sido toda corazón, necesitaba un corazón para seguir viviendo. Y ahora estaba en una habitación del hospital, esperando que alguien ya no necesitase el suyo y se lo diera. Le enviaba recuerdos, le decía a Jacinto el padre alguna vez. Y él, cosido a la silla de ruedas, junto a la esquina de siempre una mañana tras otra, no dejaba de cavilar en el remedio que podía salvar a la muchacha. Pasaba en vela las noches dando vueltas al asunto hasta que la cabeza se le llenaba de truenos, pensando en que Lorena no debía morir, no podía morir. Ya al alba, agotado y lloroso, unos dedos de sombra le cerraban los párpados.

Cada mañana, mientras cambiaba el agua a la cardelina, se daba cuenta de que nunca hasta entonces la vida le había resultado más difícil, más inútil y triste.

Y si Lorena se iba, concluía, ¿qué iba a ser de él? ¿Cuál podría ser su vida sin Lorena? ¿Qué haría, qué diría, a dónde iría sin ella?

Mas cuando descubrió la solución y estuvo plenamente convencido de ella le volvió la ilusión, la sonrisa. Otra vez se levantaba contento, silbaba escalas al afeitarse, arreglando el comedero de la cardelina. Tuvo la seguridad de que aquello no sólo era bueno para Lorena, sino lo mejor para él mismo.

—Estos días estás mejor, ¿no? —le decía su madre al notar el cambio.

—¡Mucho mejor! —contestaba Jacinto alegre.

Y al fin una mañana salió de casa llevando la jaula de la cardelina y se presentó a la puerta del bar decidido y alborozado. Se dirigió resuelto hacia el mostrador, donde el padre de Lorena enjuagaba los vasos, y alzó la jaula hasta depositarla sobre la superficie de zinc.

—Aquí le traigo la cardelina —dijo—, para cuando vuelva Lorena.

—¡Ojalá vuelva! —contestó el hombre con pesadumbre.

—Volverá —aseguró Jacinto exultante—. Dígame que un día de éstos tendrá el corazón que necesita. Y esté atento —siguió—, porque yo en cualquier momento voy a dejar de necesitar el mío.

El padre de Lorena esbozó una sonrisa de amargura y siguió limpiando vasos.

Jacinto ni siquiera se tomó el café aquella mañana. Fue hasta la esquina y buscó junto al muro un espacio de sol.

Era hermoso que Lorena pudiera seguir viviendo, irse definitivamente y tener la posibilidad de liberar al corazón, dejar que Lorena le enseñase a volar por un mundo de ilusiones, después de tanto tiempo prisionero, de tantos días lastrado en aquella silla de ruedas que ya era una parte de su cuerpo lisiado.

Dijo adiós al panadero, acarició al perrillo del lechero, que vino a alzar-se hasta sus rodillas inmóviles, y para cuando pasó el cartero ya notó en la cabeza un zumbido que iba aumentando hasta hacerse insoportable. Entonces Jacinto dejó caer los brazos y todo fue quedándose apagado y quieto. A la hora del Angelus, mientras los niños salían de la escuela, sintió sobre un fondo de campanas el trino cada vez más lejano de la cardelina, y que la mañana toda se tornaba de ámbar, como si fuera fiesta.





## «EL REGRESO»

Premio «MIGUEL DE UNAMUNO» 1985



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## EL REGRESO

### LLOVIA.

El tren avanzaba en la noche cruzando la encharcada Moraña. Había quedado atrás la oscura geometría de las murallas de la ciudad, algún rectángulo iluminado en la fachada del horfanato, la puente de hierro sobre el río, henchido su cauce con aguas de torrentera. Durante un breve trecho, a través de los cristales de la ventanilla por cuya superficie el viento hostigaba ríos sin madre, se divisaban, borrosas en la noche, las luces de un automóvil que circulaba paralelo al ferrocarril por una carretera bordeada de fantasmales árboles zarandeados por la borrasca.

Sendín, aterido en un rincón del compartimiento, se frotaba las manos animosamente. Calculaba el trecho que debía quedar hasta la estación de su pueblo, las paradas que faltaban. Trataba de imaginar la estación, solitaria a esa hora, la sorpresa de don Matías el jefe y de Gimiro el guardagujas cuando, por fin, después de haberles desafiado a reconocerle, les descubra que él es Rosendo el de la Petra, el que se fue a Suiza a poco de licenciarse de la mili y ocurrir lo del incendio. Bueno, le dirían, incrédulos, ¿no te faltaba un ojo? Me faltaba, me faltaba, sonreiría complacido; y, agotando todavía un instante de perplejidad, concluiría finalmente: Ahora lo llevo de cristal. Y aún les animaría a que le dijese cuál de los dos, satisfecho de poder explicarles que así de perfectas se hacen las cosas en el extranjero.

Pero ahora, al recordarlo, Sendín no puede determinar si el escalofrío que le ha recorrido el espinazo, como una carga eléctrica que ha escapado finalmente por la cuenca de su ojo de cristal, ha sido efecto del frío de esta noche desapacible o precisamente del recuerdo de aquella otra noche del

incendio en que, entre un crepitar de llamas tan sólo amortiguado por los alaridos de su madre, se vino abajo la techumbre del sobrado sobre su cabeza. Quizá sí. Quizá este latigazo doloroso que ha sentido, no ha sido sino el reflejo de aquel que le arrancó el grito que, al alcanzarle la estaca encendida en la cuenca del ojo, como al Ciclope de los grabados escolares que todavía recuerda, a todos paralizó de espanto; cesando por completo durante unos instantes el fragor de las herradas que iban y venían en acarreo de un agua que, debido al viento reinante, de nada sirvió puesto que todo ardió o se deshizo en un derrumbe final sobre el lago que ya era el solar en que la casa se había convertido. Entonces los hombres prendieron las colillas que durante todo el tiempo habían mantenido en la comisura de los labios resecos. Se oyeron maldiciones y de nuevo el alarido de su madre, que se fue apagando a medida que se la llevaban aprovechando un desmayo.

En realidad no sabía muy bien qué era lo que le había impulsado a volver al pueblo, después de tantos años de ausencia y cuando lo único que le unía a aquel tiempo eran una cuarta de viña, roída ya entonces por el desamparo y la filoxera, y la casa que recordaba desmantelada por el incendio, hechas cisco las vigas y cuarterones, resquebrajados los tabiques y cubierto el suelo con la empapada ceniza del carrizo consumido por las llamas. Todo resumido en un oscuro montón de escombros. El caso era que, durante aquella ausencia, a pesar de la desvinculación, incluso epistolar, había recordado con demasiada frecuencia sus correrías de muchacho por los innúmeros caminos donde sintiera el flequillo rebelde acariciado por familiares brisas de mayo, las soterradas alamedas en las que se perdía a la caza del fardacho, que eran ahora discontinuas manchas de sombra heridas por un viento silbador y que tantas veces, desde el lado opuesto de la vía, contemplase zarandeadas levemente por el cierzo del páramo, que sin embargo era capaz de limpiar las ramas de los árboles de alargados y sucios harapos de niebla. Hubo también mañanas de domingo, con la sorpresa del campo cubierto de fría y cegadora blancura, durante las cuales alentaban silenciosos trenes una negra humareda que señalaba durante mucho tiempo el curso del camino de hierro hasta más allá de las encinas. Encinas por entre las cuales ahora circulaba el tren en cuyo techo batían ráfagas de lluvia y que dejaban ver, a trechos, lejanos, amarillos gusanos de luz mortecina que, seguramente, eran bombillas esquineras del pueblo que dicen de

las dos mentiras, porque tiene por nombre Villamayor y no es ninguna de las dos cosas.

La próxima parada iba a ser la estación de su pueblo, de manera que, alcanzó de la redecilla dos pesadas maletas que eran su equipaje, y, después de enfundarse un largo impermeable de hule, se colgó al hombro la bolsa de lona en que guardaba las cosas de uso inmediato y salió al pasillo haciendo equilibrios. No había un alma en ninguno de los compartimientos que cruzó hasta llegar a la puerta. Parecía que el tren marchase por sí solo y que él fuese el único viajero en la noche propicia de fantasmas. Pensó, con un estremecimiento, que si hubiera muerto durante el viaje, seguramente habría navegado infinitamente dentro de ese tren a través de la noche interminable; pero en seguida sonrió ante la extravagancia de su propio pensamiento.

El vagón quedó un tanto adelantado, fuera de andenes, y Sendin, con una maleta en cada mano, caminó dando tumbos, encorvado contra la lluvia, en dirección al edificio. Un mortecino resplandor iluminaba la esfera del reloj adosado a la pared. Eran las dos y trece minutos exactamente y el tren se perdía ya, al otro lado de la puente del sendero al molino, borrándose tras el persistente aguacero. Aquella luz que se acercaba, oscilando junto a la vía, debía ser Gimiro el guardagujas, que volvía de su caseta empujado por el viento. Sendin divisó unas rendijas de claridad en la ventana de la oficina y oyó el gemido del cartel indicador, que colgaba de un soporte sobre el dintel de la puerta y era zarandeado por la borrasca. Golpeó la madera y esperó un breve tiempo. El tubo de la estufa, que asomaba por la ventana a través del agujero circular practicado en una chapa que había sustituido al cristal, lanzaba intermitentes bocanadas de humo negruzco. No era cosa de esperar, en una noche semejante; de manera que, sin pensarlo más, empujó la puerta, cuyo largo chirrido, al abrirse, apagó el gemido del letrero metálico donde figuraba el nombre de la estación en letras negras sobre fondo blanco.

Una raya de luz, que temblaba bajo la puerta de la oficina, iluminaba el vestibulo en cuya penumbra se apilaban mercancías menudas: algún cubeto de aceitunas, tres o cuatro jaulas gallineras, un fardo de sogas, la báscula y el velocipedo de Gimiro. Depositó las maletas junto a la pared y entró.



Inclinado sobre la mesa atestada de papeles, la gorra rameada de oros desvaídos colgada en el boliche de una silla, don Matías rellenaba meticulosamente los espacios no impresos en una hoja de papel verde. Sin levantar la cabeza, adelantó a Sendín una mano abierta, pidiéndole una espera en tanto terminaba, ante cuyo gesto Sendín se quedó parado frente a la calva de don Matías, en cuya pulida superficie oscilaban apagados reflejos de luz amarillenta, para fijar después los ojos en el cuello de la guerrera azul, brillante allí el paño recubierto de sudor y caspa. Menuda sorpresa cuando levantase la cabeza y viera que no era Gimiro el que había entrado: menuda sorpresa cuando le saludase: ¡Qué, don Matías? ¿No me reconoce? Y después de dejarle dudar: Soy Sendín, el de la Petra; el que se fue a Suiza cuando se nos quemó la casa.

Menuda sorpresa.

Menuda sorpresa se llevó Sendín cuando don Matías, sin levantar todavía la cabeza y mientras se colocaba el lápiz en la oreja, le saludó en tono festivo:

—¿Qué tal, Sendín? ¿Qué hay por Suiza? Has echao buen pelo, según parece.

Y ni siquiera le dio tiempo a desquitarse con lo del ojo, que hubiera sido su revancha, porque don Matías siguió asombrándole:

—Cualquiera diría que tienes el ojo izquierdo de cristal. Cualquiera lo diría si te hubiera visto cuando te lo abrasó la astilla el día del incendio. En el extranjero es que trabajan fino en esas cosas.

Y sin que Sendín pudiera sorprender en él el más mínimo gesto de extrañeza, don Matías se recogió de la afilada nariz las antiparras y, después de frotarlas en la bocamanga, buscó la funda entre los papeles desparramados por la mesa.

Sendín no salía de su asombro.

—¿Qué es de Gimiro? —se atrevió a preguntar.

Don Matías se limitó a levantar sus cejas hirsutas y, adelantando el mentón, señaló la puerta a espaldas de Sendín, que se volvió súbito.

Allí estaba Gimiro, farol en mano, la descolorida chaqueta de paño oscuro moteada de gotas de lluvia, chorreante la cuarteada visera de charol y el desteñido banderín enrollado bajo el brazo, sin que le hubiera sentido entrar.

—Bien, ¿y tú, Sendín? —se anticipó al saludo—. Te queda el ojo que ni pintado. Tal que si fuera propio.

Seguía repicando la lluvia contra el ventanal, seguía Sendín sumido en una incómoda perplejidad. Avanzó un paso hacia la estufa y sacó las manos de los bolsillos del impermeable, extendiéndolas al calor que irradiaba en torno.

—Siéntate, siéntate, Sendín —le animó don Matías—, que no está la noche para que te tires al camino.

—Eso —dijo Gimiro abriendo el portillo y escarbando la estufa con el hurgón—. Hasta el mixto de las siete y media no hay paradas, de modo que tenemos tiempo de tomar una taza de hierbas y una copeja de aguardiente.

—Y si te achucha el sueño pegas una cabezada al amor de la estufa —siguió don Matías—. Como no te espera nadie, ya irás al pueblo a la mañana: luego, con tiempo, vuelves a recoger las maletas cuando escampe.

No le esperaba nadie, era cierto; pero alguien en el pueblo se alegraría de su regreso y le recibiría con gusto, suponía.

Menuda nohecita, pensaba Sendín.

—¡Menuda nohecita! —comentó, sin apreciar muy bien él mismo si se estaba refiriendo al tiempo o a la extraña circunstancia que había rodeado su llegada.

No sabía dónde parar; hasta que, por fin, se decidió a desembarazarse del impermeable y, después de colgarlo en el perchero, arrimó una silla a la estufa y se acomodó lo mejor que pudo. Ya Gimiro colocaba sobre la placa una marmita con agua para las hierbas, y del fondo de un cajón sacó don Matías una botella azul, mediada de aguardiente.

—Es de la alquitara de Juanfran —comentó al tiempo que llenaba las jicaras de vidrio—. De esto si que no tenías allí en Suiza, Sendín, amigo.

Sendín no se dio por aludido.

—Parece que no haya pasado el tiempo por ustedes —comentó tratando de pegar la hebra y desviar la conversación.

Los otros sonrieron burlonamente, le pareció.

Un rancio olor a tinta y a papel antiguo llenaba la estancia, iluminada apenas por una alta bombilla con pantalla, que colgaba del techo como un ahorcado. Hervía ya el agua en la marmita y Gimiro desenvolvió un pape-

lón que contenía un manojo de té de monte y dejó caer unas ramitas en el fondo.

—¿Qué es de mi hermano de leche, Domitilo el Potra? —preguntó Sendin, que se sentía incómodo en silencio.

—Casó con Marica la de Carrasca —respondió Gimiro mientras vertía el líquido amarillo—. Ya son cinco: tres y dos —concretó.

—Buena boda —comentó Sendin—. Se hizo el Potra con el pinar.

—Buenas ganas tenía —sonrió Gimiro—. ¡Qué tío más porra, coño! Se empenó y lo consiguió.

—Y eso que el padre de ella no quería emparentar ni por un cristo —añadió don Matías—, que, si no tercio un día, le arrima un estacazo que le desgoberna. ¡Menudo randa, el Potra!

Sendin miró para don Matías, asintiendo, y arrastró la silla hasta la mesa donde humeaba la infusión de hierbas. En ese instante sonó un trémolo in crescendo, imponiéndose al fragor de la borrasca, y, como Sendin se quedase un tanto suspenso, paralizada en el aire la mano que sostenía la jicara, don Matías, que se había calado la gorra, le tranquilizó:

—Es el ter de las tres cuarentaicinco, que sube el repecho de Castronuevo. No hay cuidado —le palmeó el hombro— no tiene parada.

Abrió acto seguido la puerta y se tiró a la noche. Una ráfaga de viento cargado de lluvia hostigó las sombras con un zarandeo de la bombilla. Sendin se arrimó de nuevo a la estufa, el pocillo entre las manos. Tuvo un escalofrío. Pasó el tren haciendo tintinear los cristales de la ventana y en seguida se oyó el portazo de don Matías, que hizo repicar el pestillo contra el palastro y entró frotándose las manos. Colgó la gorra en el boliche de una silla y se quitó la levita.

—¡Vaya noche! —exclamó, volcándose una taza de infusión en el gazeate—. Anda, Gimiro, parte una briqueta de carbón y atiza la estufa, que anda algo dormida.

—Juguemos a cartas —propuso Gimiro, desocupando la mesa de gaves y zarandajas.

—Mejor al dominó —dijo don Matías, atacando una pipa curva cuya cazoleta le asomaba siempre por el bolsillo del chaleco.

Y ya se disponían a robar fichas, una vez removidas por Gimiro, cuan-

do se les coló un timbrazo largo que hizo temblar el teléfono sujeto a la pared. Sendín tuvo un sobresalto.

—No se debe atender —le sonrió sosegadamente don Matías—, que es llamada de paso. Nosotros no estamos ya de servicio.

Sendín levantó las siete fichas y, cuando se disponía a localizar el seis-doble, Gimiro lo colocó en el centro de la mesa con un golpe seco.

—¡Buena mano! —dijo don Matías pipando satisfecho.

—¡Qué bien le daba a esto mi compadre el prendero! —habló Gimiro con entusiasmo.

—¿Quién era ése? —preguntó Sendín, colocando el seis-blanca.

—Ese era un tunante —aclaró don Matías, dejando a Gimiro con la palabra en la boca—. Tú eras un guagua cuando él andaba de solana en solana, engañando a las mozas. Le llamaban el hombre de las cien cosas. Vendía peines, batidores, escarpidores, cuchillos, tijeras, navajas barberas, espejuelos y gaitas.

—¿También gaitas? —chanceó Sendín.

—¡No! ¡Gaitas no! —cortó Gimiro en tono ofendido—. ¡Cierro! —dijo. Y ahorcó a Sendín el seis-pito.

—Zurra bien el aire la badana —cabeceó Sendín en dirección al ventanal.

—Zurra, zurra —se arrellanó don Matías, volviendo fichas.

—Has de engrasar ese letrero, Gimiro —añadió Sendín, que parecía irse animando—. Chilla como una lechuza.

—¡Mejor! —le cortó seco el otro—. Así sabemos que está ahí. —Y luego, guiñando un ojo a don Matías y señalando a Sendín con el pulgar por encima del hombro, sonrió burlón—. Se reservaba el seis-pito, el soca.

Sendín se sintió un tanto avergonzado, y, levantándose, se acercó al rincón de la salivadera, donde escupió un amarguillo que le quedaba de las hierbas.

—Me está entrando modorra —dijo, y retiró la silla del juego para colocarse de nuevo junto a la estufa.

Pero no conciliaba el sueño, porque Gimiro y don Matías siguieron jugando, dándole al dominó, golpeando las fichas contra la superficie de la mesa, disputando. Un viento furioso, que había arrastrado las nubes de lluvia, batía los golpetes en los ventanales del piso de arriba. Oyó pasar un mercancías que imaginó largo y oscuro, lento, cuyos latidos de rodadura en



los empalmes hicieron saltar sobre el alféizar de la ventana una salvadera de latón; y se extrañó Sendín de que allí no se hubiera sustituido la plumilla de pico-pato por el bolígrafo.

Ladraban perros. Sendín, en una duermevela alterada por el silbo del viento y el chirrido del cartelón, unidos al batir de los golpes allá arriba, rememoraba pasados tiempos en que venía con su madre a la estación para traer a don Matías una cestilla de uvas escogidas, o a regalarle el gallo padre por la navidad, en agradecimiento a su diligencia en la facturación de la mimbre que enviaban cada año a un artesano de Salamanca. Y aquellas tardes de fiesta en que el paseo se alargaba hasta la vía y acudían allí parejas de novios y muchachos a ver pasar el correo de las cuatro, que más parecía la estación ermita en día de romeros. Se le representaba en la memoria el rostro de cerámica enmarcado en el oscuro óvalo del pañuelo, en cuyas facciones trataba de identificar a su madre, cuando, inoportunamente, le despabiló un tacto frío sobre el hombro: la mano de Gimiro posada sobre él.

Iban a ser las seis y clareaba por saliente. Le pareció que el tiempo había pasado demasiado aprisa. Al otro lado de los cristales, todavía esmerilados de lluvia, contempló a don Matías controlando la hora del reloj de la estación con el suyo de plata, que siempre llevaba amarrado con una leontina a un ojal del chaleco. Entonces se tiró al camino, despeluzado y barbón, ojeroso y friolento. Un áspero ventarrón zarandeaba oscuros nubarrones y volvían a caer pesadas y dispersas gotas de lluvia, como monedas arrojadas desde lo alto, repicando en los aguazales. Apretó el paso. Arriba del teso Magüeto volvió la vista hacia la estación: volaban chovas en torno al tejado y advirtió que, junto al brocal del pozo, el chopo estaba hendido, vaciado el tronco en un ancho surco negruzco donde un día anidó el rayo.

De amanecida entró por las calles del pueblo, extrañándose de que sobre la puerta de la taberna no colgase el ramo de pino, de que no se advirtiera gente dentro, siendo la hora del orujo. No se veía un alma. El airón batía puertas y arrastraba gavillas de aliaga por las calles desiertas, humillaba la hierba crecida en los hundidos tejares de las casas.

Pero no se había confundido, aquel era su pueblo. Bajo esos mismos soportales había jugado antaño a la chita y al tango, a bolos y a la calva; galleado después con su amigo Domitilo en el baile de los domingos. Allí



estaba escrito de su mano el «VIVAN LOS QUINTOS DEL 57», en el hastial de la iglesia de torre desmochada, sin veleta, el largo caballete del tejado quebrado en su mitad. Desde la fachada del ayuntamiento, resquebrajada y erosionada por la lluvia y el viento, le miraba todo un pasado por el ojo vacío del reloj desaparecido.

—¡Pero coño! ¿Qué es esto? —dijo, como si quisiera forzar una contestación de alguien que pudiera escucharle.

Y al pronunciar la primera palabra, al oírsela a sí mismo, tuvo la absoluta convicción de que estaba solo, completa y angustiosamente solo: de que hasta los pájaros se habían ido. Y entonces, sin querer, comenzó a fabricarse fantasmas. Apareció Liborito, arropado con su manta en la silla de ruedas que empujaba su hermana Lucila, volándosele las sonrisas cada vez que ella le limpiaba la babilla. Y estaba allí Ferrete abriendo el estanco, con una colilla en la comisura de la boca y otra en la oreja; ambas apagadas, claro, como siempre. Y pasaba Matilde con sus pavos, maldiciendo. Y el afilador estaba en la esquina abriendo a la mañana un abanico de chispas...

Sendín caminó hasta su casa impulsado por la necesidad de recuperar el pasado en una huella, en un rumor, en algo que pudiera hacer suyo.

Cascotes de calicanto y vigas chamuscadas se amontonaban por el solar donde crecía la hierba en las junturas de la baldosa. Y desde allí anduvo toda la mañana dando vueltas por las calles del pueblo, sin resignarse a salir de él antes de haber encontrado un rastro de vida: alguna persona, un perro, el nido de un pájaro. Mas sólo de vez en cuando le llegaba el ruido de un tren, y le miraba entonces pasar cruzando la llanura, donde ya ondulaba la avena, hasta ocultarse entre las encinas. Hubiera dado un mundo por un volteo de campana, por un repique de yunque, por el aliento de una chimenea, por algo capaz de sacarle de aquel vacío demoledor que le estaba enloqueciendo.

Sentado en la solana de la fragua, al sol de media tarde, pensó que nada tenía sentido sin la posibilidad de manifestarlo allí, en aquel pueblo donde estaba su origen, si no era contrastado con aquellas gentes, con todo lo que le había servido de referencia en la vida.

Al final de la calle, en el paredón de la iglesia donde jugaban a pelota, se leía el letrero pintado con irregulares trazos de almagre. El «VIVAN LOS QUINTOS DEL 57» le recordaba ahora aquella juerga de escarapela y

cogorza, después de correr gallos, y, de pronto, mientras evocaba sonos de gaita y tamboril en floreadas dianas de fiesta, le pareció que cruzaba una sombra, flotando en ella una mancha redonda y amarilla.

Corrió calle abajo, hasta volver la esquina y ver de cerca a una mujer de luto, la cabeza cubierta con un pañuelo negro anudado al cuello y que portaba al brazo un ramo de dalias y crisantemos.

La mujer se volvió de un salto, el pánico reflejado en el rostro, mirándole sin pronunciar palabra.

—No se asuste, señora —intentó tranquilizarla—. Yo soy de aquí, de este pueblo. Soy Sendin, el de la Petra. El que se fue a Suiza —aclaró.

La mujer se santiguó con un rápido garabato.

—Yo soy Margarita, la del lechero —dijo—. ¡Menudo susto, majo! No daba yo encontrarme a nadie por estos andurriales.

—¿Vive usted aquí, en el pueblo? —se acercó Sendin a la mujer.

—No, hijo. ¿Cómo voy a vivir aquí, si aquí no vive nadie? Ya hace años que el pueblo se quedó vacío. ¿Qué, no ves cómo está todo? —siguió—. Todos se fueron yendo. Yo vengo de vez en cuando a limpiar la sepultura de mi padre, que en Gloria esté, y a traerle unas flores. Pena me da de ver el pueblo, pensando en lo que fue. Pues, ¿y el camposanto, cómo está? Crecida la hierba que no se ven las tumbas, de maleza y de cardos. Alguna vez me acerco, ya digo: llego en un tren y me vuelvo en otro. Ya ves. Ya ves tú si es pena. ¿Y tú, qué te haces por aquí?

—Vine anoche. No sabía nada. Como estuve tantos años fuera, ya ve usted.

—Pues vaya una sorpresa, majo. Menudo trago.

—Pues sí: no ha sido malo, no.

Camaron juntos hacia el cementerio, un cuadrilátero de tapias bajas adosado al otro lado de la iglesia. Y mientras la mujer arrancaba hierbajos y cardoncha, gimiendo y rezando, Sendin andaba de un lado a otro por entre las cruces medio derrumbadas; hasta que, de pronto, el retrato que descubrió en el centro de una lápida, le hizo dar un espanto.

Era don Matías, no había duda, que le miraba desde el recuadro de siena desvaída sonriendo con un gesto mitad burla mitad conmiseración, tan campante.

Era imposible y, sin embargo, estaba escrito unos centímetros más abajo en oxidados caracteres de purpurina plateada que Sendín leía una y otra vez, musitando, sin acabar de convencerse de que no estaba soñando, dormido todavía en el rincón del compartimiento de aquel tren que le traía a su pueblo: o quizá allí, junto a la estufa del despacho del propio don Matias en la estación. Palpó con dedos trémulos las letras que se le amontonaban ante los ojos:

D. MATIAS SENABRE GONZALEZ

—Jefe de Estación—

(Jubilado)

1889-1964

—¿Quién hay ahí dentro? —gritó entre dientes, cogiendo a la mujer por un brazo al tiempo que señalaba la sepultura, asustándola.

—¿Quién va a haber? —dijo ella apenas repuesta del sobresalto y mirándole extrañada—. Ahí lo pone bien claro. Además, en la fotografía está bien propio. Es don Matias, el que estuvo tantos años de jefe de estación. Tú le tienes que conocer igual que yo, no me digas. Por más que... ¡huy, madre! Me parece a mí que tú no rulas bien. No sé... no sé.

—Sí, sí... ya me acuerdo —trataba de sobreponerse Sendín, palideciendo al tiempo que se retorcia las manos inadvertidamente. Y luego, en otro arranque de súbito interés, apremió—. ¿Y Gimiro, el guardagujas, dónde está?

La mujer le miró de arriba abajo con pesadumbre.

—Ese no, hombre. Ese no está aquí —contestó mientras volvía a la tarea sobre la tumba de su padre—. A ese le enterraron en Blascomillán. Menuda muerte tuvo, el pobre hombre.

—¿Qué le pasó? —inquirió Sendín desquiciado por los nervios.

—Pues nada, que cuando cerraron la estación se fue del pueblo. Hacía vida en el monte, cazando conejos con bicho. Sólo venía una vez al mes, a cobrar el retiro. Un mes no vino y le encontraron muerto en la choza, con el traje y todo y con la gorra puesta, que siempre iba vestido tal cual, aunque ya no ejercía. Por lo visto llevaba ya tiempo y estaba medio comido de ratas y gusanos. Menuda muerte tuvo que tener, el pobre hombre. Dios le tenga en buen sitio.

Sendín tragó saliva, pero no encontró palabras para seguir conversando. La mujer terminó de adecentar la tumba y se arrodilló a gemir con un poco

de sosiego. Sendin la contemplaba ensimismado, tratando de calcular cuánto había en ella de realidad o si también formaba parte de la pesadilla que ya ni siquiera podía situar en el tiempo. Al final salió tras ella y caminaron calle arriba para tomar el camino de la estación. Una vez allí, esperaron en silencio, apoyados en la pared que daba al poniente, apurando el último sol.

—Ahora es sólo un apeadero, ya ves —rompió el silencio la mujer—. Sólo algunos trenes paran. Subes y el revisor te hace el billete. Se fue yendo la gente, ya digo —siguió con pesadumbre—, y al no haber movimiento, los de la renfe cerraron la estación. Ya ves tú si es pena, hijo, el tejado medio hundido, tapiadas puertas y ventanas. Dejaron abierto el vestíbulo, menos mal, que a veces llueve o aprieta la calor. Aunque pocas veces viene gente. Ya ves tú si es pena, el agua tan rica que daba este pozo y ahora cegado. Ya ves. Así es la vida, majo. Todo se acaba.

Nada dijo Sendin. Siguió absorto contemplando la hiedra que trepaba por el brocal del pozo. Casi inconscientemente, se fue deslizándose como una sombra a lo largo de la pared y entró en el vestíbulo. Allí estaban sus maletas, un par de jaulas gallineras, una pila de sacos y el velocipelo sin ruedas. Se asomó al despacho de don Matías por una rendija de la puerta. Olía a polvo, a humedad, a oscuridades amasadas durante un tiempo de clausura imposible de calcular. Sobre la mesa descansaban algunos papeles, la salvadera y el soporte de los sellos de caucho. Sendin miró el teléfono adosado a la pared, la escupidera en el rincón, la estufa envuelta en telarañas que se tendían hasta las patas de los muebles cercanos, el escritorio donde se apiaban los billetes, una botella azul volcada sobre el alféizar de la ventana.

—¡Vamos! —le gritó la mujer desde la puerta.

Un minuto exacto paró el tren, y Margarita la del lechero, viéndole en tierra desde el otro lado de la portezuela del vagón, se encogió de hombros con un gesto de resignada impotencia.

Sendin, solo en el andén, miró distraídamente el farolillo rojo del tren que se alejaba entre la plata de los cebadales: quedó al acecho de un zumbido sordo que emanaba de los cables a lo largo de la vía, sonriendo igual que Liborito cuando su hermana Lucila le limpiaba la babilla.

Estaba el reloj parado en las dos y trece, tendida de aguja a aguja una sutil telaraña inmóvil.

## «UNA OSCURIDAD»

*Premio Agrupación Cultural de Asturias, 1987*



Institución Gran Duque de Alba





## UNA OSCURIDAD

—Me alegro de que hayas venido, Juancho. Me alegro de que hayas venido ahora que, serenamente, lo recuerdo todo. Necesito contártelo de cabo a rabo, tal como sucedió. Creo que alguien debe saberlo, que tú debes saberlo. Pero no este mameluco que viene todos los días con la cara de tonto y los papelotes a preguntarme siempre lo mismo. Ya estoy harto de la misma canción: «Dígame la verdad de los hechos. Es necesario para su defensa». Ya le dije: mire, son cosas muy de cada uno y que a nadie le importan. Los hechos están ahí y usted y todo el mundo los conoce. No se canse.

Pero a tí, Juancho, te lo voy a contar porque me da la gana: sin defensa ni nada. Sobre todo porque yo creo que me trincan. Vaya si me trincan. Pero mira, a lo hecho, pecho.

No, si no me asusto. Yo hice lo que tenía que hacer, lo que hubiera hecho en mi caso cualquiera con agallas. Es un mal trago, ya lo sé; pero yo no tuve la culpa.

Hacia ya tiempo que me zumbaban los oídos, que más de una palabra me llegaba a veces, sin querer o queriendo. Ya sabes cómo es la gente, Juancho. Yo no sé, ni me importa, si las palabras que corrían tenían fundamento entonces. Ya sabes que yo actué ante los hechos y que, visto lo visto, no tenía más que un camino. El caso es que por entonces yo me iba dando al naipe y al tintorro. Se me hacía la tarde una congoja, surco arriba y surco abajo. La cebolla y el vino se me agriaban y andaba siempre a la zacapella con el bote del bicarbonato, tirando surcos torcidos y echándole la culpa al macho, manoteando sobre la frente sombras de mariposas que no existían. Al pie de una locura, como ya supondrás. Se me alcanzaba que por culpa

de ella yo me iba a meter a la sombra; pero aquello era no vivir. Para mí que no me he jugado nada. Juancho, porque todo lo tenía perdido y muchas noches, un áspero viento de cuchillos me rondaba por los aleros espantándome palomas dormidas. Lo sabía.

El caso es que aquella noche me salió todo mal. Ya, ya estaba de mala uva de antes. No sé si el calor o qué, pero estaba de mala uva. No, bebido no. Tú lo sabes, Juancho: cuatro chatos en la Casa Sindical y nada más. Y cuatro chatos del vino que da El Cojo no son para que un hombre no sepa lo que hace, no me digas que tal.

Lo malo fue el calor. Yo tenía calor. Un calor asqueroso que me ablandaba el polvo de la era, que me picaba por todas partes. Un calor que me empapaba las manos y la frente. Eso fue lo malo; el calor y el café. Eso, el café. Si no es del café, ¿de qué ni por qué no me duermo yo esa noche? Bueno, por lo que fuera no importa ya, Juancho; pero yo esa noche no estaba como otras noches. No estaba bueno, vamos.

Yo sabía que, de haber algo, antes o después me llegaría el humo, que yo de tonto ni tanto así. Me va por la cabeza que ellos tramaron la cosa mientras tú y yo subimos arriba. Cuando tú y yo subimos arriba, se fraguó la cosa, no me hace falta haberlo visto. Es lo de siempre, ya sabes, como había poca luz donde la tele, pues eso, si se sentó allí, la entablaron: Que si dónde está Peruco, que si no sé cómo te deja tan sola, que un achuchón con disimulo, que ella traga, que la mano, que esta noche me salto la tapia del corral y te vas a enterar lo que es un hombre.

Un pelele, eso es lo que es ese tío. Un pelele y nada más. Mira, Juancho, que si no es un pelele se espera y le trincho. Vaya si le trincho.

Tú ya viste que ella luego estuvo como si tal cosa. Tomamos el café y a casa. Eso fue lo malo, el café. El café y el calor, que me desvelaron. Bueno, el calor, el café, los mosquitos, los mochuelos y la madre que los parió. ¡La madre que los parió!

En casa estuvo como otras veces cuando quería jarana. Tú ya me entiendes. Pero yo no estaba en condiciones. Ya te digo que estaba de mala uva. El puñetero calor, la cama como un horno. Que no estaba yo para filigranas, Juancho. Era cabreante: cerrabas la ventana y te asfixiabas, la abrías y te comían los moscos. No había dios que se durmiera. Todo me estaba mal. Juancho. Sudaba como un negro, con los mosquitos zumbándome encima

de las narices y los gatos en el desván armando tifusca. ¡La madre que los trajo al mundo!

Ahora, lo que es la vida; quién quita que si a mí esa noche me da por alegrarme y me echo adelante se queda como un reló y a dormir se ha dicho. Pero no, eso no, porque un día te la pega de todas formas.

Bueno, que apagué la bombilla y ella duro, y dale: que si dan ganas de quitarse toda la ropa, que si no te acuerdas del día de la romería, cuando éramos novios y volvimos por el pinar, que si zumba, que si dale. Y yo: que estoy molido, que no se me asienta el café, que déjame en paz que en tiempo de siega no hay que andar con cachondeos.

En fin, ahí quedó la cosa. Y yo a los mosquitos manotazo que te va, y vuelta para acá, y vuelta para el otro lado, y un cigarro, y otro cigarro, y a mear el vino y a la cama a sudar. Luego, eso: cuando ya me quedaba traspuesto, ella que se levanta. Porque es la pura verdad, Juancho, un segundo más y me quedo como un leño. Rendido como estaba, vaya si me quedo hecho un ceporro. Pero ella va y se levanta y se sale. Yo nada, yo de momento nada. Sólo recelé de que no encendiera la bombilla. Después empezar las cábalas. Y venga a sudar y a limpiarme los ojos con el embozo de la sábana, y los mochuelos afuera, silbo va y silbo viene, y los mosquitos barrenándome los sesos, y los dientes que me rechinan y que me levanto yo también.

Miré por la cocina y, al acercarme a la ventana que da al corral, senti el hipo detrás del almiar.

Yo creo que entonces me dio frio; y eso sí, un tembleque que me sacudía como si fuera un esquilín. Y las manos y las cejas empapadas de un agüilla tibia y pegajosa.

Lo demás casi no me lo creo, lo recuerdo mal. Fue como un momento de vacío, de oscuridad; te lo digo en serio, Juancho. No hubo ahora ni luego, ni antes ni después. Eso es como si te lanzan. Tal como si te arrastrase una fuerza que no es tuya. Agarré la horquilla del heno, él corrió y yo pinché. No sé cuántas veces, pero muchas.

Lo de ella no me sale. No quiero decírtelo. No puedo. A mí un grito en la noche me suena como un cantazo en la luna de un escaparate; me pone malo.

No se bien si corrí o salí andando. Ni siquiera recuerdo por dónde vine a la capital. Creo que crucé las eras y el barbecho, a troche por la arada. Y luego anduve por el prado de las charcas. Sí, en una me lavé las manos y la cara. Toda la noche estaba allí en el fondo y era verde. Eso, verde. Y era como si las estrellas fueran ranas y las ranas estrellas, tal desconcierto andaba en mí. Atrás quedaba el pueblo desvelado por el grito y el continuo ladrido de los perros.

Yo no tenía nada que hacer: nada importante, Juancho. Por primera vez en mi vida el mañana no tenía sentido: ella estaba muerta y yo me veía inútil. Asunto terminado.

Hubiera querido que todo fuera noche y camino, andar leguas y leguas hasta caer para no levantarme más. Me daba miedo tener que recordar las cosas, me daba miedo de que amaneciera y yo pensase de otra forma. Tú me entiendes: a mí me daba miedo de mí, de que pudiera pesarme lo que había hecho. Te digo una cosa: si me avían, mejor. Lo que no quiero es ver a nadie del pueblo: lo que no quiero es que me vean. Me pesarian las miradas en la espalda como sacos terreros. Y te digo la verdad: cuando termine de contártelo, cuando desembuche, no pienso hablar más del asunto aunque me curtan. Ya estoy harto, ya se lo he dicho. Que hagan lo que quieran.

Bueno, como te iba diciendo, pude llegar antes a la capital, pero no quise. La noche me envolvía, me protegía, me ocultaba de todo. Me sentía en lo ancho del campo como el pez en el agua. La noche era todo eso: el silencio oscuro de cielo y campo conmigo dentro. Lo que no podía era parar. Cuando paraba me entraba una congoja desesperante. Así que anduve todo el tiempo de un lado para otro como un sonámbulo: pero ya clareaba y sentí miedo.

Cerca estaba la ciudad. Lo sabía por el humo de las fábricas y sus luces amarillas y blancas. Pronto caminaría sus calles. Sabía que dejar atrás el campo era decir adiós a todo lo que había sido mi vida. La ciudad, enlosada y resonante a esa hora, era ya una cárcel. Yo no era ya como todos, no podía ser como todos. Aunque no me creas, Juancho, lloré. Lloré el adiós a todas las cosas. Me hubiera gustado abarcar en un abrazo la casa, la yunta, el pueblo entero.

No sé si me entiendes, tan extrañado veo que me miras. Estar un tiempo aquí dentro le cambia a uno mucho, ya lo ves. Yo ahora mismo haría otra



vez lo que hice y volvería a pesarme haberlo hecho. La desgracia está ahí, en haber tenido que hacerlo. Es la china, Juancho, que estaba escrito y nada más. Lo verdaderamente lastimoso es que uno se pierda por un detalle de nada. Yo, por ejemplo, pude haber evitado esto no habiendo subido arriba a tomar los chatos, o habiéndola llevado conmigo, como otras veces. O puede que, sin tanto calor esa noche, yo hubiera estado en condiciones de complacerla y en paz. Y también... ¿por qué no?: si yo no me tomo el café, me duermo y santas pascuas. Ya lo sé, Juancho, amanezco con cuernos, pero tranquilo. Lo malo del cornudo no es que lo sea, sino que se dé cuenta de que lo es, que le pesen los cuernos, que le sienten mal. Hay cornudos felices, para qué vamos a hablar de ello.

Luego, Juancho, hay maneras y maneras de enterarse uno de las cosas. Yo, en mi caso, ¿qué pude haber hecho? Tú dime, ¿qué pude hacer? ¿Tragar-me la bola y andar ya con ella a cuestras toda la vida? ¿Qué hubiera hecho cualquiera de éstos que me cansan a preguntas todos los días? Ya está hecho. Mal o bien ya está hecho. Ellos lo saben tan bien como yo. ¿A qué tanta pregunta para una cosa que no tiene remedio?

Bueno, Juancho, pues yo esa mañana entré en la capital cansado, cansado como nunca. Caminé entre un grupo de trabajadores que iban a las fábricas, como si quisiera probarme a mí mismo que no era ya como todos, que estaba marcado. No sabía de qué manera, pero marcado. Me di cuenta porque ellos me miraban de una forma rara. Creo que hacían hasta comentarios.

Ya amanecía y yo terminaba de despedirme de la libertad. Noté que era como un perro forastero al que todos sienten ganas de apedrear, al que todos miran con un aire mitad compasión y mitad desprecio que no hay dios que lo aguante. Mi sitio no estaba allí.

No me gustan los jalcos, tú lo sabes; por eso me fui solo. Y me resultó cómodo, porque ya me estaban esperando. Bien debía notárseme que era un criminal, puesto que en ese primer momento no necesitaron preguntarme nada. Anduve bajo los álamos que bordean el caminito de la entrada. Había uno en la puerta y se metió para dentro al verme. En seguida salieron otros dos en mangas de camisa y, apenas dije mi nombre, me llevaron, uno de cada brazo.

Era lo que esperaba, de manera que me sentí protegido aunque me pusieran las esposas. Pasamos a un cuarto pequeño donde se respiraba un olor espeso a tabaco, a noche de velatorio. Era una habitación con las paredes encaladas, más húmedas que la puñeta, con unas cuantas sillas de espadaña puestas en ringlera; y sobre la mesa, sola en el centro, colgaba del techo alto, como un ahorcado, una bombilla desnuda, cubierta de polvo y mariposas. En ese momento sentía yo un tremendo cansancio, pero no me atreví a sentarme porque ellos permanecían de pie. Comencé a ponerme nervioso por causa de las esposas y me retorció disimuladamente las manos. Se me ocurrió preguntar qué esperábamos, pero no lo hice. Al poco sonó una campanilla, y entonces me condujeron a otra habitación más grande en la que esperaban un teniente alto y desgarbado, con pinta de escuerzo, y un guardia que escribía machacando las teclas de una máquina. No, no era el teniente que estuvo en la inauguración de la Casa Sindical; era otro. Al de antes le conocía yo de sobra; del tresillo por la fiesta en casa de Copete el alcalde. Pero a éste no le había visto nunca. Le daba de continuo un temblor en el entrecejo que le hacía batir las cejas como si se le fueran a escapar volando. En otro momento te aseguro que me río, pero ya comprenderás que no era el caso. Todo el tiempo estuvo limpiándose el sudor con un pañuelo a cuadros, que no desdobló ni una sola vez, me acuerdo bien del detalle. Me preguntó el nombre y apellidos, profesión y no sé cuántas cosas más que me parecieron tontas para el asunto. Después me interrogó más cómodamente, de modo que yo sólo tenía que decir si o no y por qué. Recuerdo que un momento me calenté, alargando de más la respuesta. Entonces él me dijo que no gritase y que me limitara a responder a lo que se me preguntaba. Yo lo que quería era terminar y que me dejaran en paz, solo de una vez. Pues durante el resto de la mañana me interrogaron otras dos veces con las mismas preguntas. Acabé harto, Juancho. Por fin, a medio día, me trajeron aquí los mismos guardias con los que había estado desde que me entregué, me quitaron las esposas y todo lo que llevaba en los bolsillos y me dejaron descansar.

Los primeros días eché de menos muchas cosas. Ha sido un cambio de aupa, Juancho. Aquí no doy ni golpe, es cierto, pero esto mata más que un verano largo. Te encuentras con un tiempo vacío que tienes que llenar como sea. Cada sombra y cada mancha de las paredes tienen ahora un nom-

bre que se me ha ocurrido. Y es raro, Juancho; por entonces yo no daba importancia a las mil cosas que estaban a mi alcance: el sol de los domingos, la perra y la escopeta, el fuego en la chimenea al amor de la que nos contábamos miserias antiguas en tantas noches de invierno.

He parado el reloj para disimular tanta soledad, pero sé de la tarde sobre el río y del vuelo de los vencejos alrededor del campanario. No, no me digas nada, sé de sobra que acabó el verano y cómo va la sementera; lo he ido calculando día a día, pena a pena, dolor por dolor. Yo creo que ahora más que nunca vivo cada minuto de la vida de antes. Sé en qué momento estaría encalando el trigo o remendando la sembradera. Me he dado cuenta del valor de todas esas cosas a las que nunca di importancia. ¿Y la Flecha? ¿Ha parido la Flecha? ¡Cuatro lebreles! Me alegro de que la tengas tú. Es una buena perra, vale para todo y no se la va ni una. ¿Te acuerdas de aquella rabona que andaba por los majuelos con la nariz rajada? Yo sabía que a la Flecha no se le iría. Es una buena perra.

Puede que tú no lo entiendas, Juancho, pero desde aquí se comprende mejor todo. A veces hasta a ella he creído comprenderla; lo que pasa es que no quiero recordarla. El día entero es el recuerdo de aquella vida, de la vida de antes. Se piensa en muchas cosas, se sueña con las amanecidas en la huerta o en el palomar, con el calor en la era, con los atardeceres cansinos del otoño. Se te representan, Juancho, todas aquellas cosas que nunca habías tenido en cuenta, se echa de menos el rumiar de las vacas en el establo, ese olor distinto de cada época del año que se huele en el pueblo; se siente dentro el recuerdo como una congojilla de panal alborotado.

Tengo presente cada rincón de la casa, cada nudo de las vigas del techo, cada arruga de la petaca o de la esteva. Lo menos importante, lo más chico de la vida de antes, es lo que más te duele, lo que más quisieras tener, porque de todo eso, Juancho, estaba hecha, sin que nos diéramos cuenta, la vida de antes.

Camino lo que puedo, haciéndome sonar la pana como si volviera de las viñas una tarde de viento. Ahora, sólo ahora, he conocido el valor real de las cosas que entonces fueron mías y ya no son de nadie. Alguna noche, cuando se apaga la bombilla y no se ve un amparo, me pierdo y aparezco de pronto recostado en la esquina del cuchitril del baile, esperándola, como cuando era mozo, amagado tras la candela del cigarro, azuzando la espera

con la espuela de un silbo que era el mío, de todos conocido. Hoy aquel tiempo me pertenece más que entonces.

Sé que pronto caeré en la manía de hablar solo, porque ya vamos siendo dos aquí. Entonces trataré con el otro de estas penas y de aquellas alegrías. Todo irá bien mientras sepamos disculparnos, mientras haya un acuerdo entre el yo de ayer y el de ahora mismo. Lo malo es si salimos tarifando. Te puedes ir tranquilo, que no estoy loco, ni mucho menos.

Si supieras hacerlo, Juancho, si lo entendieras, te daría un abrazo para todas esas cosas a las que tanto he aprendido a querer en estos días largos de la cárcel.

Y ahora vete, Juancho; pero antes dime que no vas a volver. No, no pienes eso. Nada agradezco tanto como que hayas venido a aguantarme la paliza. Es lo que decía mi padre: los amigos de verdad, en el hospital y en la cárcel. Pero no vuelvas. Yo ya soy otro. Te veo sin que estés delante. Allí, allí en el pueblo, fumándonos un cigarro a la sombra del chopo de la era tuya. ¡Qué buena idea, poner allí el chopo!

No vuelvas, Juancho. Quiero verte siempre como antes, no con este traje que te tiene engollipao, con tu barba de dos días y el cigarro pegado debajo del bigote, abanicándote con el sombrero empapado de sudor. ¿Te acuerdas? Así te vi la última vez. Aquella misma tarde. A veces os acerco a todos tanto aquí en el magín, que me parece que puedo tocaros con las manos.

Que no se diga, Juancho. Nada de llantos, ¡maldita sea! Hala, un abrazo al chaval y a la Antonia. Hala, Juancho, que Dios quiera que vivas siempre una vida como hasta ahora. No hay por qué, hombre, no hay por qué. La vida es así... Un momento de vacío, una oscuridad, ya ves, todo perdido.

## «EL ABUELO EFREN»

*Premio Hucha de Plata, 1986*



Institución Gran Duque de Alba





## EL ABUELO EFREN

SE oyó un revoloteo de pájaros por el tragaluz. Carmela, que había descendido uno a uno los escalones sujetándose la gravidez de nueve meses con ambas manos, se quedó parada bajo la dorada luminosidad de la tronera; abarcó el panorama en derredor con un sólo golpe de vista y esperó a que su madre llegase junto a ella.

«Eres igual que tu abuela», le pareció oír una vez más. Y esa frase, tantas veces oída en labios de aquel hombre al que ahora contemplaba sentado inmóvil sobre el sillón frailer, fue repitiéndose como un eco que rebota contra las húmedas paredes del sótano que olía a viruta fresca y a zaques podridos. Tuvo que sonreír pensando que, al final, el abuelo Efrén se había salido con la suya. Y era tal la placidez del momento, que, en tanto su madre descendía trabajosamente los últimos escalones, Carmela pudo recordar con absoluta nitidez aquellas tardes en que el abuelo Efrén se afanaba en el taller de carpintería desbastando pinas y tentemozos para unos carros que luego recorrerían el término sembrando los caminos de huellas de rodadura y el aire de músicas de volandera. Al recordarlo, cree percibir por un instante aquella atmósfera perfumada de resina donde la hachuela iba dando forma a las maderas, manejada con destreza por el abuelo Efrén. Y, sin pretenderlo, llega irremediabilmente a una tarde de viento y golondrinas en que la dejaron asomarse a la alcoba para que viera un momento el perfil de la abuela, que se proyectaba contra la pared encalada con estremecimientos de pábilo, a la misma tarde en que sorprendió las lágrimas del abuelo Efrén mientras ensamblaba las tablas de la caja de pino curado que pintaría de negro.

Aquella muerte acabó con los últimos arrestos del abuelo Efrén, y, a partir de entonces, fue abandonando la carpintería y comenzó a recluirse en el sótano, con el pretexto de que en invierno se estaba caliente y en el verano fresco. Y eso que hacía años —desde que su padre arrancase la viña en abierto desafío con la filoxera— que nadie había levantado el portón más que para arrojar allá abajo algún trasto inútil.

Infinidad de veces había sido advertido de que no bajase allí, de que, cualquier día y debido a su ceguera, iba a rodar escaleras abajo entre los mil trastos y zarandajas allí abandonados. Pero el abuelo Efrén hacía caso omiso y, aunque con gran trabajo, levantaba el portón y se pasaba allí las horas muertas, trajinando a tientas por aquel espacio cruzado de telarañas del que había hecho su último reducto.

—Manías de viejo —había comentado más de una vez su hija, que a cada triquiltraque andaba con él a voces desde la tronera.

—Pues si me muero allí, mejor que mejor —sentenciaba el viejo dando por terminada la discusión.

«Carajo con la muchacha, eres igual que tu abuela», volvió la frase como un eco en el cerebro de Carmela. Y se sintió extrañamente complacida. El tiempo que recordaba cómo el abuelo Efrén, atacado desde hacía años por una ceguera progresiva que ya era total, la recorría el rostro con las manos, estudiándolo con minuciosidad que le hacía demorarse palpando con las yemas de sus dedos de leña la curva de la frente, los párpados, el perfil de la nariz y de la boca, la barbilla y el lóbulo de las orejas en una exploración cuyos detalles y sensaciones táctiles se esforzaba por retener en la memoria.

Al cabo las dos, Carmela y su madre, al contemplar el espectáculo que en la bodega se ofrecía ante sus ojos, comprendieron al mismo tiempo el misterio de que a veces en el taller abandonado sonase la sierra a la hora más intempestiva, o que de la leñera desapareciesen como por ensalmo los tarugos más regulares de cualquier clase de madera.

—Por fin se ha ido usted, padre —se acercó la madre de Carmela hacia el sillón fraileró.

—Sí, pero mire lo que nos ha dejado.

Y Carmela hizo un gesto en derredor con el que intentaba abarcar el panorama del sótano, surcado de telarañas que se extendían por entre las

cubas de desajustadas duelas, sobre las mesas y sillas desvencijadas, sillones destripados, baúles reventados y el velocípedo sin ruedas.

—Bien se ve que ya se había hecho a vivir sin luz —habló de nuevo Carmela—, que con sólo el tacto le bastaba.

Y su madre, que se había parado junto al sillón fraileroy acariciaba la frente del abuelo Efrén, comentó para sí misma:

—Así andaba él siempre con la gorra convertida en cucarda, de andar entre tanta telaraña.

Carmela se acercó, palpó la mejilla fría del viejo con el dorso de los dedos y dijo:

—Ciento siete cabezas hay sobre las poyatas, sin contar la que estaba terminando. Todas idénticas a mí, si no fuera por el moño.

La madre negó repetidamente con movimientos de cabeza.

—No eres tú —dijo—. Es la abuela. Todos los rostros son el de la abuela, tal como él la tenía en la memoria.

Carmela fue hasta las tallas alineadas una frente a otra, diferentes entre sí tan sólo por el tono de la madera empleada: las había de chopo, de negrillo, de castaño, de encina, de pino rojo del Brasil.

—¿Y qué vamos a hacer con tantas cabezas?

La madre lo pensó un instante, el tiempo justo de enjugarse una lágrima viajera por el mentón estremecido. Dijo:

—Las dejaremos donde están hasta que el tiempo se las coma. Total, en mirándote a ti es como si la viéramos a ella.

Carmela asintió.

—Pues me da que lo que venga va a ser igual de parecido —dijo palpándose el vientre—. Y creo que está al llegar.

—Anda, vamos arriba —se encaminó la madre hacia la escalera—. Habrá que avisar para que le suban.

Carmela la siguió sin dejar de mirar los rostros de la abuela, se sujetó el vientre con ambas manos y comenzó a subir trabajosamente los escalones.

Un rayo de sol, que entraba por la tronera, avanzaba a ras de la poyata, iluminando ya la cabeza número treintaidós, justo a la que el abuelo Efrén parecía dirigir aquellos ojos desde hacía años en tinieblas. El revoloteo de los pájaros, allá arriba, ponía sobre el rostro hierático un parpadeo de sombras.



## «LA VENTOLERA»

*Premio Internacional de Cuentos Lena, 1988*



Institución Gran Duque de Alba



## LA VENTOLERA

Fue un día de agosto. Sábado. Una sombra de angustia planeó como vuelo de cuervo sobre el pueblo impacientado. El tiempo parecía haberse detenido y el sol, anclado en las cuatro de la tarde, restallaba inmisericorde contra las paredes encaladas de las casas. Algunos quedaron allí: sobre todo los hombres, en la comisura de los labios reseco las agrias colillas apagadas durante una siesta que había sido interrumpida en lo mejor del descanso junto al barril del agua, a la sombra de las hacinas donde chirriaba la cigarra, en las eras con parvas a medio hacer.

Casi nadie hablaba. Como móviles manchas de sombra se les veía agrupados bajo las redondas copas de las acacias, en torno al brocal del pozo, cercados por una mampara circular de aire lechoso.

Quedaba un eco de rebato alrededor del campanario. Las mujeres, trágico el gesto de cerámica que enmarcaban los negros pañuelos anudados bajo el mentón, habían seguido, como reguero de plañideras hormigas alborotadas, al empapado cuerpo exánime de María Engracia, llevada en volandas entre los gritos de sus hermanas, cuyos lamentos parecían el eco multiplicado del de la madre, que se resistía a permanecer en casa, sujeta en el quicio mismo de la puerta por dos o tres vecinas que le suplicaban calma, allá, al final de la calle entre cuyos relejes escarbaban indiferentes las gallinas.

—Va viva —dijo tía Martina la Cacareadora, que caminaba intentando no distanciarse del cortejo y arrastrando aliagas y cardoncha con el vuelo de la falda—, se lo he visto en los ojos.

Unos cuantos hombres se quedaron allí, bajo las acacias inmóviles, resguardándose de un sol inclemente que fundía los pensamientos. Se vio llegar a don Ulpiano, volviendo de los anejos en la tartana, a galope tendido

de la jaca colina por entre los rastros amarillos, alzando al paso remolinos de polvo que barrenaban el cuajado pánico de la tarde trizada de golondrinas. Y al cabo de un tiempo llegaron los muchachos, disputándose a la carrera el privilegio de informar sobre el último acontecimiento.

—La Maria Engracia ya ha revivido —dijo el más rápido, enjugándose la frente con el mangajarro—. Don Ulpiano la ha metido unos achuchones en la tripa y ha tenido vómitos; pero ya llora.

Se oyó un suspiro colectivo tras el cual pareció que todos despertaban de una pesadilla, y quizá fue a partir de ese instante cuando adquirieron conciencia de la situación por la cual estaban allí; pero en seguida volvieron a sumirse en un letargo de espera.

No corría ni una pizca de viento. Ahuyentados los muchachos, sólo se oyó de nuevo el mareante chirrido de las cigarras rascando la corrompida calma de la siesta. El desmedrado rebaño de Salas el cabrero, aplanado en un baldío, parecía fundirse a veces en la neblina que enturbiaba el aire de la lejanía. Y de aquella calina que deformaba el contorno de las figuras, vieron surgir a la pareja, caminando a paso de marcha por entre el bálogo, como dos naufragos en el mar encendido de la canícula. Uno de los hombres les señaló con un movimiento de cabeza.

Pareció que no llegarían nunca, que anduvieran sobre una inconsistencia cuyo reflujo les mantenía siempre a la misma distancia. No se apreció que estuvieran acercándose, sino que de pronto se encontraron allí, parados dentro del corro de los hombres y enjugándose en los rostros de cartón un sudor oscuro y viscoso que rezumaba bajo los tricornios, inquiriendo desde el silencio una explicación de los hechos. Nadie habló. El cabo se apoyó en el máuser para inclinarse a levantar un pico de la manta, y una pesada moscarda se alzó con zumbido metálico volando en espiral. Los hombres se mantuvieron apartados.

—¿Está avisado el juez? —preguntó al reintegrarse al grupo.

El más cercano asintió con un gesto. Y continuó un embarazoso silencio durante el cual se hacía más patente el rascar de las cigarras. Fulguraba la charca como un cristal de aumento. Por la parte del pueblo apareció la tartana del médico, avanzando entre borlas de polvo, cruzó el lecho seco del río y se acercó bordeando un majuelo perdido. Llegó la jaca echando humo por los cuadriles, sacudió las anteojeras y resopló a un aire ávido que

evaporó su aliento. Don Ulpiano saltó a tierra sin pisar el estribo y fue directo a mirar bajo la manta. Mientras echaba un vistazo la moscarda voló circundando su cabeza. Volvió sobre sus pasos hasta la tartana y, a punto de marcharse, el médico giró hacia donde estaban los hombres y les lanzó la pregunta como quien arroja una piedra sobre la superficie en calma de una charca.

—¿Está avisado el juez?

Las palabras cayeron sobre el corro como una perturbación, bajo cuyo efecto los hombres oscilaron sucesivamente durante breves instantes, como impulsados por un movimiento ondulatorio que se transmitiesen de unos a otros; y, absorbido el eco de la última sílaba, se apartó un alfeñique renegrido de facciones abruptas, y tan chico y redondo que parecía un pedo de lobo con patas, frunció el rostro cuarteado y, mostrando una boca de encías saqueadas, dijo:

—Tiene que estar llegando.

La afirmación tuvo en la tarde calcinada y quieta un eco de ladrido, y, como si se hubiera tratado de un conjuro, el auto del señor juez comarcal apareció cucaracheando por el rastrojo. Volvieron hacia allí las cabezas, atraídos por un runrunco de tábano que parecía llegar hasta ellos atenuado por un medio acuático, en tanto don Ulpiano animaba a la jaca sacudiéndole el lomo con las riendas. Partió la tartana al encuentro de una tolvaneira, que avanzaba desde el pueblo como un rastrillo de fuego sobre la llanura. El polvo parecía solidificarse en placas de basalto que se desplomaban hacia la parte del monte bajo.

El seco petardeo del auto agonizó junto al tronco de una acacia, se apeó el escribiente y ayudó a descender a don Pedro Miñaca, que, después de dar unos pasos, se volvió para arrojar el sombrero por la ventanilla. Con el dorso de la mano se borró de la frente un sudor que se le iba remansando entre el vello de las cejas. Ni siquiera se acercó a impacientar a la moscarda, se asomó al pozo y preguntó:

—¿Quién era?

El alfeñique renegrido le tomó del brazo y se lo llevó aparte, codicioso de un rastro de lavanda que había percibido al aproximársele.



—¿Este? —habló con vehemencia señalando la manta—. Este, ahí donde le ve usted, era un tío de los bragaos que se calzaban a piteo por aquí. Este no sabe usted bien qué clase de elemento era. No es decirlo como verlo. Venga, venga y le diré.

El juez caminó unos pasos y fue a apoyarse contra la trasera del auto, se aflojó la corbata y claudicó. El otro se animó, prendió la colilla y se asomó a escupir contra el tronco de la acacia. Bajó la voz.

—A éste le decíamos Correcher, que es como en su tierra llaman a los talabarteros: porque él no era nacido aquí, él vino a raíz de la guerra. Y era un hombre que se le daba bien cualquier oficio, aunque pecaba de callastrón, eso sí. Anduvo por los pueblos componiendo arreos, albardas y colle-ras, retrancas y eso. En tiempos anduvo soplando vidrio, porque tenía buen fuelle; hombre, de joven fue trompetista de La Titagüense, sí, y a mí me apreciaba: no había vez que asomase por allí que no nos dedicase un pasodoble a mí y a mi señora, y, claro, qué ibas a hacer, tenías que echarte al ruedo y bailar una vuelta. Sí, hombre, lo más seguro es que usted le conociera, claro que sí; éste fue el que sacó al padre de Salas el cabrero de la Cueva Santa, cuando el suicidio del viejo. Se acordará usted de que hubo problemas con aquello porque nadie tuvo agallas y no se encontraba quien bajase a recogerle. Pues éste, éste fue el que le metió en el saco. Efectivamente, ya llevaba días muerto y le sacamos a trozos, no se me olvidará. Luego entró de guarda y de ahí viene la enemistad con la familia de la muchacha. Fue en tiempos del maqui.

Se asomó a la esquina del auto y escupió la colilla, que enterró con la punta del pie. Luego siguió, acentuando el tono de confidencia.

—Ella, la muchacha, a ver si me entiende, viene siendo nieta del Ojitos. No sé si sabrá que éste, cuando entró de guarda, hacía vida en el campo. No venía por el pueblo ni a dormir. Andaba con una tercerola y un macuto y en dos inviernos acabó con el lobo. Bueno, pues la guardia civil no daba una batida al maqui si no le llevaba a él por delante, porque conocía los pasos de la gente del monte, estaba al tanto, entiéndame. Al Ojitos la guardia civil lo tuvo entre ceja y ceja mucho tiempo; pero no había manera, se la jugaba siempre. La verdad es que, según tengo entendido, el Correcher en un principio se negó a colaborar; pero, lo que pasa, al final no tuvo más remedio, aunque, aquí entre nosotros, me va por la cabeza que anduvo una tempora-

da despistando, hasta que le apretaron las tuercas y acabó llevándoles al escondite. Por lo que cuentan el Ojitos tenía un chamizo en la copa de un pino, figúrese, y les vio venir, le dio el humo, como suele decirse, y le metió a éste un tiro en un hombro. De resultas de aquello perdió el brazo. A ver, al Ojitos lo bajó del pino la guardia civil con los repetidores. Lo dejaron como una criba, no vea.

El juez aprovechó un silencio para tomarse un respiro, cambió de postura y se dio aire con una libreta que sacó del bolso trasero del pantalón. Pareció que asentía con un cabeceo intermitente, chasqueó la lengua y se acarició un colmillo de oro que se le descubría por el lado de la sonrisa. El otro no le dio tiempo a más.

—Pues eso, ya le digo, a raíz de aquello vino la enemistad entre las dos familias. Este aprendió a valerse sin el brazo y siguió de guarda. Siempre anduvo solo y mal atendido, cogiéndose unas papalinas que le duraban días. Bueno, cuando no llegaba a los cincuenta ya estaba como si llevase años metido en salmuera; y será de mi quinta, por ahí le andará. La muchacha se ve que había ido a llevar la comida al padre y a un hermano, que andaban ahí, segando un rompido, y vino a llenar el barril de agua. Lo que no pasa en un año pasa en un día, ya sabe; el caso es que se fue al pozo, que no lo jarrean nunca y ya ve cómo está de cimbra. El estaba ahí abajo, según han dicho, echando un cigarro con Salas el cabrero, y dice el otro que de repente salió corriendo. No anduvo con más, se colgó del brocal y se echó abajo. Yo no sé lo que pelearía con ella, porque a la hora que ha sido la gente estaba en siesta, en su mayoría, y hasta que Salas dio la voz y vino el personal se pasaría un buen rato. Luego, lo que pasa en estos casos: que si la maroma es corta, que si esto, que si lo otro. Total, que dos o tres veces por lo menos asomó con ella y se volvieron a hundir los dos: hasta que pudo abrazarse al cesto con las piernas y la metió dentro, que no fue fácil, no crea, porque luego el cesto se volteaba, y como ella estaba sin sentido pues se iba fuera y vuelta a empezar. Un drama, ya le digo. Y para postre aquí arriba no había manera de ponerse de acuerdo en lo de ir templando la subida, andábamos a tirones, otros sujetando a la familia, que no hacía más que estorbar. Un desastre. Menos mal que al final pudimos subirla, menos mal. El nada, él todavía salió a flote una o dos veces; pero nada, ya nada, cuando vio que la muchacha iba arriba se ve que se entregó. Volvimos a

echar el cesto, si, pero nada, ya no sentimos moverse el agua ni nada; así que, metimos los ganchos y, al cabo de mucho rastrear, dimos con él.

Pareció que iba a continuar hablando, pero el juez le paró poniéndole una mano sobre el hombro. Luego hizo una seña a los hombres y entre unos cuantos pusieron sobre una puerta desquiciada el cuerpo barrizoso y lívido del Correcher, ya rígido.

El cortejo se puso en marcha hacia el depósito.

—Lo que menos iba a dar nadie era que este hombre tuviera semejante fin —siguió el alfenique, colándose dentro del auto de don Pedro Miñaca—: pero, mire, le dio la ventolera y ya ve. No somos nadie.

El ruido del motor perforó durante unos segundos el pesado letargo de la tarde. Salas el cabrero bajó trotando hacia el baldío. Silbó al rebaño. De nuevo giró la rueda del tiempo.

## «LOS DIAS DE LA OROPENDOLA»

*Premio Gabriel Miró, 1988*





## LOS DIAS DE LA OROPENDOLA

Aparentemente la noticia no pareció haberle afectado: y, como si todo lo hubiera tenido previsto mucho tiempo antes, aquella mañana, una vez escuchado el diagnóstico de su enfermedad, ante cuyo proceso los médicos habían manifestado unánimemente su impotencia, metió lo más necesario y unos cuantos libros en una bolsa de lona y, después de recorrer en silencio todas las habitaciones de la casa, convencido de que no tendría que volver nunca, salió dejando las llaves dentro.

Octubre derramaba sobre el mundo su dulce miel de tonos y cadencias. Desde el andén solitario, contemplando aquel tren que se alejaba, tuvo la sensación de que era el último tren de su vida y que, parado allí, bajo las redondas acacias inmóviles, él lo acababa de perder deliberadamente.

Llegó por la tarde. Una de esas tardes de otoño, dulcemente tristes, en que en el campo se perciben más apagados todos los brillos y sonidos. La casa estaba allí, y en su silueta tranquila, entre los altos árboles, había un cierto aire de fidelidad y de paciente espera: como si, durante todos aquellos años, hubiera estado esperándole segura de su vuelta. Al caminar otra vez, al cabo del tiempo, por aquellos borrados senderos, se sintió dominado por una sensación de compasiva melancolía. Todo el valle comenzaba a amarillear, y el verde esplendoroso de otros días, parecía haberse ido difuminando en un cielo amoroso y diáfano, cuyas nubes reflejaban los oros del campo.

Eligió la habitación de siempre, y aquella noche, mientras contemplaba a través de la ventana una luz lunar bañando el valle silencioso, tuvo conciencia por vez primera de que la muerte, aquella muerte cuya proximidad

le habían anunciado, iba madurando en él. O quizá era él mismo quien maduraba ante la idea de dejar este mundo.

En el jardín abandonado quedaban las últimas rosas, y al observar su leve oscilación, que les confería una todavía más cierta sensación de vida, comprendió que incluso la muerte puede ser bella. Entonces se resignó a esperar; y, con el firme propósito de ignorar el paso del tiempo, paró todos los relojes y escondió los espejos.

De amanecida reconoció el cerezo que había plantado siendo niño, en cuyo cuidado —recordaba las palabras de su madre— había puesto alma y vida durante aquellos años en que el árbol apenas fue una frágil varilla sacudida por el viento. Y ahora le contemplaba cubierto de maleza, cargado con la leña de ramas secas e inútiles que se tendían hacia la ventana de su cuarto.

Sentado junto a esa ventana, con la manta echada por los hombros y un libro olvidado sobre las rodillas, era, durante horas, la imagen perfecta del abandono. No hay nada más paralizante —pensaba— que esperar el propio destino conociéndolo de antemano. Y así, en aquellas tardes tan colmadas de ecos y recuerdos, arrullado por un murmullo de frondas que le llegaba desde fuera, se adormecía en una luz que venía desde el más antiguo de todos los otoños de su vida. Volvían al jardín olvidadas palabras de otro tiempo, su propia risa, surgida entre los arriates inmóviles, los gritos de sus hermanas, persiguiéndose alrededor de la fuente. Mariposas de su lejana infancia colgaban una sonrisa movediza y rosada en el céntro azul. Y, después, cuando la claridad del crepúsculo entraba, horizontal y líquida, a través de la ventana, se sucedían unos instantes en que todo el revivir del campo se copiaba en la roja caoba de los muebles, encendía los bronce de las lámparas y se difuminaba al fin, como absorbido por la seda de tapicerías y cortinas. Un cortejo de sombras avanzaba por entre los árboles y apagaba en el aljibe de la fuente los últimos reflejos. Entonces él permanecía inmóvil, prisionero de un insufrible silencio de pedernal que golpeaba sus sienes. Transcurrían interminables horas de soledad en que le hubiera gustado derribar la noche, eliminar la oscuridad que le rodeaba, aquel sigilo de carcoma que localizaba en las ramas del cerezo; a veces dentro de su propio cerebro enfermo. Tendido sobre la cama, le venía un sueño de madrugada

durante el cual se observaba a sí mismo caminando entre catedrales de ceniza.

Fue una mañana de noviembre, mientras cambiaba de sitio buscando el apagado sol que entraba a través de los cristales, cuando un revoloteo de sombras le descubrió la presencia de la oropéndola.

Estaba allí, desparejada y sola, y se afanaba construyendo su nido oscilante, colgado en la rama del cerezo que llegaba hasta el ventanal. Y durante algunos días, absorto en la contemplación del pájaro, llegaría a olvidarse de sí mismo y de la circunstancia que le había llevado hasta aquel retiro. Apenas la primera luz señalaba los vidrios de la ventana, abandonaba el lecho para asomarse al exterior. Llegaba la oropéndola trayendo en el pico un copo de lana, una brizna que iba entrelazando primorosamente, tejedora incansable de su mansión aérea. Y la contemplaba absorto durante horas, ir y venir una y otra vez con materiales nuevos, posarse al fin sobre el alféizar de la ventana para recoger las hebras de seda que él había deshilado del propio cubrecama. Se le ocurrió poner un plato con restos de comida, primero en el exterior, luego en el suelo de la habitación, después al otro extremo de la mesa; hasta que, con el tiempo, la oropéndola se atrevió a compartir aquellas comidas en silencio, mientras él contemplaba ensimismado su plumaje dorado y negro, sus ojos diminutos y brillantes.

Poco a poco se olvidó de la soledad. Aquella mínima presencia, entrando y saliendo a través del ventanal, fue capaz de ilusionarle al despertar de cada mañana, de hacerle sentir la plenitud de unos días en que como nunca se sintió útil y acompañado. Durante los insomnios de las noches de invierno, mientras el aire helado hacía repicar contra los cristales las desnudas ramas del cerezo, se incorporaba en la cama para mirar hacia fuera buscando la presencia del pájaro. Le tranquilizaba la seguridad de que el nido estaba allí, oscilando en la rama, latiendo en la noche al ritmo de su propio corazón, convenciéndole de que, mientras aquella vida siguiera bullendo en la cálida intimidad de la diminuta morada colgante, le sería posible a él seguir viviendo. A la existencia casi vegetal de los primeros días, sucedió así un período lleno de humanos sentimientos caracterizados por la ilusión y la ternura. Todo el oro de aquellas tardes muertas del invierno se le metía en casa con el vuelo del ave confiada. De nuevo tuvo que aprender a sonreír.

Y aquel día debía ser domingo, porque el alba llegó con arreboles de ámbar, como en los días de fiesta de su niñez. Desde el fondo del valle vio venir a la oropéndola con vuelo de trapo, y que, antes de quedar sobre la mesa con las alas extendidas, sembraba sobre la tarima un reguero de gotas de sangre. Traía el pecho desgarrado y le miraba a él, los ojos llenos de asombro, como si, más que ayuda para cerrar aquella herida, necesitase conocer la causa que la había producido. Al tomarla en su mano para lavar la sangre, que había teñido de rojo el dorado plumaje, el hombre se dio cuenta del tiempo que había pasado sin sentir el contacto de otro calor, de otros latidos, de otra vida escapándose sin remedio.

Hizo un hueco en un cojín de plumas y anduvo toda la tarde poniéndole en el pico gotas de agua con una brizna de hierba, sin dejar su cuidado ni un instante.

Anochecido murió la oropéndola. Dejó caer la cabeza sobre el cojín y quedó con los ojos abiertos, paralizados en aquel asombro que él había advertido desde que entrase herida. Todavía, al cogerla de nuevo entre sus manos, pudo percibir unos débiles latidos, que fueron espaciándose a medida que el pájaro boqueaba exhalando los últimos alientos. Pero él estuvo un rato sosteniéndola contra su pecho, queriendo retener aquel calor en el cuerpecillo de quien había llenado con su presencia tantas horas de espera.

—Quizá me queda ya tan poco tiempo... —musitó.

Y, parado frente a la ventana, mientras acariciaba el plumaje de la oropéndola, se sorprendió de oír su propia voz, al tiempo que era consciente de que otra vez estaba solo y de que, esta soledad que le esperaba sin la compañía del pájaro, sin duda iba a ser insufrible. Nunca antes había pensado en la posibilidad de una lágrima.

Amaneció lloviendo. El jardín entero se deshacía en llanto cuando él bajó a enterrar a la oropéndola junto al tronco del cerezo. Y allí, en una silenciosa despedida, sepultó el cuerpecillo rígido de su compañera de soledad. Pero nunca consiguió hacerse a la idea de que la oropéndola había muerto. La veía aletear en la llama de los leños que ardían en la chimenea, en la luminosa oscilación del agua de la fuente, dardeando en un reflejo de crepúsculo. Inútilmente se empeñaba en creer que el pájaro seguía allí, oculto en el interior del nido que colgaba inmóvil, y que, cuando él agitase levemente la rama del cerezo, otra vez su cabeza surgiría un instante, antes



de decidirse a volar en torno al árbol, sobre el jardín y hacia los chopos que señalaban el curso del río, como una pavesa incandescente surcando el azul.

Volvió la postración de los primeros días, la inmovilidad cosido al sillón, que acercaba a la ventana para que el sol, como un perro de paso, se tendiese sobre el fieltro de sus zapatillas. Otra vez recluso en la soledad de aquel cuarto, donde ya todo estaba impregnado por el olor de sus medicamentos y su miedo, jamás pensó que pudiera llegar la primavera. Y sin embargo aquella flor, aquella única flor increíble en la rama seca del cerezo, le pareció, cuando al fin se aseguró de su existencia, el compendio de todas las primaveras de su vida.

De nuevo sus horas se llenaron con aquella inesperada presencia, su tiempo hueco se vio colmado con el milagro de la flor. Y, contemplándola, ensimismado en el más leve aleteo de sus pétalos, se sucedieron los días finales: el estallido de aquellos amaneceres de abril, las rumorosas tardes en que el campo todo se llenaba de murmullos, las perfumadas noches en que junto a la ventana, se embriagaba de aromas que él únicamente en la flor del cerezo localizaba.

Le daba miedo el viento, la lluvia batiendo sobre el jardín. Le daba miedo aquella flor desnuda, tan frágil, allá fuera, donde cualquier rumor le mantenía desvelado. Y durante la noche, cuando ya le resultaba imposible permanecer echado, se sentaba en el sillón, junto a la ventana abierta, esperando que el alba señalase la flor. Entonces sonreía.

Así debió suceder. Amanecía, y Ella, que llegó disfrazada de viento, anduvo unos instantes zarandeando las ramas del cerezo. El, sentado junto a la ventana, seguramente pudo ver que la flor, alzada ya sobre el jardín en sombra, se transmutaba en oropéndola que llameaba volando hacia lo alto.

Sí, seguramente debió verlo, porque se quedó con los ojos abiertos, sonriendo.









## LA TIENDA DE MISSIS DUFFY

Me contaron que la tienda siempre había estado allí, con su portada de viejas maderas talladas y cubiertas de un barniz oscuro que el tiempo había cuarteado. Sobre la encristalada puerta de doble hoja, decorada con cenefas primorosamente entrelazadas que enmarcaban rameados cestillos de frutas, todavía hoy se puede leer un cartel de exquisita caligrafía:

### MISSIS DUFFY RECUERDOS

Desde muy pequeño, cuando comencé a ir a la escuela, me gustaba detenerme unos instantes frente al escaparate de la tienda de Missis Duffy. Y sobre un desvaído terciopelo, cuyo color originario era ya imposible determinar, contemplaba las cajitas colocadas siempre en el mismo sitio. Al otro lado, por dentro de la tienda, veía a Missis Duffy moviéndose en la penumbra polvorienta de las altas estanterías de nogal, dándole cuerda al gran reloj de esmaltada esfera ovalada, quizá mirándome sin expresión alguna por encima de la montura de sus lentes, mientras se balanceaba suavemente en la mecedora de rejilla y acariciaba al gato atigrado que descansaba en su regazo. A veces la notaba suspirar. Entonces yo esquivaba aquella mirada inclinando la cabeza y me deslizaba despacio hasta ocultarme a sus ojos. En seguida corría hacia la escuela, y allí, en un propicio silencio de catecismo que olía a tinta y a castigos, volvía a evocar la imagen de Missis Duffy dentro de la pecera de su tienda. Mientras tanto, me gustaba sentir en las yemas de los dedos el tacto de la pulida superficie del pupitre.

Alguna vez, al pasar de la mano de mi madre por delante de la tienda, me atreví a preguntar:

—¿Qué vende Missis Duffy?

—Pues eso: recuerdos.

—¿Y por qué no entra nunca nadie a comprar?

—Porque son recuerdos muy antiguos, pasados de moda.

De tarde en tarde, algún domingo, nos cruzábamos con ella en la cancela de la iglesia, embutida en un largo y estrecho abrigo de cuello cerrado en torno al cual se enrollaba un gastado fular de flecos color lila. Llevaba siempre un bolso de piel descolorida encadenado al brazo, y no se quitaba los guantes de seda ni para tomar agua bendita. Allí volvía a encontrarme con sus ojos mientras alzaba a ella los míos sin apartarme de mi madre.

Mas con el tiempo fui siendo capaz de sostener un instante su mirada indefinida, de pegar la nariz al cristal del escaparate, y, más tarde, llegué, incluso, a saludar a Missis Duffy con un leve movimiento de la mano. Entonces me pareció que a través de su mirada se traslucía una cierta tristeza; luego, inesperadamente, me sonrió. Ese día llegué tarde a la escuela y tuve que poner la mano al maestro para recibir el palmetazo de rigor; pero me sentía contento.

Cierto domingo, cuando entrábamos a misa, vimos a Missis Duffy paseando por el atrio de la iglesia, y que, al vernos, caminó a nuestro encuentro con pasos menudos y resueltos, como si hubiera estado esperándonos. Saludó a mi madre con mucha cortesía, y su voz, por primera vez oída por mí, me supo a mermelada de frambuesa. Abrió después su bolso de piel y buscó dentro.

—Te he traído un recuerdo —dijo.

Y me tendió una cajita exagonal, de madera esmaltada en azul y tan pequeña que cabía en mi mano cerrada. Dí las gracias y entramos.

Durante la misa tuve el estuche apretado en la mano, dentro del bolsillo; hasta que, en un momento en que todos estaban pendientes de la ceremonia, me decidí a abrirla para ver qué contenía: apenas un polvillo, también azul, que se disipó en segundos dejándome un leve perfume desconocido en las yemas de los dedos. A la tarde, encerrado en mi cuarto, me pareció que dentro de la cajita había algo valioso que se había esfumado por mi curiosidad y que ya era irrecuperable. Sentí mucha tristeza.



Recuerdo que a la mañana siguiente hacía frío, y apenas podía yo distinguir a Missis Duffy a través del cristal del escaparate, en cuya superficie el vapor se había congelado en caprichosos rameados; pero el vaho que salía de mi nariz, pegada al vidrio, acabó por descubrir un círculo transparente. Entonces ella me vio y en seguida vino a abrir la puerta, que hizo batir el esquilin sobre el dintel. Entré. Había un perfume de sahumerio y de humedad, y a mi me asaltó el temor de que Missis Duffy me preguntase por el recuerdo que me había regalado el día anterior y que yo no había sabido guardar; pero no lo hizo. Se sujetó sobre la nariz los lentes, que llevaba colgando sobre el pecho con una cadena de plata, y fue mostrándome los recuerdos clasificados en las estanterías de nogal.

Yo estaba maravillado y absorto. Había oscuras cajas de caoba, como pequeños ataúdes, que contenían recuerdos sombríos, malos recuerdos, me dijo; pesadas cajitas de mármol tallado, con frisos y metopas que me recordaban diminutos panteones y que, según Missis Duffy me explicó, eran recuerdos trágicos; cajitas de labrado cristal morado donde encerraba engaños, estuches de nacar para recuerdos placenteros, cajitas doradas, con forma de corazón, para recuerdos de amor; cajas azules y rosa, con incrustaciones de espejo, para recuerdos de infancia y de juventud; y una infinidad de cajitas cuya forma y contenido no pude retener en la memoria.

Llegué tarde a la escuela y sufrí el palmetazo sin inmutarme, pero el maestro me dio el boletín: de manera que, a partir de aquel día, durante mucho tiempo, mi madre me acompañó hasta la puerta de la escuela, sin pasar siquiera por la tienda de Missis Duffy. Alguna vez pensé si todo habría sido un sueño, y sólo cuando contemplaba la cajita azul, que conservaba escondida tras los libros en la estantería de mi cuarto, me convencía de que existían la tienda y Missis Duffy y aquellas otras cajitas en las estanterías de nogal.

Fue mucho tiempo después, un hermoso domingo de setiembre, cuando, al volver de un paseo por el parque en compañía de mis padres, vimos que la gente se reunía junto a la tienda, cuchicheando en grupos. Corrí, pude colarme por entre las piernas de otros curiosos y mirar a través del cristal del escaparate: Missis Duffy estaba allí, inmóvil en la mecedora de rejilla y con el gato atigrado sobre el halda, la mirada inexpresiva colgando en el vacío, rodeada de cajitas de distintos tamaños, colores y formas, desor-

denadas en el mostrador, sobre las sillas y por el suelo. Sonó la campanilla sobre el dintel y vi salir a los hombres del juzgado, comentando con cierta desilusión:

—No sé qué inventario vamos a hacer. Todas las cajas están vacías, absolutamente vacías.

Yo iba a hablar, pero ya mi madre me arrastraba por el brazo. Hundi la barbilla contra el pecho y lloré.

Ahora, después de tantos años, siempre que miro la cajita esmaltada en azul, me viene a la memoria el recuerdo de la pobre Missis Duffy.

## INDICE

	<u>Págs.</u>
EL NIDO DE LA GOLONDRINA (Accesit Premio Jauja, 1979).....	9
CAMILA (Premio Ciudad de San Sebastián, 1979).....	23
ESTRENAR UN CREPÚSCULO.....	33
BUSCANDO A CIRO (Premio Hucha de Plata, 1980).....	39
EL AÑO DEL NEVAZO (Premio Ignacio Aldecoa, 1981).....	47
LOS ENCENDIDOS PÁMPANOS (Premio La Felguera, 1982).....	61
Y NO CONOCERÁS EL FRUTO (Accesit Premio Antonio Machado, 1981).....	71
CRÓNICA DE UN DÍA TRISTE (Premio Villa de Móstoles, 1983).....	79
MORITO DOMINGÓN (Premio Puerta de Bronce, 1983).....	91
DÍAS AZULES (Accesit Premio Antonio Machado, 1982).....	99
CUANDO FLOREZCA EL ASPERIEGO (Premio Ignacio Aldecoa, 1984).....	109

NUNCA LLEGÓ EL TREN A PUERTO SERRANO (Accesit Premio Antonio Machado, 1982) .....	119
LA NOCHE DE LAS MÁSCARAS (Premio Emiliano Barral, 1984) .....	127
CON CUÑA PARA TODOS (Premio García Pavón, 1984) .....	137
MELODÍA SIN NOMBRE	143
EL ESPARAVÁN (Premio Villa de Avilés, 1985) .....	149
LA ÚLTIMA HOJA (Premio José Calderón Escalada, 1985) .....	161
EL VIAJE INFINITO (Accesit Premio Antonio Machado, 1985) .....	167
Y DEJARLE VOLAR AL CORAZON (Premio Gaviota de Plata, 1986) .....	175
EL REGRESO (Premio Miguel de Unamuno, 1985) .....	185
UNA OSCURIDAD (Premio Agrupación Cultural de Asturias, 1987) .....	199
EL ABUELO EFRÉN (Premio Hucha de Plata, 1986) .....	209
LA VENTOLERA (Premio Lena, 1988) .....	215
LOS DÍAS DE LA OROPÉNDOLA (Premio Gabriel Miró, 1988) .....	223
LA TIENDA DE MISSIS DUFFY (Premio Villa de Guardo, 1988) .....	231

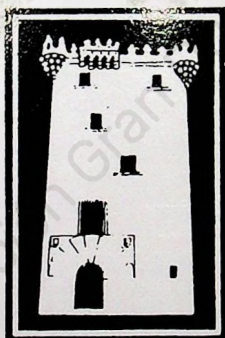
## **TITULOS PUBLICADOS**

1. **Sangre en la tierra / Parameira**, de Juan García Damas.
2. **Nos dejan solos**, de Gonzalo Jiménez Sánchez.
3. **El turno de los malditos**, de Guillermo Blázquez Bestard.
4. **Amada mía**, de Juan Luis Fuentes Labrador.
5. **MI cuenta atrás**, de Jesús González Míguez.



Institución Gran Duque de Alba





INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA  
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst.